

Tempo a Lucca f. 55.^o

Maggio 94.

FIGARO.

TOMO TERCERO.



A LA MEMORIA DEL JOVEY LITERATO,

D. MARIANO JOSE DE LARRA ⁽¹⁾

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedio del postre lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida.
Como una virgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacio ya de ensueños y de gloria,
Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar.

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura,
Hijos suyos del arroyo creador.

Que el poeta en su misión,
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendición.

(1) Esta composición fue leída por el joven poeta D. José Zorrilla al depositar el cajón del malogrado Larra.

Duerme en Paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oido
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantara por ti.
Esta será una ofrenda de cariño
Mas grata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño
Memoria del poeta que perdi !

Si existe un remoto cielo
De los Poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de yelo
Fetidez y corrupcion ;

¡ Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida !
¡ Absolucionar un desierto
Y darle a la despedida
La fea prenda de un muerto !

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detras de ese firmamento....
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de Ti.

JOSE ZORRILLA.

V/1509

FIGARO.

COLECCION DE ARTICULOS DRAMATICOS, LITERARIOS, POLITICOS
Y DE COSTUMBRES,

PUBLICADOS

EN LOS AÑOS 1832, 1833, 1834, 1835 Y 1836 EN EL "POBREQUITO HABLANDO", LA
"REVISTA ESPAÑOLA", EL "OBSERVADOR", LA "REVISTA MENSAJERO"
Y EL "ESPAÑOL".

F. B.

DON MARIANO JOSE DE LARRA.

TOMO TERCERO.

35.906

MONTEVIDEO

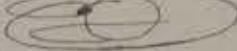
IMPRENTA ORIENTAL

1833.

I 194, 480



MARIANO JOSE DE LARRA

M. J. de Larra,


..... On me dit qu'il s'est établi dans Madrid où système de liberté, qui s'étend même à la presse ; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose ; je puis, tout imprimer librement, sous l'inspection de deux ou trois Censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonçais un écrit.

BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro*, 1784

LITERATURA.

Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra—Su estado actual—Su porvenir—Profesión de fe.

La política, interés principal que absorbe y llena en el día todo el espacio que á la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro á la literatura el lugar quo de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los extranjeros que al concluir nuestro siglo de oro espiró en España la afición á las bellas letras. Si pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura había tenido un carácter particular, el cual ó había de variar con la marcha de los tiempos, ó había de ser su propia muerte, siquiera transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba á despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del oriente

talismo que nos habian comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédesse asegurar que habia sido mas brillante que sólida, mas poética que positiva. A esta sazon, y cuando nuestros ingenios no hacian, ni podian hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes de que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa que dió el impulso investigador á otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *ne plus ultra* que habia de volvernos estacionarios. La reforma abrió un nuevo campo á los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron á luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza á la reaccion religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplacion forzase á los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, á lanzarse en la nueva senda que delante de sí veian abierta. De aquí la tolerancia que fué forzoso á los lejisladores adoptar en politica y en religion; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filosofos, propagadores del germen de una revolucion en las ideas, que debia ser sangrienta, por que no la hacia allí la predicacion, sino la violencia. La España estaba mas lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya, eran nuevas todavia para ella, por que recien salida de la larga dominacion musulmana, veia todavia en el catolicismo el *paladium* que la habia salvado. Siete siglos ademas de guerras y rencoros religiosos debian haberla hecho

mas fanatica; ¿qué mucho pues que el impulso de la reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, mas bien ocupados en sus intestinas discordias, que envueltos en el movimiento general, de que hacia tiempo la habian segregado sus intereses particulares? Ella fué por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aquí se vinieron á hacer fuertes contra la invacion *reformista* los que habian sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecucion religiosa, amalgamada con el celo fundador y apostolico que nos llevaba á descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacia mas llevaderas unas cadentes, de que podiamos hacer cirineos á tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos lo doraba. ¿Qué mucho que la España de entonces trocasse su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos á una gran nacion que se decia harto mas adelantada, á una nacion que parecia haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la mas sangrienta revolucion, si la hemos visto, decimos coronar á un nuevo despota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra á los republicanos mas ardientes laureces perecederos, y el oropel de una pasadera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensabemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que habia llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades, añadió á la tirania religiosa la tirania politica; y si por espacio de un siglo toda-

vía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fué mas que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico, en una palabra, útil y progresivo. Imaginación toda, debía prestar mas campo á los poetas que á los prosistas: así que, aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de escritores razonados que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico—morales, de q'co podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente mas completa que ninguna otra nación, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solis, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun esos se ofrecieron mas bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época: influidos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante, adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas: trataron mas bien de lucir su claro ingenio en estilo florido, que de desentrañar los móviles de los hechos que se veian llamados á referir. Mas parecieron sus escritos una recopilación de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles, que una historia razonada. No sabiendo delinear la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar á hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginación, se vió mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su origen en

la península Española. En ella podemos citar escritores excelentes, si contados. El Ingenioso Hidalgo, último esfuerzo del ingenio humano, bastaría á adjudicarnos la palma, aunque no tuvieramos otras que presentar en lugar privilegiado, si no tan eminentes. Pero esta época fué de corta duración, y después de Quevedo, la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habían sacado unos pocos, solo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que era permitido hacer en este género á la lengua y al ingenio español.

Poco despues la literatura se refugió al teatro, y no fué por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse: no hizo mas que declinar.

A fines del siglo pasado volvió á brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurrección, que se habría acaso llevado á cabo, si los disturbios políticos no se hubieran apresurado á sofocar el germe sembrado durante el feliz reinado de Carlos III. Dado ya el impulso, sin embargo era forzoso que algunos efectos siguieran á la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embutecimiento y la servidumbre en que habían caido los pueblos, habían hecho menos recelosos á los tiranos: si bien los mas perspicaces oían ya el rumor sorrido de la proxima tempestad, no era seguramente en España donde debía de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposición, que al verificarse aquél, ningun miedo de contagio infundió en el gobierno español. Al contrario, el mismo había sido una de las causas de la propagación de las ideas nuevas, apoyando la rebelión de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. A fines, pues, del siglo pasado apareció en España una juventud menos apa-

tica y mas estudiada que la de las anteriores generaciones, pero juventud que, al volver los ojos atrás para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vió si no una inmensa laguna: desesperando entonces de unir el cabo interrumpido, y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarlo, y agregarse al movimiento del pueblo vecino adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Viose entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallamos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzan, Huerta, Moratin el padre, Molendez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros, restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿cómo? introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto francés, bien como en el XVI habían otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las mas veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de análisis, *discrador*, digámoslo así, y el espíritu filosófico francés, hicieron sentir su influencia en nuestra regeneración literaria. Los agentes de ello, queriendo con todo crecerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio la expresión; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Así que, en poesía vimos conservado el saber poético de nuestros buenos tiempos, parecianos oír todavía la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fué declarado delito toda innovación en el lenguaje de Cervantes. Irarre, Cadalso y otros, se declararon á todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con

las armas de la sátira, al paso que Melendez, Jovellanos, Huerta y Moratin sostienen la misma opinión con el ejemplo.

Este es el lugar de hacer una observación esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada ó escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideo'gias, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas á las viejas, combinaciones de hoy á las de ayer, analogías modernas á las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdonennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisieramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día, forzado á dar al público un artículo de periódico acerca de la *elección directa*, de la *responsabilidad ministerial*, del *crédito* ó del *juego de bolas*, y en él quisieramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido á semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituyan la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que escribía para vivir, cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir también, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico. Lo mas que pueden los puristas exigir; es que al adoptar voces y giros, y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

Hé aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneración literaria: quisieron adoptar ideas perogrinas, exóticas, y vertirlas con la lengua propia; pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años, y con el progreso que había de representar; esta lengua tan rica antiguamente, había venido á ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venía estrecho á quien le había de poner. Acaso sea esta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar mas adentro en el espíritu del siglo. De esto sería una prueba la inculpacion que á Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teníamos filosófico, el primero que había tenido que luchar con su instrumento, y que le había roto mil veces en un momento de co'era ó de impotencia? Si puestas razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, á quienes nos vemos forzados á imitar, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Por que nunca preguntaron á las palabras que quisieron aceptar *de donde vienes?* sino *para que sirves?* Y medítose aquí que el estar parado cuando los demás andan, no es solo estar parado, es quedarse atrás, es perder terreno.

Ademas de esta causa, que opuso tantas trabas á nuestros adelantos, había otra, á saber; que el número de los que adoptaban el gusto francés, e importaban una nueva literatura, era redondo: eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, esclavonaria todavía, tanto en lite-

ratura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisieramos solo abrir un campo mas vasto á la joven España; quisieramos solo que pudiese llegar un dia á ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intencion en esta re-ceña general entrar á analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil á nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavía. Despues que algunos nombres caros á las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, despues que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron á atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno á falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin poder-nos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríam-s una literatura por fin nuestra, ó si seguiríam-s siendo una postdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado: En este estado estamos casi todavía: en verso, en prosa, dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. En el dia numerosa juventud se abalanza ansiosa á las fuentes del saber. ¿Y en que momento? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, á la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolución, de este immenso progreso. En política el hombre no

yé mas que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar de consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en si mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, porque la imaginación misma ¿que es sino una *verdad* mas hermosa?

Si nuestra antigua literatura fué en nuestro siglo de oro mas brillante que sólida, si murió despues á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atejado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que componemos; toda de verdad como es de verdad nuestra sociedad; sin mas reglas que esa *verdad* misma, sin mas maestro que la *naturaleza*, jóven en fin como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. Hé aquí la divisa de la época, hé aquí la nuestro, hé aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos á un libro: ¿nos enseñas algo? ¿nos eres la expresión del progreso humano? ¿nos eres útil? — *Pues eres bueno.* No reconocemos magisterio literario en ningun país; menos en ningun hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo; no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asighamos al que quiera seguirnos una tarea mas fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre: no le bastará como

el clásico abrir á Horacio y á Boileau, y despreciar á Lope ó á Shakespeare: no le será suficiente, como al romántico, colo-
carse en las banderas de Victor Hugo y encerrarse las reglas con Moliere y con Moratin; no; porque en nuestra librería
campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de
Calderon, Moliere al lado de Lope; á la par en una palabra
Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Victor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el dia literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son de la rima, á entonar sonetos y odas de cir-
cunstancias; que concede todo á la expresión y nada á la idea: sino una literatura hija de la experiencia y de la historia,
y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica,
profunda, pengandolo todo, diciendolo todo en prosa, en verso
al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de pro-
paganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa
saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino como es,
para conocerle; literatura en fin, expresión toda de las cién-
cias de la época, del progreso intelectual del siglo.

SATIRA

CONTRA LOS VICIOS DE LA CORTE.

"A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendo
de nadie bo-que-jaremos retratos; si alguna-
dicaturas por casualidad se pareciesen á alguien
en lugar de corregir flosotres el retrato, aconsiglia-
mos al original que se corrija; en su mano esta-
rá pues que deje de parecerse."

Pobrecito Hablador N° 1º Dos palabras.

Déjame, Andrés, que de la Corte huyendo,
de tantos vicios horridos me alejo,
como en mi patria misera estoy yiendo.

Ni te asombre que, al tiempo que los deje,
ya que enmendarlos mi razon no pueda,
en sátiras amargas los moteje.

Tú enhorabuena contemplarlos queda,
tú, á quien fortuna próspera ó contraria
salir de entre ellos para siempre veda.

Viva en la Corte el que sin renta diaria
triumfa y pelecha, y sin saber por donde
fija la rueda de la suerte varia.

Mírale andar en coché como un conde,
la bolsa llena de oro, y por su oficio
pregúntale, por ver si te responde.

Pues ese es jugador; noble ejercicio;

tiene en el candelero que sustenta
si lo un condado real, un beneficio.

Y son las heredades con que cuenta,
y aqui vive, el *amurre* y el *pegote*,
y su casa y su honor que pone en venta.

¿Ves aquel otro erguido de cogote,
que tambien opulento y sin empleo
sabe existir? pues ese es un pegote.

Sin ese nunca hay boda, ni batco
ni hay *ambigú*, ni baile, ni banquete,
ni hay partida de caza ó de recreo.

Al que encuentra en la calle le arremete,
y le pido, y le ostiga, y á que al cabo
le convide á comer le compromete.

Y no pienses hartarle con un pabo,
porque ese es un sabañon, aunque un poéma
te recite al comer de cabo á rabo.

Que aun esa gracia tiene: pues no hay florina
que aguante los sonetos que te encaja
entre uno y otro cangilón de crema.

De todo habla incansable, y coita y raja,
lanzando un epígrama á cada uno,
pues no siendo sus versos todo es paja.

¿ Quién es aquel que ayer aun hecho un tuno,
roto paseaba y andrajoso el Prado,
y hoy no saluda, en zancos, á ninguno?

¡ Pardiez que sé quien es ! un hombre honrado
que de prisa y corriendo con la moza
se casó de un señor encopetado.

A quien en vez de darle una corona,
un destino le dieron, y se mama
dos mil duros, y gages, y carroza.

Y el muy desvergonzado se nos llama
padre de un hijo que nació á seis meses
de haber casado con la honesta dama.

Léga ; háblale de honor ; con los Meneses
se dice emparentado y los Quinceones,
y segundo de casa de Marqueses.

Soy un hombre de honor diráte á voces,
que está de vanidad que ya rebienta
el muy : : : mastú ya, Andres, bien le conoces.

¡ Ves aquél otro que en landó se ostenta,
con lentes, y cadenas, y trailla
de galgos por detrás, palco y la renta.

gasta de un Rey, causando maravilla ?
Pues ese debe el *frac* que lleva puesto,
y el *sobre-todo*, á un Sastre de esta villa.

Y el caballo al chalan, la casa á Ernesto,
la comida en la fonda, y cien sorbetes
en el café, y cigarros por supuesto.

Y al paso que en la Cárcel mil pobretes

por un duro se mueren de ictericia,
ese pasea libre de corchetes ;
porque es Conde y señor ; y aunque desquicia
con su vivir el órden, insolente
de las leyes se burla y la justicia.

¿ Quién es aquella que anda entre la gente,
abrumada de encages y diamantes,
que parece Sultana del Oriente ?

Esa es moza de prendas relevantes ;
un Intendente, aunque la vez soltera,
sostiene á la maldita y sus amantes.

Su madre, que la adiestra, hedionda, fiera,
vieja, pintada y con postizo, á infame
precio vendió su doncellez primera.

¡ Y es posible ! ; que horror ! ¿ no hay quien la llame
por las calles á voces . . . torpe y bruja,
ni hay galera en Madrid que la reclame ?

¿ Y no quieres, Andres, que brame y cruja
el látigo tendido en la cloaca
que á Sodoma y Gomorra sobrepuja ?

Pues no llueve flamígera y opaca
rayos aquí una nube atronadora,
¿ querías que yo no aplique mi triaca ?

¿ Quién es aquella cara que enamora,
con el gesto mirlado, rubio el pelo,
ceñido el talle y dengues de señora ?

¿ Es hombre, ó es muger ? Pisando el suelo
con ademán pulido, barbilucio,
gayado de colores el pañuelo,

en afeites envuelto, ¿ ese tan lucio.
tan vestido y compuesto, es algun digo
que del pais nos v.no de Confucio ?

Pues aquese es un hombre ; un año exige
su tocado al espejo ; á ese bonito
le ampara protector, si es que nos rige,
la voz pública, Andres, un.... pero ¡ chito !
huyo conmigo, Andres ; antes nos vamos,
que trague tanto crimen el Cocito.

¿ Qué haremos por acá los que ignoramos
el fraude y la lisonja, y la mentira,
y los que por orgullo no adulamos ?

Vibrar no sé para adular mi tira,
ni aguantar supe nunca humillaciones ;
la voz entonces en mi labio espira.

¿ Que suerte haré yo aquí con mis renglones,
yo que el humo jamas echo á ninguno
del incienso vertido en mis borrones ?

¿ Yo que no tengo el diálogo oportuno
de Isarcó, ni su sal para la escena,
ni el aura injusta y popular de alguno ?

Aunque haga una comedia mala ó buena,

si no entiendo del teatro las intrigas,
¿ cuando á pública luz saldrá mi vena ?

Si no tengo allá dentro un par de amigas,
si no adulo al cortejo que las paga,
serán de mis comedias enemigas.

¿ He de alabar á un necio que se traga
como agua la alabanza no adquirida,
aunque el papel destroce, ó lo deshaga ?

¡ O he sufrir, en fin, cuando aplaudida
mi comedia enriquezca el escenario,
que mil reales me den ? No por mi vida.

¿ Pido limosna acaso, ó perdulario
coplero soy de esquina por ventura ?

¿ Y eso ha de producirme el incensario,
y el quemarme las cejas ? ¡ Que locura !
Cómanse con el resto ese dinero,
ó al hospital lo dén para una cura.

¡ No hay Vates ! gritarán : ¡ en lastimero
estado el teatro está !.... Dime, ¿ los Vates
se mantienen de versos, majadero ?

¿ O no hay mas que zurcir se's disparates
para grangear aplauso ? ¿ hacer escenas
tan facil es como decir dislates ?

¿ Y quien protege las comedias buenas ?

¿ Los señores acaso ? ¿ El.... ? ¡ Vive el cielo !
¡ Y las oyen tal vez á duras penas !

Malhaya para siempre el torpe suelo
donde el pícaro solo hace fortuna ;
donde vive el honrado en desconsuelo ;

donde es culpa el saber ; donde importuna
la ciencia, y donde el genio perseguido
ahogados mueren en su propia cuna ;

donde no es otro mérito atendido
que el oro ; donde el mísero atropella
El coche de un bribón vano y henchido ;

donde en millones nada, por su estrella,
quien al pueblo los roba desengradado
en un destino que le dió una bella ;

donde al ciento por ciento dá prestado,
sin que nadie lo mate, un usurero,
y vive rico, alegre y repetado.

Donde el abate aquel farandulero,
que mudó de opinión cual de camisa,
lleva su moza al Prado de bracero ;

donde marcha la faz bañada en risa,
el crimen descarado, alta la frente,
corrompiendo el terreno por dó pisa....

¿ Y esto es vivir, Andres ? ¿ Y entre esta gente
me invitas á quedarme ? ¿ Porque indicio
pudiste sospechar que esté demente ?

Viva aquí el abogado que en su oficio

hace blanco lo negro, y que defiende
la virtud ofendida como el vicio.

Y el médico aquí viva, que se entiende
con algún boticario, y nos receta
drogas que á medias con aquél nos vende.

Mas yo, que soy un mí-ero poéta,
antes que por decir verdades claras
en un encierro un algucil me metr,

y me cuesten mis sátiras mas caras,
ó en el hospicio muera mi-erable,
quiero del riesgo huir docientes varas :

que ni es lícito hablar, donde intratable
pone á la lengua la mordaza el miedo,
y ; ay del primero que rompiéndolo hable !

A Dios te queda, Andres : que ya no puedo
tanta bilis sufrir, ni tanta ira,
y ; ay de mi, triste, si à vorterla quedo !

Que si Apolo su fuego no me inspira,
para hacer buenos versos contra el vicio
sabrá la indignacion templar mi lira.

Y mientras que huyo el riesgo á su ejercicio,
viva en la Corte el que gustarle sabe,
y el que de embrollos guste y de bullicio,
viva en la Corte, y que la Corte alsbe. (1)

(1) Con la firma del Bachiller Munguía, publicó esta sátira D. M. J. de Larra en el *PORRECTO HABLAOR* durante el Ministerio de Calomarde.

EL FIN DE LA FIESTA.

Gran cosa es soñar, sobre todo para el que pueda buenas-
mente soñar despierto, que soñar dormido eso cualquiera lo
hace, y la dificultad entonces ya no esta en soñar, sino en dor-
mir. Pero dejando aparte si en general dormimos ó soñamos,
y si nos movemos para despertar, ó si solo nos volvemos del
otro lado, así como el punto discutido de si son los sueños
combinaciones casuales que se forjan y complican sobre ideas
conocidas, ó proféticos y misteriosos anuncios del porvenir,
porque en esto ni han andado los pueblos muy acordes ni los
filósofos muy acordados, me limitaré á sentar la proposición
de que hay quien sueña, y quien sueña á voces, sin contar los
que sueñan á golpes y porrazos. Hay tal que sueña ademas
lo que le está pasando; y muchas veces acontece decía San-
cho, soñar uno que se cae de una alta torre á un hondo abis-
mo y encontrarse al despertar sin saber como ni por donde,
cubierto de contusiones y cardenales: esto es precisamente
lo que suele suceder á los que sueñan en política.

Quisiera yo ademas, que me asegurasen hábiles fisiólo-
gos, cuando sueño y cuando estoy despierto, porque es á ve-
ces tanta la confusión que de la contrariedad de los sucesos
nace en mi fantasía, que perdido ya el hilo, me entrego á
creerlo y á dudarlo todo, y no diera un real de á ocho por la
certeza de aquello mismo que estoy viendo. ; Como de esas
veces nos ha ocurrido tener ya encontrado un tesoro, y apre-

tarle con las manos y restregarnos los ojos, exclamando
“ Oh, esta vez estoy despierto: esta vez no se escapará ” y des-
pertar á poco vacías las manos y llena la cabeza! A esos
tales hábiles fisiólogos preguntariales de buena gana, por
ejemplo, si fué realidad lo del año 20 ó pesadilla, si fué obra
de somníbu'os lo del 23, ó verdadero candilazo de moro en-
cantado, y si salen los sueños de muchas gentes de ahora por
la puerta de marfil ó por la de cuerno, segun la clasificación
que de los sueños ciertos y mentidos hizo Homero.

Adonde iríamos á parar con tal preámbulo y donde des-
pertariamos, si nos dejaran despues de tanto dormir, ni es eso
para pensado ni menos es para dicho. Retrocedamos, ó va-
mos siquiera mas despacio, ya que asi lo exigen las circuns-
tancias, y antes de que me sospeche mi lector de malicia,
confesaré que todo ese preámbulo conduce á contarle un sue-
ño, que no ha mucho tiempo he tenido.

Fue el caso que dormía yo, y dormía hacia rato como
cada hijo de vecino, con el tranquilo sueño de costumbre,
cuando se me representó de pronto que había andado mucho
camino, cosa que por cierto no era del todo verdad, como lue-
go en despertando averigüé, y halléme en Bilbao poco mas ó
menos, mezclado entre multitud de gentes que iban y venían
con notable turbación y desaliento. Ruido de armas sonaba
por todas partes, voces y alarides oía en derredor, chillones y
quejumbrosos, como de quien está llevando una pesada zurrón,
y veía gran muchedumbre de facciosos *fantomas*, que tal me
parecieron, porque en queriendo llegar á tocarlos luego se
desvanecian. ; Cosa mas natural en sueños! ; Qué hace-
mos aquí? gritaban unos. ; Quié hemos hecho? clamaban

otros. ¿Qué haremos? pensaban los mas. ¿Qué nos harán? añadian algunos. Estas fantmas están adelantadas, dije yo para mi; ahora se andan en las conjugaciones; mejor les fuera contentarse con declinar. Por lo visto, añadí, saben lo de Peñacerrada y lo de Vitoria, y era así que lo sabian y que toda la algarazara era motivada de hallarse esperando la decision del que ellos llamaban su Gobierno. Fuíme introduciendo como pude hasta la sala de la asamblea, y no fué poca fortuna: poco despues de entrar yo cerraronse las puertas, por que empezaba la sesion. Nadie echó de ver mi persona, por que aquellas gentes ya de suyo veian poco y en aquellos momentos sobre todo no estaban para distinguir de colores. Componian la reunion parte de los de Bilbao, parte de los escapados de Vitoria. Habia quien no quitaba los ojos de la puerta, quien hab'aba volviendo atrás la cubeza á cada frase, creyéndose perseguido, y quien cantaba por lo bajo por espantar el miedo.

Levantóse por fin uno que hacia de principal y con voz mal segura:

“ Señores, dijo, no hay que tener miedo: no hagan ustedes caso de mí. Han vencido á los de Vitoria, pero á nosotros no nos vencerán.

—De eso yo respondo, interrumpió otro colocandose las espuelas.

—Enbuenahora: procedimos entonces á deliberar lo que en tan urgente caso se ha de hacer. Señores, el error ha estado en reunirnos y querernos constituir en orden y gobierno: opino que nos desbandemos y si nos llaman facciosos ¿qué importa? A bien que las palabras no matan. Sabidas

son las ventajas de esa especie de guerra. Tomadas pues las medidas que para satisfacer á nuestro pueblo hago creamos necesarias, y publicada una proc'ama que ya veremos de redactarla como podamos, por la cual se varie la forma de nuestra existencia segun las urgencias del momento, falta saber si habrá quien tenga ánimos para hacer la vida de faccioso andan'c....

“ Todos, clamaron los presentes, todos.” Alzándose entonces varios de los concurrentes, salió de sus filas el mas osado, y dirigiendose al Presidente con gran sumision y respeto, imaginé hallarme de pronto trasladado á los antiguos tiempos de la caballeria, segun la peticion, ceremonia y lenguage que crei presenciar y oir. “ Cosa increible,” dirán algunos: pero como de esas cosas se ven en sueños, y como de esos sueños hay que verdades son. Dos veces Sr. Rebeldísimo, comenzó que tal era el tratamiento que se me figuró oir, como habia de haber oido Exmo. ú otro semejante: dos veces, Sr. Rebeldísimo, fui faccioso y tengo para mí que es la vida que hay que hacer, y nada de esto de orden y gobierno, como han tratado, gravemente errados, vuestras Rebeldísimas de plantearlo. Las causas perdidas, no nos hagamos ilusion ahora que el pueblo no nos oye, han de defenderos con gentes perdidas. Suplico á vuestra Rebeldísima pues, me avie y autorize para salir de poblacion y no volver á obedecer á especie alguna de bando, ni forma de gobierno ó junta, y para volver á los montes, de que nunca debiera haber salido, segun es grande la necesidad que tienen de mí los despeblados: y me dé licencia de pe'ear en calidad de faccioso, para enderezar los derechos del Sr. Emperador Carlos V, nuestro amo y

Señor natural (que en paz descansa), los cuales tengo para mí que andan á la sazon en estos sus reinos, un tanto quanto torcidos.

—Levantaos, dijo el Presidente, ó nuevo D. Merino, y creed....

—No me levantaré, Sr. Rebeldísimo, mientras no me otorgue el don que pedirlo intento: no me haga vuestra Rebeldísima tan ignorante que no sepa, despues de dos salidas que hice de mi aldea, con este mismo objeto, de correr los montes como facioso en honta de Dios y provecho mio, enderezando derechos de gente mene terosa, y deshaciendo casas y otras frioleras: no me haga repito, tan ignorante que no sepa, que debo recibir la primera licencia de la Rebeldísima mas inmediata, que luego las demás yo me las tomaré.

—Yo os lo otorgo, dijo contestando el Presidente en el mismo estilo anticundo y quijotesco de aquella gente atrasada, yo os lo otorgo y os hago facioso, aunque vos os lo pudierais lucir solo, para que tomeis libremente y sin escrupulo de conciencia el dinero de las administraciones, como es uso y costumbre de caballeros faciosos: saqueis á vuestro sabor los pueblos que alcanzais á ver: huynis de los mas y neometas á los menos, como en buena ley en esta orden que abrazais se observa: y para que tomeis en boca el nombre santo de la religion y del trono, siempre que a'guna de las mencionadas cosas penseis hacer; que con eso os seguirán los pueblos enteros como la soga sigue al enadero, y os llevareis de calles á las gentes; y nombrad la religion aunque os las huynas con enemigos mas cristianos que vos, si cabe, que si cabe: pués eso no importa al intento.

—No me levanta: é, añadió el an'ante facioso, mientras no me absuelva vuestra Rebeldísima del voto que en una malhadada exposicion, hice de defender los derechos de la Reina Doña Isabel....

—¡Miren en que se para el señor facioso! susurran entonces las fantasmas todas.

—Yo os le levanto, repuso el Presidente, á pesar de no ser necesario: que yo tengo entendido que el caballero facioso puede jurar y perjurar como y cuando y lo que guste: en poblado ó en despoblado de palabra ó por escrito, con tal que no haga ánimo de cumplirlo. Ademas, de que yo tengo para mí que facioso tan cumplido como vuestra merced, haria al jurar una restriccion mental, como en muchos autores de estas cosas se encuentra....

—Si hice.

—Tanto mas, señor andante, cuanto que el toque de ser facioso está en salir á correr el campo y no á jurar, y que si ha de correr el tal campo ha de ser por el caido, y no por el que mande: porque en otro caso no habria faccion.

Asiendo en seguida de una espada, ciñóselo, añadiendo. Con ella cortareis cristianamente hasta la quinta generacion los miembros todos de aquellos que pil'eis desbandados y que no reconozcan al gran D. Carlos V, y aun en caso de apuro á los que le reconozcan. Este baston, añadió, dandole el suyo propio, con las iniciales A. S. en el peño, que debian querer decir á saltar, os servirá de mandar á palos.—

Dijo entonces un boseton en insignia y representacion de los muchos que lleva diariamente su causa, y djole: “Dios haga á vuestra rebeldía muy buen facioso y le dé ventura y aventuras.”

En cuanto á dinero, camisas y espuelas fué advertido que no las traía, y preguntóle el que lo armaba el por qué: á lo cual repuso que dinero no le llevaba porque era sabido que un faccioso tenía dinero en todas partes donde lo hubiese, y que él pensaba ganar tanto y tan bueno en el primer encuentro, que no había de poderse contar: en lo de camisa dijo que él no sabía que ningún faccioso hubiese usado nunca camisa: en punto á espuelas contestó que él no había leído en ninguna parte, si bien no gustaba de leer, que llevasen los facciosos espuelas á sus expediciones, sino antes que había visto muchos que ni estribos llevaban, cuánto mas espuelas, pero que si lo juzgaba conveniente tan gran faccioso, como era el señor Rebeldísimo, que él daría la vuelta á su lugar, donde conocía á un negro, á quien pensaba pedírselas prostadas, *pues de la vida.*

Dijo su Rebeldísimo á esto que nada decían los libros de las espuelas como cosa que se callaba por sabida, y que reparase sino, como en todos los partes se aseguraba que se salvaban muchas veces los caballeros facciosos por la velocidad de sus caballos:

Dió poca palabra el faccioso de llevar espuelas y en cuanto á lo del velar las armas, convinose que no las velaría, por hallarse el cabecilla Sarsfield algo cerca ya de Bilbao á aquella hora y porque harto tendría que velar quien había de andar siempre á salto de mata: con lo cual se acabó la ceremonia creyéndola yo ver repetir poco mas ó menos con los demás que á tanta distinción y á tan holgada vida aspiraban: y tomando en seguida todos para el despoblado con los que del pueblo quisieron seguirles que fueron los menos.

Gran bulla y confusión se armó, al llegar aquí entre las gentes que en la plaza esperaban tumultuariamente: desesperábanse los del gobierno y pedían tiempo, pero como no fuera posible apaciar á la muchedumbre, cogió el Presidente un papel blanco y con gran prisa y temor zurció una proclama con honores de decreto, y saliendo á la escalera, y puesto en el dintel de la anchurosa puerta, comenzó á leer en los términos siguientes, si mal no me acuerdo, y decía conforme yo lo oí en med o de mi pesadilla."

"Fieles vasallos, que ibais á ser, del Sr. Don Carlos V. Las cosas van de mal á peor, y se acercan las tropas del cabecilla Sarsfield. ¿ Cómo han llegado hasta aquí? se me preguntará. Ahí vereis. Vuestra Junta sin embargo no creé oportuno esperarle: vosotros mismos conocéis que todo encuentro con él sería desagradable. Vuestro gobierno pues, meditada su situación y que probablemente no podrán mandar donde manden las tropas de la Reina por antiguas antipatías que entre unos y otros existen, ha pensado jugarles una burla y darles un brillante chasco: pensarán senslo que los esperamos; pero vuestro gobierno no espera á nadie: quedense pues solos y ahí les quedan las Provincias: nosotros imitemos al Sr. D. Carlos V. y sigámosles la paralela. Hijos, corred, volad, no ya á las armas, pero corred, corred á donde podáis. Ellos quieren que haya libertad de pensar y de obrar....

— ¡Qué escándalo gritó el pueblo.

— Si no queréis pensar pues, salvaos. Vuestro gobierno ha decretado lo siguiente:

1º. "El gobierno del Sr. D. Carlos V se desgobierna por si y ante si.

2º. En vista de que S. M. el señor D. Carlos V (que deciamos) se ha tenido á la paralela que le sigue el cabecilla Rodil á lo largo del Portugal declara al Sr. Carlos V nulo para el paso, si antes de desgobernarse; nombra por su sucesor al señor D. Carlos VI, y así sucesivamente hasta el fin de la numeracion conocida, si fuese necesario.

3º. Vuestro gobierno al desgobernarse, no queriendo separarse de lo usado en tales circunstancias, se lleva los fondos que tiene á su disposicion, con el objeto de pasar á Francia ó á cualquiera otra parte, pues es de todo rigor esta clase de levantamientos que se salven las cabezas, y solo sean cogidos y fusilados los pobres que se han sacrificado.

¡ Bravo ! ¡ bravo ! interrumpio de nuevo el pueblito enternecido, llorando á lágrima viva del entusiasmo y gratitud. ¡ Bravo ! ¡ Viva nuestro paternal gobierno !

4º. Vuestro gobierno prohíbe á ninguno de vosotros que penseis ni sobre ese ni sobre otro particular ninguno; debiendo dejar la libertad de pensar y de obrar para los enemigos del señor ex Carlos V, quien tampoco piensa ni obra.

5º. Vuestro gobierno autoriza á todo el que quiera para salir á los campos á ser fáctioso, y los gages todos y manos pueras de esta especie de ocupacion.

6º. Da por nulos los ejercicios todos que diariamente celebrasteis por espacio de mes y medio, para prepararos á recibir al enemigo, en vista de que ya no se le espera.

7º. El gobierro, en fin, de S. M. el señor D. Carlos VI, Rey por deposicion de su augusto padre, quien le deja en herencia el cetro que nunca tuvo, os suelta y desata de todos cuantos vínculos os ligan á su causa, y renuncia generosamen-

te á gobernarlos, en vista de las vivissimas instancias que para ello le hace el esbocilla Sarsfield ; pudiendo él que guste, á su llegada manifestarse fiel á sus principios y á su causa, y decirse oprimido y forzado, y demás fórmulas de estilo, hasta ocasión mas favorable. Dada y tomada en Bilbao, antes del año 1º, si cabe."

— ¡Viva ! ¡ viva ! — gritaron á un tiempo los concurrentes. Gravé rumor ó entonces que se acercaba por las calles. ¡ Sarsfield ! ¡ Sarsfield ! gritaban varios ; Carlos V ! añadían debilmente algunos, y tal gira se armó y tal zalagarda que me imaginé que me llevaban los diablos, es decir los fácticos en cuerpo y en alma. Esparciéose entonces en derredor progresiva y densísima obscuridad, que unos decían ser el crepúsculo de la mañana, y otros el de la noche : ni uno ni otro ; era una opica niebla que á mi entender se alzaba de la ría á proteger á los que huian. Veíase cada vez menos, oíanse truenos á lo lejos y tiros á lo cerca ; encontrábanse todas unas con otras las fantasmas y se empujaban y me hablaban á manera de soplo fino, y con un ruído monotono semejante al glu glu de botella que se vacía ; palpabanme y mi carne se estremecía. Doblábanse las sombras y aparecían inmensos grupos al traves. Por último sucedió el silencio y desapareció aquella bataola de movedizas, vociferantes y apañadas figuras ; como agua que se desliza se derramó y corrió fuera de las calles y plazas. De allí á poco al estrépito y acompañado es trueno de las cajas y clarines y de numerosos vivas á Cristina y á Isabel, creí ver que la niebla se desparcía y disipaba : seguía yo por ver si era ella la que me ocultaba la inmensa muchedumbre del bando cañista, pero en vano tendía la vista

por uno y otro lado. Habrá quedado vacía la población, ex-
clamé ; pero Bilbao estaba allí y más numeroso gentío que
antes llenaba de nuevo las calles y las plazas : las ventanas
estaban llenas de gentes, lleno el aire de vivas : alguna que
otra cara creí reconocer de las pasadas en la multitud
(Cosas de sueños) Pero ¿y los festejos ? Ellos y la niebla,
todo había desaparecido. El entusiasmo en fin y la apertura
me despertaron dudoso y fatigado. ¿Fué sueño ? exclamé.
¿Fué realidad ? ¿Y las Provincias rebeldes ? En aquel pun-
to entró hasta mi lecho mi criado y dándome un papel “Señor
dijo, la Gaceta extraordinaria” ; Viva Cristina ! ; Viva Isabel
II ! Las Provincias son ya nuestras y allí la fiesta es acabada.

CONVENTOS ESPAÑOLES.

TESOROS ARTÍSTICOS ENCERRADOS EN ELLOS.

Se ha dicho, y se cree generalmente en los países mas
adelantados, que la civilización estremada ni es favorable á
las artes, y que conforme van adelantando los pueblos moder-
nos en intereses positivos, van desapareciendo los grandes
artistas. Esta idea nos llevaría á un artículo demasiadamente
largo, ora tratemos de combatirla, ora de apoyarla : pero lo
que si diremos es que si fuera posible que se diese, un pueblo

que reuniese al conocimiento de sus derechos políticos, á su
libertad, á sus intereses materiales, en una palabra, á las ven-
tajas aritméticas de la civilización, el encanto y las ilusiones,
la poesía de un pueblo primitivo, y su aprecio y protección á
las artes, este sería á nuestro entender, el bello ideal de la so-
ciedad. A esto no diremos que si la civilización estremada
no crea por lo regular las artes ni los grandes artistas, al me-
nos sabe apreciar lo que posee y debe ser cínicamente
conservadora.

Pocos países se hallan en este punto en la posición que
el nuestro ; no habiendo entrado todavía franca y decidida-
mente en la senda que recorren hace muchos años nuestros
predecesores ; pero en vísperas de verificarse la gran crisis
que nos ha de conducir á ella, estamos por fortuna á tiempo de
salvar todavía del naufragio lo poco que de los tiempos pasados
debemos de tratar de conservar. La España va á dar el gran
paso, un pie todavía en el pasado, otro en el porvenir, está en
el momento crítico de la transición, transición que pudiera ser
tanto mas brusca, cuanto ha sido mas deseada y demorada.
La reacción sobrepasaría acaso la acción. Verdad es que si
el paso se ha retardado, si la conmoción ha de ser violenta,
sangrienta acaso, se deberá á un error de cálculo : se ha crei-
do que se podía edificar sin destuir antes : desgraciadamente
esto es imposible : para que empiece el día, es indispensable
que se acabe la noche ; pero si en alguna cosa se pudiera
hallar una excepción á esta regla, tal vez sería la única que
nuestros legisladores no han tocado. Han querido hacer el mi-
lagro en la política, y dieron tratar de hacerlo en las artes.

En política no hay fusión, no hay retroceso, no hay medio

possible. Uno ó otro. Todo ó nada. Los principios nuevos no pueden prosperar sino á costa de los viejos. En las artes pediría ser diferente ; y si cuando un pueblo ha llegado á ocuparse seriamente en su porvenir político, olvidado, desprecia los intereses secundarios : si las artes no son nada para él, deben ser algo para un gobierno previsor : este no debe ser indiferente á sus vicisitudes.

Los españoles no conocemos, ni apreciamos bastante mente acaso los tesoros artísticos que poseemos. Nacidos entre ellos, y habituados á su atmósfera, necioitamos muchas veces que la envidia de un extranjero nos abra los ojos acerca de nuestro verdadero valor.

El decreto de la expulsión de los jesuitas ha sido el primer paso dado en el gran camino que no debemos tardar en recorrer. Millares de fanáticos, poco calculadores, empeoran diariamente su causa, y nos indican donde está el mal. Dirigir una revolución, es algo mas meritorio que ser inutilmente víctima de ella, como es mas sabio dirigir un torrente para que fertilice los campos, que no intentarle poner diques que le obliguen á destruirlo. Dirigiendo el mismo gobierno el movimiento de la época, se salvaría el inconveniente de tener que castigar á nuestros propios amigos por delitos cuya apoteosis tendremos que hacer mañana.

Y ciñéndonos á las artes, objeto de este artículo, cuando un gobierno ilustrado, conociendo su verdadera posición, se coloque al frente de la revolución para dirigirla, esos tesoros de que somos dueños, todavía se salvarán. Llenos están de ellos esos conventos que mas temprano ó mas tarde habrán de desaparecer por fin de nuestro suelo, porque las necesidades

de la sociedad han variado, porqué los cenobitas no son de nuestro siglo, porque nuestro siglo concibe ya una religión grandiosa y de consuelo, sin víctimas fanáticas ni fanatizadoras.

¿Qué de riquezas literarias, históricas, artísticas no encierran esos conventos, destinadas acaso por una fatal imprevisión, á ser presa algún dia de las llamas ó del saqueo ? Riquezas en arquitectura, en escultura, en pintura, en manuscritos, en medallas, en archivos, y riquezas todas españolas, nacionales, riquezas que saben apreciar los extranjeros, que vienen á estudiarla, á diseñarla, á sustraerla, á veces para exportarla á sus países, para especular sobre ellas con vergüenza nuestra, para contarnos ellos mismos después con insultante desprecio nuestra propia historia, y nuestros hechos nuestras hazañas pasadas y nuestras nunca igualadas glorias.

No podemos menos de llamar la atención de nuestro gobierno sobre un punto tan interesante : ahoguemos el despotismo, hundamos en la nada nuestros viejos abusos ; regeneraremos nuestra patria ; pero salvemos con ella nuestros nombres, nuestra gloria, nuestras artes ; pasemos el Ponto á nado como César, con nuestros comentarios en la boca : cogamos del pasado la única alhaja que nos lega, para engastarla en la corona que nos ofrece el porvenir.

Para evitar que la violencia tenga parte en la destrucción de esos monumentos, que cobija aun el manto de la religión, como en los siglos medios ; aunque su desaparición haya de ser obra solamente de una ley pacíficamente meditada y votada por la nación, ¿el gobierno debe acudir á una celosa prevención ? ¿De donde puede provenir sino de la violencia ó de

ocultos manejos la multitud de còlices y manuscritos, de ediciones raras y antiquísimas, y hasta de ejecutorias de familias nuestras, que existen en la Biblioteca Real de Paris?

¿No pudiera nombrarse una comision civil, compuesta de hombres probos, encargada de recorrer esos conventos, cuyos institutos misteriosos han podido hasta ahora ocultar y conservar casi secreto cuanto en sus muros se esconde, y dar un destino mas seguro á sus riquezas artísticas y literarias? Con tal que no fuera una junta y tuviera que juntarse, en cuyo caso corrieran el riesgo de llegar un poco tarde.

¿Que no ha perdido la Francia por no haber pensado al principio de su revolucion en un ramo tan importante? ¿Qué de quejas no alzan hoy al cielo, estériles ya por desgracia y muy tardías?

No sabemos hasta que punto será apreciado nuestro patriotismo (si es que llega siquiera á los oídos de alguien, si es que encuentra eco); pero si nos apresuráremos á hacer presente al gobierno, para excusarnos de visionarios, que esos mismos extranjeros que creen conocer nuestra posición, se ocupan en el dia en salvar esos tesoros artísticos de nuestra España; pero en salvarlos para ellos. Sabemos positivamente que un establecimiento literario en Paris, trata de enviar á nuestro suelo, con anuencia y protección de su gobierno, comisionados encargados de diseñar, ó de comprar á cualquier costa cuanto puedan encontrar en punto á cuadros y manuscritos, &c &c. ¿Podremos firmos en que estos objetos no les serán vendidos? ¿Podremos suponer á sus poseedores tan poco perspicaces, que no vean al ojo su agonía? ¿Deberemos ponernos en manos de su delicadeza?

Repetimos que lo sabemos positivamente, y lo podemos decir con tanta mas independencia, cuanto que hemos arrancado casualmente el secreto, y que no nos ha sido confiado.

Hagamos, pues, nosotros lo que los extranjeros piensan hacer, y apresúrennos; porque acaso el dia de las venganzas, ó el del triunfo completo de la buena causa no esté lejos, y el dia de enmendar una imprevision, si la cometiésemos, no volvería á presentarse jamás.

Probemos á la Europa que sabemos lo que poseemos, que lo sabemos apreciar: que hacemos nuestra revolucion con menos sangre y mas fruto que nuestros antecesores: demostremosla que en el momento de entrar en la senda que ellos recorren de libertad y de igualdad, nuestra civilizacion que en lo sucesivo ha de ser probablemente como la suya, estéril y nada creadora, es al menos conservadora; probemosla en fin, que puebló realmente iustrado y apreciador de las artes y de los conocimientos humanos, somos dignos de la libertad que nos espera para coronar nuestros patrióticos esfuerzos.

FIGARO DE VUELTA.

CARTA A UN SU AMIGO RESIDENTE EN PARÍS.

Puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamases á los países extranjeros, quisiera visitarlos solo por gusto, ó comodidad, a expensas propias, y caminando por mi respiro.

CURIOSO PARLANTE. Panorama Matritense.
La vuelta de París.

Madrid 3 de Enero de 1836.

Se vuelve á España desde París, querido amigo: es cosa probada, y lo que es más, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado á cabo tan árdua empresa. Loco estoy del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superidad de esos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia; ya sabes que á la vuelta de cada esquina se encuentran todavía una ó dos en nuestro país, pues se tropieza por las calles aun más gentes que han vuelto de París. Por lo que hace á mí no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Despues de darme por ello el parabien, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podías creer? ¿Eh? ¿A que has de volver, decías? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A que he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mío. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Diez meses sin murmurar! Figaro diez meses sin curiosear los enredos

de su barrio, sin hacer la oposición á nadie, sin criticar á cómico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícaru de legitimo chocolate, ni ver el sol de Castilla. Figaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pié andaluz. Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la nube (1), sin ir al café del Príncipe, sin asistir á una sesion del Estamento; diez meses en fin, sin ver una real orden, ni columbrar un prócer. Eso es morir-e, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué á mi tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto tonterío y tanto camino de hierro? Hombres muy aquí que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar despues de vivir; hombres que no pudieron llegar á saber en todo un París ganar un real, y que han hallado en Madrid á un dos por tres con que pasar una real vida. Y no te figures, no sirviendo y adulando á los demás, sino mandándolos y haciendo uso de ellos adular y servir. ¿Qué mas ciencia, ni que mas industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde mas cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada mas parecido á un gobierno representativo que el que rige felizmente á España en nuestros días? ¿Dónde hay telon que se parezca mas á un árbol, ni cómico que mas se asemeje á un príncipe, que lo que se parece un Estatuto á una Constitución? Pues, Dios mediante, han de parecerse aun mas. En punto á camino de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, á mas no poder, venimos caminando desde que salimos ha dos años de la

(1) En gitano la capa.

Granja, que todo ese tiempo hemos neccesitado para volver otra vez á doña Marfa de Alagon ? (1)

¿ Porqué me habia de volver ? Por la misma razen, amigo mio, que de aquí me fui, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida á mudar de contínuo casa y domicilio ; por la misma que me vió pasar en otros tiempos del Hablador á la Revista, de la Revista al Observador, de los periódicos á la escena, de las comedias á las novelas : por esta venturosa organización que para variar me dió naturaleza, y que en el número 94 de la Revista me hacia escribir :

“ La recosidad de viajar y de variar de objetos.... logró hacer de mí el ser mas veleidoso que ha nacido.... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se puede soportar á las gentes los quince primeros días que se las conoce.... Si alguna cosa hay que no me cause es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar, he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando.... Nadie, pues, mas feliz que yo, porque en cuanto á las habladurias y murmuraciones del mundo perecedero, asi me cuido de ellas, como de ir á la Mera.”

¿ Para qué ? Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ; Y qué proyecto ! Tal y tan bueno, que acerca de él solo, he de escribirte una gran carta, por no caber en esta los muchos y franceses encamios con que le pienso glosar y comentar. ; Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, no había de haber vuelto aunque no hubiera sido sino para echar del cuer-

(1) Hoy local del Estamento de Próceres : en tiempo de la Constitución de las Cortes.

po lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quedaron los censores, que reja'gar se les vuelva ! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar y volverme.

¿ Cómo, me decías, por donde, en que ? A tales preguntas contestaría sobradamente la relacion de mi visge, si estuviera mas despacio. No niego que el por donde me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él un facioso mas ; que aunque no es mas que uno, como hñ dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo. Bueno era no hace mucho en efecto de ese el de Cataluña ; pero de poco tiempo á esta parte hay tambien en él a'gunos facciosos mas y algunas diligencias menos. Bien me decían que el de Oleron era incómodo ; pero ¿ qué remedio ? Volver por Portugal, como había ido, ni era lo mas derecho, ni menos para mi carácter versátil ; ademas de que hay países que no son para vistos dos veces ; y aunque alguien me incitaba á tomar con el vapor del Mediterráneo la vía de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver á España por Argel, mas lo tuve yo por pulla y atrevida, que por consejo razonab'e.

Víñeme, pues, por Oleron, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera, defendiendo el paso á los carlistas para la faccion. Como yo no tengo traza de principe, ni me parezco á D. Carlos ni á D. Sebastián, como no traía conmigo ni armamento, ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuadriga alianza, esas barreras que allanó para siempre entre

Francia y España n're tro ministerio del justo-medio, se pasan sin embargo á caballo en un mulo, ó por mejor decir en compañía de un mulo, á lo cual llaman *diligencia de Zaragoza á Oleron*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominación en dos largos días que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo á él y considerándome él á mí. Era tanto el hielo, y tan malo el paseo, que no sé decirte quién llevaba á quién.

Posteriormente he cielo hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran sér las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aquí están creidos, hasta el gobierno, de que tenemos una en la frontera : se dice que está en Canfranc. Así debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habría salido á dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la vi, ni ella vió jamás mis baules. Lo que si vi fué varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero ; pero de peseta en peseta me ví á lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y á casa luego con el contrabando. Yo no lo traía casualmente, que lo sentí ; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio París en la maleta, y no vayas á creer al pie de la letra, como yo, que todo está reformado, y que nadan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el dia que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso ó no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principio de Agosto remitió á la Reviتا un artículo en que, presumiendo á fuer de Fígaro lo que iba á suceder, encendió á nuestro buen gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos : imprimióse en efecto, aunque mal parado por algún benigno censor. No habrás olvidado que á pocos días, por una rara coincidencia sin duda, pareció una real órden en la Gaceta dando providencias en el particular. Parece que se nombraron efectivamente comisionados por aquí y por allí, con sus dictas correspondientes, para la colección y resguardo de aquellos objetos : la cosa se ha llevadotan á punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo ví y toqué no muy lejos de Madrid objetos de esos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿ Para que quiere el gobierno esas tonterías ? ; libretos de los frailes ! ; chucherías de las madres !

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible ; y pues viene á cuento, te ho de contar otra cosa que debo influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta Corte, me hallaba yo casualmente no hace muchos días cuando acertaron á pasar los quintos que venían de Extremadura. ; Que bien se trata á la tropa ! ; Que bien á esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre ! ; A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre ! ; Yo mismo ví también á un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo ví á un cabo medir á otro con su var a, insignia por cierto militar !



Y esto á la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en dia de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo ; si deserta al palo ; y si pasa á la fucion le llamaremos caribe. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos dias que se coneeed ó el título de i-u-trí-imos señores á no sé qué individuos de no séqué corporacion, consejo ó tribunal : esto es indiferente ; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España : señorías, escelencias, &c. &c. ; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los hombres, que es á lo que vamos. Bien se te alcanza que dificilmente puede tener méito un hombre, mientras todo advenedizo le puede llamar *de usted*. Esto está en el espíritu de la regeneracion que estamos llevando á cabo.

Todavía hay Estamento de Próceres, y tienen sus sesiones corrientes : te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en París había llegado á olvidarlo.

En el de Procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona : se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras Cortes, quien dice *revisoras*, quien *constituyentes*. Lo primero es lo mas general, lo segundo es lo mas cierto ; pero si en mes y medio solo se ha votado uno de los proyectos, ¿ cuántos mas se habrán votado en Marzo ? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque solo el Sr. Pardiñas votó en contra. Por fin habló el Sr. Conde de Toreno por primera vez despues de su advenimiento á la oposicion : habrá como sino hubiera sido Ministro. El Sr. Martinez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia, y

otras bagatelas. Este habló como si fuera Ministro todavía. Y no te digo más porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al gobierno, te subré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen mas que un solo ministro verdadero : dicen sus enemigos que no le falta mas que hablar ; de todas suertes, no se le puede negar á este ministerio que *promete*. ¡ Así cumplía ! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organizacion cupiera ser alguna vez ministerial, se me había presentado una bonita ocasión ; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo mas á que podía entenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen ministerio, sería á alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me o'vidase. ¿ Querrás creer que á mi llegada á esta Corte me encontré con personas que suponían que mi viage había sido costeado por el gobierno ? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿ Tú no lo sabias ? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno vá á París, es claro que no puede ser sino con algún emp'e, ó con fondos del gobierno. ¿ Qué fondos particulares bastarian para llegar á París ? Ni yo tengo cara tampoco de ir á París por mi gusto. Esto es claro como la luz del dia. ¡ Qué penetracion ! ; Dios los bendiga !

Mas ya echo de ver que esto es un tanto largo para carta, y un si es no es corto para folleto ; á no contarte cosas

que parecieran mejor secretas, había de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas, que llevado de mi comienzo de escribir y de mi versatilidad, no bien hubo llegado á Madrid cuando me eché á buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que faltaba de invierno. Quería grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabía el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo había imaginado mil veces para tanto como tengo aun que decir. Empezábame ya á desesperar, cuando hice aquí que de pronto surge de la calle de las Rejas El Español, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que á imitación del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: "Este es," exclamé en cuanto le ví:—

"estenderse, crecer, tocar al cielo,"

y metíme de rondon en él, donde quedo para servirte, imaginando á toda prisa artículos de teatro, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente, mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no á los hombres, procurando hermanar con mi poca ó mucha bieñ el respeto que en sociedad nos debemos los unos á los otros, amigo de mis amigos, y por demás agradecido al público que sufre mis habladurias. Hé aquí mi profesion de fe. Tuyo siempre—Figaro.

P. D. A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores Procuradores desde ayer el señor Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesión si ha acabado.

CARTA DE FIGARO

A SU CORRESPONSAL EN PARIS

ACERCA DE LA DISOLUCION DE LAS CORTES Y OTRAS VARIAS COSAS

DEL DIA

BUENAS NOCHES

Buena seré, D. Basilio,
Presto andante á reposar

Madrid 30 de Enero.

Con fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada á esta Corte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (á que no he recibido contestacion) porque á la mañana siguiente del dia en que te la escribí, y cuando yo presumia que podría estar ya por lo menos en Ariza, ¿dónde dirás que me la encontré? La encontré ni mas ni menos en el *Español*, mal que bien encajonada, entre las *sesiones* y los *cambios*, que entonces ambas cosas existian todavía; no había hecho mas camino que de la calle del Caballero de Gracia á la de las Rejas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé desde luego que habría participado yá mi naturaleza de esta atmósfera que respiramos, y que había enviado al *Español* mi carta en vez del primer artículo de Teatros, que debía darle, y echado el original destinado á la Imprenta, en el buzón del Correo, en vez de nuestra correspondencia. Poníame solo en confusión que la car-

ta impresa no era precisamente la misma que yo te había escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos. Esto me hizo sentir tanto mas la equivocación, porque si no puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, mas duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino á tí. Soy ademas un tanto tímido, y escribiéndote en confianza como te escribo, ni me cuido de pulir el estilo lo bastante, ni menos de paliar las verdades en un punto; dígote por tanto, cosas que es vergüenza; por vida mia! que anden impresas, y mas vergüenza aun que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar esta á tus manos otro conducto, que me parece mas seguro, si en la publicidad está la seguridad. Quiero mas bien escribir una carta que un artículo, y he de dar las razones. Cuando escribes una carta á una persona determinada, puedes estar seguro de tener un lector; si es cierto lo que dicen los franceses que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte* no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público y como el que escribe la carta es dueño de escribirla á quien mejor lo parece, goza de otra ventaja no menor de escogerse el público á su gusto. Sácase de aquí la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta, sabe con quien habla, y esto no es humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexiones en fin que en el dia cuantos artículos podemos hacer han de reducirse á *artículos de fe ó de esperanza*, no extrañaras que me decida por las cartas. Aquí para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si se hacen artículos de *fe*; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en país de ciegos (gran cir-

cun-tancia para todo lo que es *fe*) dígote francamente que yo no veo el tuerto que ha de ser Rey. *Hazlos, pues*, me dirás, *de esperanzas, que de eso lo hacen los demás*. Y yo tambien los haría, amigo mio. ¡Así la tuviera!

Agrega á las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo tan bien arreglado, que te dá gana de ponerte á escri-las solo por que te las lleven á cualquier parte, y sobre todo desde la Real Orden de 8 de Enero, la cual está tan clara, que no parece si no que la han discutido en Cortes, y dice así por ver si tú la entiendes.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DEL REINO.

REAL ORDEN.

Exmo. Sr.—Enterada S. M. la Reina Gobernadora del oficio de V. E. de 29 de Diciembre último, ha tenido á bien resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofrecía la carretera de Aragón á Barcelona por ambas carreras, hasta que libre de todo peligro el de Aragón, sea este el solo conductor de comunicación entre Madrid y Barcelona; siendo la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se anuncie esta disposición temporal en la Gaceta—Dios &c.—Madrid 8 de Enero de 1836.—HEROS.—Exmo. Sr. Director General de Correos.

Es decir, que mediante á que ya no hay riesgo de Aragón á Barcelona, se despache por ahí la correspondencia; hasta que no haya peligro. Mas claro señor, que ya no hay riesgo, ya no hay mas que peligro. Luego llama "temporal" á esta

disposicion, y efectivamente no es mal chubasco; mas que Real orden parece granizada de palabras; á no ser que la llame así por no llamarla espiritual, y por corresponder más bien al cuerpo que al alma los asuntos de esa carretera. Concluye la Real Orden con un "Dios &c." que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que lo puso acabó diciendo: "Dios me asista, ó Dios me entienda, ó Dios sobre todo," por que solo su Divina Magestad es capaz de dar cumplimiento á tan extraordinaria resolución. Por donde se vé que es más digno de lástima de lo que parece el Señor Director de Correos, pues no solo ha de dirigir sus cartas á cada uno sinó que ha de entender al Ministerio, á no ser que sus Excelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera más explícita, y guarden solo para el público ese lenguaje anfibológico.

Es lo peor que en 16 de Enero, ocho días después, no estabamos más adelantados en punto á estilo de reales ordenes por que S. M. por Real decreto de dicho dia promueve á D. Francisco Javier Uriarte y Borja á 'a dignidad de Capitán General de la Armada, sin aumento alguno de goce, á que jenerosamente renuncia Uriarte en atención á las presentes circunstancias. Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero también es gran lástima que desde el 16 de Enero no pueda gozar el señor de Uriarte sinó precisamente lo mismo que gozara hasta aquel dia, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir que si al dia siguiente del real decreto hubieran dado al señor Uriarte una buena noticia, como por ejemplo la disolución del Estamento, debería haberse mirado mucho en gozar de aque-

lla satisfacción que debería naturalmente caberle, por que ese sería aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de Enero.

¿No sería bueno que para mejorar la suerte del Señor Uriarte, y aun la del Director de Correos, se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer, por lo menor, y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta mi segunda carta: te habrá chocado el rotulo que en cabecera le he puesto. BUENAS NOCHES, dirás "cuando estoy yo esperando "un nuevo dia y el progreso y difusión de las luces en cada "noticia que de la patria recibo. Quiero sacar de confusión." Las buenas noches que te doy no son para tí, no es ahí, sino aquí, donde nos hemos quedado á oscuras, ¿Ves claras ahora las buenas noches? ¿Tampoco? Manos, pues, á la obra, y escucha, que hay que tomarlo de más arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres que andan jugando á la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer siempre las cosas al revés. Estos tales habían leído ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habían hecho ellos solo liberales, que no había mas que pedir. Oyeron el grito de Independencia Nacional, y dijeron para su sayo, ¡Oiga! la España se ha ilustrado: con lo cual no tuvieron duda en que se podía dar una Constitución, y diéronse una especie de código sagrado respetado siempre como paladion que fué de nuestra Independencia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrazados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo dia de Sába-

do, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: *Esto ha sido una traicion, y otra vez sucederá mejor.* Esperemos, y el año 20 hélos aquí que tornan á poner la mesa, y los mismos manjares sobre ella, por quo el apetito, decian, era el mismo. Pero van y vienen días, van y vienen franceses, vienen y se va la Constitucion, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexion algunos de ellos, y dijo para si empezando á escarmientar: *Acaso no está la España bastante ilustrada, y no tiene su estómago tanto apetito como yo le había supuesto: no será malo sustituir las Cámaras á la Constitucion.* Pero el tercero en discordia decidió la cuestion, y mientras que aquellas y estas se andaban representando la Comedia de *¿Quién ha de mandar en casa?* se adjudicó él á sí mismo la parte del Leon de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el extranjero, y aquellos de quiénes te voy hablando, en lugar de decir esta vez, como dijeron la primera *esto ha sido traicion*, que entonces hubieran acertado, dijeron: *Está visto, la España no está ilustrada.* La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: *a los gobernantes ó los gobernados no sirven para el paso.* Alguien que hubiera sido modesto hubiera dicho: *Si seremos unos torpes?* Pero nuestros hombres dijeron: *Ellas son sándios.* Y pusieron de nuevo la mesa; pero esta vez añadieron, *no os hemos de alistar, porque si el año 12 no tenais apetito, si el año 23 dejasteis undirse el banquete, ¿cómo podreis decirlo el 34?* Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria, porque algo habíamos de haber adelantado del año 12 al 20, y del 23 al 34. De suerte que aquellos que habían andado demasiado cuando los demás estaban parados, comen-

zaron á pararse cuando los demás empezamos á andar.

Figurate, amigo mio, que eres sastre, y que le haces á un niño de siete años un uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! tú, sastre, entonces, dices: *Vea Vd. que niño tan torpe! le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado y al muy necio no le viene.*

Cojes el uniforme, desprecias al niño y te vas. A los siete ó ocho años vuelves con el uniforme, y el niño tiene quince. ¡Ancho todavía! exclamas; esto no se puede aguantar; si el uniforme está lo mismo, ¿cómo no le viene? Estás visto que este muchacho no sirve para consejero: es un sándio. Vuelveste á tu taller, y escarmientado de las pasadas experiencias hacésle una bonita envoltura, y vuelves con tu lio debajo del brazo á los diez años, y entonces el muchacho tiene ya veinticinco —, ¡Qué diantres, gritas asombrado, este muchacho es el diablo tampoco le viene la envoltura! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! pues Señor, es investible; y cojes y le dejas en cueros.

¡Vive Dios Señor Sastre, que consecuencia y que tijera!!

He aquí, amigo mio, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, mas clara que la del P. Duchesne, traducida por el P. Isla. Me parece que habrás entendido cual es la envoltura, y escuso decirte quién es el sastre. Ahora que sirviría ya el uniforme de consejero, nos viene con la envoltura, y porque no nos asusta dice que somos unos brutos.

Mal arcomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lia de pies y manos, y sin siquiera andadores, reúnense los estamentos del siglo XV arreglados á la necesidad del siglo XIX, esto es la envoltura con faldones y corbata, y pasamos largos

meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, segun lo mezclado de las intrigas, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado nuestro favor, y lo esquisito de los conceptos sin que pueda oírse las largas relaciones de dama y galan, que solo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía oscuro el desenlace, ilumina una noche la península con conventos; al resplandor de los sublimes flameros no vé cosa que le estorbe sino el Ministerio, y pide por junto su caída,

Un hombre nuevo es llamado para deshacer la faccion y árehacer la nacion; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nacion es preciso empezar por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Triste suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un dia! Nueva Penelope, la Espana no hace sino tejer y desejer. Todos convienen ya amigo mio, en que la envoltura fué evidentemente un disparate ó una burla mas bien de Carnaval, y que ya nos vendria el uniforme; pero en lugar de echarla á un lado se la andan descosiendo puntada por puntada, por que han dado en la gracia de decir que no se puede hacer un uniforme de nueva planta, sino que es preciso salga el uniforme de la envoltura; están locos y todo es darle vueltas y rodeos: tira de acá tira de allá, y llévenos el diablo si por ningun lado nos alcanza.

Juntanse en esto las Cortes ; *Gracias á Dios, dirás, que*

tenemos quien ilustre la materia! El trono habla á las Cortes, y las Cortes contestan al discurso del trono. Hasta aquí no hay cuestion de Gabinete, es solo cuestion de buena crianza. El uno dice : *Servidor de Vd.*; y el otro contesta : *Muy Señor mio.* No es decir esto, sin embargo, que no haya transcurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podria decir á su riesgo y peligro el primer cumplimiento, y si podria el otro en conciencia responder con el segundo. Pero al fin se convino, se decidió que no habia peligro ni por una ni por otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el ministerio abriga dudas acerca de si tiene ó no tiene la confianza de la nacion, que le acababa de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nacion cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar por resultado la expresion de la voluntad de la nacion; lo cual es tan cierto, que esa misma representacion nacional, que no es representacion nacional, va á hacer ella en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra Ley Electoral que dé por resultado la expresion nacional. Pero has de saber que en estos gobiernos representativos, queda destruido el antiguo refran que dice : *nadie da lo que no tiene*: mas claro con un ejemplo, en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo vez claro ahora? Pues sin embargo, el ministro puesto por la nacion le pregunta al tal apoderado de la nacion, si la nacion tiene confianza en él. Es decir que yo, mayordomo tuyoy puesto por tí, le pregunto á tu ayuda de cámara si me dá licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natu-

ral. ; Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas á medias, cuando hubo conyuntura de hacerlas por entero ! ; Sustente precisa de un puebl' que se empeña en que le den lo que no se dá, lo que se toma ! Por que el quo dá no puede menos que ser legal, y la legalidad repugna toda innovacion.

Felizmente, como le habia de haber dado al apoderado por decir que no, dio'e por decir que sí, y tuvimos *voto de confianza*.

Diose de paso un empujon á la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *Guardia Nacional* á lo que el año pasado no se podia llamar "si", sino con manifiesto peligro. Ya te lo he dicho *tejer y desttejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar á los viejos : desttejer de *Fomento* á *Interior*, de *Interior* á *Gobernacion*, de subdelegado á gobernador civil, ya llegaremos á *Gesés Políticos* de Estamento á *Cortes* revisoras ó ya llegaremos á *Constituyentes* y á *Constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *Guardia Nacional* todo el veneno que tenian puestas en prensa, como han estido lo han escurrido. Semejantes en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *Milicia Urbana* perdieron su fuerza y se malcaron, semejantes tambien al vino, que espuesto al aire libre se agría y se desvirtúa.

Despues de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos á la Ley Electoral, que ya no sé con que comparesta, porque, se ha dicho con respeto, no sé á que se parece. En primer lugar el Ministro picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su

voto de confianza, no quiere ser menos y le dá el suyo al Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría, y el de la menoría de la comision, diciendo que no es cuestión de gabinete, y que adopta lo que el Estamento decide. Confianza por confianza. Se adopta la totalidad. ¡Gran victoria, parecida á otra moderna que no quiero nombrar y que tambien se volvió toda principio ! ¿Que importa? dice la oposición, en los artículos te agravio. En el todo están de acuerdo; en lo que no están de acuerdo es en las partes que componen ese todo : pero por lo demás ; que bueña ! El encabezamiento, la fecha, el oficio de remisión todo está bien. Es decir : Yo te regalo una capa hecha, solo que no quiero que gestes de ella, ni el poño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras. Ahora, abrigate tu como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusion es obra superior á mis fuerzas, y decirte en quien estuvo la culpa, y nombrarte al que por falta de practica parlamentaria dejó que su enemigo se adelantase á tomar la mejor posición es superior á mi voluntad : por tanto te aconsejo eches mano de las sesiones de Cortes, y te las less de cabo á rabo, y si llegas á entender claro en el asunto, te aconsejo tambien que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿Quieres que te diga lo que yo he encendido en limpio, por ende veras que soy un pobre hombre ? Ya yo me lo pregunto, pero nunca creí quedarme á obscuras con tantas luminarias, porque decia yo para mí : para que se entienda una cosa, habrá de baster, ó que el que trata de averiguarla no sea lerdo, ó que el quo la explica sea muy avisado. Nada de eso, y

juzga si el pobre Figaro es lerdo cuando no ha sido en limpio sino.

Que la elección directa es la mas liberal, que el Ministerio es liberal, y quería lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que el quería; que ha habido una comisión y dos proyectos en ella, y que el Ministro quería lo mismo que la comisión, que querían dos cosas distintas y que el Estamento, no quería ni al Ministro ni á la Comisión. Que la oposición en el Estamento era de hombres retrogados que abogaban por el progreso y que querían la elección directa como la mas liberal, ellos que eran los menos liberales; que el Ministro que hacia de Ministerio, y la Comisión que hacia de las suyas, eran hombres progresivos que abogaban por el retroceso, y que querían la elección indirecta como la menos liberal, ellos que eran los más liberales: que los más liberales querían que se efectuase la elección por Provincias, y los menos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España; que las Provincias son más liberales, á pesar de que los más liberales son los partidos &c. &c. &c., y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderemos.

; Me has entendido Andrés? Bueno; pues ahora sabrás que de resultas amaneció un dia y se votó todo eso; absolvieronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia; sin duda no estaban todavía más ilustrados que yo, y se perdió la votación, todo por cinco votos, que han venido á ser las cinco llagas, Andrés mio, de este pobre cuerpo crucificado: viniendo á ser también por lo tanto en

sus partes cuestión de gabinete, lo que en su todo no era sino cuestión de escalera abajo.

Con esto, amigo mío, y para que nos entendieramos, se tomó la determinación de hacer callar el Estamento, que sinó estaría hablando todavía, quedándose todos el 27 de Enero á obscuras de Estamento, y de Cortes, y de Ley Electoral, con la rara circunstancia de que la *Nación*, estaba deseando que la disolvieran, y el *Pueblo* es el primero que ha dado la enhorabuena al Gobierno por haberlo enviado á pasear. Y sin embargo ha hecho bien y ha tenido razón.— ; Ahí verás tú lo que son *anomalías*!

En efecto, el trono, usando de su prerrogativa, dijo á cada cual en lengua castellana lo que mi tocayo dice en cierta parte, *Buena será D. Basilio, presto andati á reposar; y ya á la hora de esta deben de ir por esos caminos los Señores Procuradores á poner en claro para sus comitentes la Ley Electoral que así acertaran los unos ni los otros á espicarla,*

Pero al dia siguiente, querido amigo, y cuando creíamos los amigos del Ministerio que iba á dar un *golpe de Estado*, sustituyendo á la Ley provisional agregada al Estatuto, otra ley provisional en la cual podía decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquella fundamental, y tan Ministro soy yo como el padre mismo del Estatuto*, nos encontramos con una *Gaceta Extraordinaria*, que dice que se reunirán nuevas Cortes el 22 de Marzo mas no revisorias ni constituyentes sino solo para hacer dos meses después, lo que estas debían haber hecho dos meses antes. A ver si lo entiendes: el ministro dijo, al llegar al artículo que levantó la polvareda. *No me le toqueis, porque de no ser la elección por Provincias, habré de tardar dos meses mas, y entonces no puedo*

cumplir mi promesa, porque estoy de prisa. Respondieron las Cortes: *Abajo el artículo*; parece natural creer que el Ministro va á echar por el atajo y decir. *No me ahorrais los dos meses; pues en atención á la urgencia, yo me los ahorro*: no Señor sino que dice: *me embarazais dos meses, y os disuivo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Cortes mejores me los ayudan á salvar*. En ese caso, pues. ¿Para qué disolverlas? Aguantar los dos meses, pues por todos lados se presentan, y así no serán más que dos, porque si las otras Cortes vienen diciendo erre que erre, entonces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto solo veo clara una cosa; y es que para el 22 de Marzo, se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes, uno de cuyos estamentos será elegido por los electores que elijan los ayuntamientos y mayores contribuyentes, que sus individuos deberán tener 12 000 reales de renta, treinta años y haber nacido ó estar arraigados en la provincia, segun el Estatuto. Que estas tales Cortes oíran otro discurso de la Corona, y volverán á contestarle: que se volverá á poner sobre la mesa la ley electoral, en atención á que es preciso hacer una nueva, pues la actual, por la que van á ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entonces es probable que empiecen á entendernos, porque es de suponer que Tarragona, Granada y Asturias no han de reelegir exactamente á todos sus poderhabientes: que se discutirá luego el proyecto de Libertad de Imprenta, el de responsabilidad Ministerial, y demás objetos importantes que el bien público reclame; que para entonces, seguramente no tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio: por que estará caido si no la cumple;

que en eso se pasará la Primavera y el Verano; que para el Otoño se pondrá en vigor la nueva ley electoral; y que mucho antes del dia del juicio, veremos las Cortes revisoras, que engendrarán las constituyentes; y que..... y en fin, que se acabará el mundo, algún dia, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden, hablando de eso, que Nuestro Señor Jesu-Cristo vendrá á juzgar á los muertos; de los muertos no digo nada, ¡vive Dios! que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarían juzgados.

Y he aquí, amigo mio, (en tanto que descubrimos el del Ministerio) descubierto el secreto de la oposición, y explicada un tanto la anomalia de como querían los menos liberales, el método mas liberal, á saber, por que era el mas largo, sin contar con el rodeo que nos hacen dar sus Señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente les damos todas las buenas noches.

Por mi parte, rato tengo de creer que en las críticas circunstancias en que nos hallamos, poseedores de un Ministro, en quien la nacion ha depositado por todos los medios posibles su completa confianza, no puede perjudicarnos que este camine libre de las trabas de todo Gobierno Representativo, hasta el cumplimiento de sus ofertas. Y nada nos queda si que sentir, si no debemos tener presente que es tan grande como la necesidad de acabar con la ficion, la de ver reunidas las Cortes Constituyentes, que den principio á una era nueva, desenredándose de esta tela vieja en que yacemos miserabilmente envueltos. En fin, si conseguimos lo primero, creo que los liberales verdaderos lo hemos de dar todo por bien empleado.

Concluíte diciéñole, que hasta la presente estamos tan
á buenas noches de Ministros, como de Estamentos; pues los
Señores Próceres, sin comerlo ni beberlo, tambien han callado
todos á un tiempo, que era como hablaban, sin que por eso
dijesen entonces mas que ahora.

El de la guerra está en su elemento: estos días se anda
buscando uno para Estado, ó para Hacienda, como quieras
entenderlo, pero vaya V. á saber donde estará metido: con
respecto al de Marina, ya oirías que se trataba de hacer Mi-
nistro de Marina al Sr. Galiano, á causa de que habla muy
bien: pero como el Ministro ha cortado la conversación dudo
mucho que insistan en eso; S. E. se quedará hablando con
las olas y diciéndoles el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que
lo aprecio demasiado para desechar que lo hagan Ministro.
De todas suertes, no debe de admirarse en ese ramo la tar-
danza, porque así pueden andar buscando Ministro para la
Marina, como Marina para el Ministro, hay quien añadiría si el
de la Gobernación ha de mudarse; pero te aseguro que lo
tiemblo, porque si cada Ministro ha de traer consigo, como
ha sucedido hasta ahora, un nombre nuevo y un nuevo regla-
mento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganaremos
para memoria y para membretes impresos.

Sigio y mas sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me
suceda algun chasco: y en el interin que te vuelvo á escribir,
que será pronto, recibe las *Buenas noches* de tu amigo—

D. RAMON MARIA NARVAEZ.

Alabado, ensalzado, glorificado, loado, bendecido y hasta
beatificado y santificado sea....sea.... ¿Qué santo?
A cual? á quien daremos gracias y reconoceremos por pa-
tron, y causa de haber sido atacado y batido Gomez en
Andalucía....; A cual? Al santo que no tenga escelencia
y sea san Fulano mundo liso y llano, y que se conozca por abo-
gado de los mayores imposibles y milagros: ¿con que Go-
mez ha sido batido? que maravilla! que....cosa tan ines-
perada pero justa y necesaria.

La provincia gaditana ha sido la que debía ver su suelo
teñido con la sangre de los encarnizados verdugos de Córdoba
y Almadén, y al valiente brigadier Narvaez estaba reservada
la gloria que no han podido obtener generales experimentados,
entorchados dobles, fajos, titú'es y una serie de antecedentes....
¿estamos? Una serie de antecedentes gloriosos
cuál los del Callao de Lima, Portugal, reino del Perú &c. &c.
&c. &c. &c. &c.

; Santa Bárbara! Ahora aquí pega una invocación á
esta santa abogada de rayos y cestellaz. ;Vaya una santa
escalentísima!!!!

El señor D. Ramon Maria Narvaez nada más, que con
solo sus crucecillas de campanas, y....brigadier....es el
señor Don Fulano Narvaez, no ha llegado a escelo.tisimo
....cuidado que lo merece tan justo y mejor que otros que

han adquirido sus grados por la influencia de una camarista, por los empeños de un grande protector, por haber untado el carro del ascenso, por aparecer lo que no son, ni fueron ni serán porque como fué pariente del exelentísimo señor don Fulano, es menester que lo sea don Zutano; y como por encanto aparecen unos generales nuevecitos, sacados de los primeros moldes, sin haberse aun empañado el barniz de la última mano.... ¿suego esto está reservado para ellos, con su iastringulís, que lo saben ejercer con primor, elegancia y finura cosa que se aprende á hacer con mas facilidad que batir á los enemigos por las sierras de Anzar, las de Navarra y....; vive Dios! que cuando se trate de conservar geranquias, defender nobilidades, no manchar pergaminos, y querer mencillar egecutorias, aquí estamos nosotros para salir cual el andante Manchego, y envasar liberales á mansalva como el tal adalid hizo con los pellejos de vino en la venta de feliz recordacion: pero en cuanto á salvar la patria, cumplir con su deber, defendiendo los derechos del pueblo, combatir contra los enemigos de sus conciudadanos, ahí están las calles de Cadiz el dia 10 de Marzo de 1820 y la campaña útima de Portugal contra el Pretendiente que casi es parangon; por que entre asesinar un puebló indefenso, á dejar sueltesito y libre el que despues ha de procurar asesinarlo, todo es casi igual; ; vivan las exelencias, y los titulos adquiridos con tanta honra y provecho del diablol ya que no de la patria !!!

Señores, señores; qué espontón de disparates! con la noticia favorable se me vá el santo al cielo, la reflexion se me olvida y no se hace uno cargo de la razon. Usted Sr. Narvacz es un atrevidecelo: si señor: á la vista de tres batallones de

Aragon, cinco de Valencia y cuatro de Castilla con novecientos caballos (según dice el parte) atacarlos sin verlos ni contarlos á derechas. ; Ola!... Es menester reñirle á usted severamente por su irreflexion, por su temeridad. ¿Como se entiende no tomar el ejemplo de sus superiores llenos de "antecedentes gloriosísimos" de crucer, fajaz, entorchados, títulos y atreverse á una cosa tal? ¿Cómo encontrar á Gomez que hacia el bù cuando nadie habia podido dar con él?....¿dónde se ha visto que despreciando el sistema de los generales que le han perseguido y le han dejado hacer lo que le da gana, como por ejemplo, robar, asesinar, saquear (que eso no vale la pena) se haya usted metido á desfacedor de agravios? ¿Pues qué se puede ver un ejemplo tal, sin vergüenza é indignacion? ¿Se puede mirar con serenidad que usted ponga en duda opiniones adquiridas y conservadas con honor y valor!....ya....ya....usted quiere la fajaz, la "exelencia!".... Pues juro á brios que no tendrá usted ni lo uno ni lo otro; yo se lo aseguro que me oiran los sordos como tal vea; no señor no quiero verlo á usted subir, para que nos haga usted bajar, y que siendo "exelencia" tal vez se eche usted á perder y nos pierda como otros "exelencias" lo han hecho: acabe usted con Gomez, destrúyale usted del todo, y luego según mi opinion, para asegurarle á usted (pues estamos, ó diré mejor nos han puesto en ese caso) le honraremos, graduaremos, le yuescenciarémos.... y todo lo que usted quiera, diez años despues de muerto, porque el ejemplo puede mucho y porque usted lo merece tambien, por su atrevimiento, que en verdad es malicioso pero que nos conviene. Vamos, se acabó, es el momento de las paparruchas y aunque

las prefiero tengo disculpa pues la noticia no es para menos :
Hagámos una pequeña.... sí, muy pequeño... distinción.
Hay excelencias buenas... pero muchísimos malos.... y no
se entienda que todos caben en un saco.... aunque algunos
merecían entrar en el saco y después... conservarlos para...
que se yo : de todos modos es justa y debida esta repreñación
al Sr. Narváez para que no se consienta, y que se acuerde de
que, cuanto mejor va el chico en la lección nunca es bueno
elogiarlo en sus barbas porque.... ; Ave María purísima !
buena la haríamos ! Señor Narváez, usted ha cumplido como
“ un hombre de bien, como un verdadero español.” Quiere
usted mas ?.... pues no señor, no le da a usted mas su amigo
para aquí y delante de Dios.

—
DIOS NOS ASISTA.

TERCERA CARTA DE FIGARO

A SU CORRESPONSAL EN PARÍS

Después de mi segunda carta, fechada 30 de Enero, esperé
largo tiempo para escribirte, querido Andrés, que ocurriesen
cosas dignas de contarse. Pensarás que ha ocurrido efectivamente : yo no sé si ha sucedido algo; parécesme unas veces
que sí, parécesme otras que no. Pero si no ha sucedido, segura-
mente que va a suceder, y por si saliera falsa mi congettura no

quiero dar á la contingencia de los acontecimientos la contin-
uación de nuestra correspondencia. Allá va otra carta á bu-
na cuenta.

Como te referí, cerráronse los Estamentos y quedamos á
buenas noches. La primera novedad que dió que hablar en
aquellos días fué, que segun pareció después, le quedaba algo
que decir al señor Perpiñá. ¿Y qué dirás que hizo? va, cogió, y
crece que tenemos libertad de imprenta : el buen señor es por
lo visto incapaz de pensar mal de nadie, y como de cierto
tiempo á esta parte no ha habido Ministro que no se haya pro-
clamado abogado de la libertad de imprenta, aunque por el
estilo del marido que delante de gentes animaba á su mujer á
comer de los pichones, y en quedando solo lo decía enseñán-
dole un garrote, *¡oy si los catas!* hubo de imaginar que entre no-
sotros pensar y decir era todo uno; mas breve : creyó que para
hablar le bastaba tener licencia de Dios, y que por tanto no
necesitaba la del gobernador civil. Al revés me las calcé. Es-
cusable es el señor ex-Procurador, porque hace tanto tiempo
que nos están diciendo que somos libres, que á veces uno mis-
mo se lo lleva á creer. Echa mano de un folleto, desparrama
en él sus ideas como quien siembra, y tiéndese á esperar la
cosecha. Pero qué dirás que cogió? El, nada. La autoridad
fué la que cogió los folletos.

Eso sí, al día siguiente la autoridad nos probó en un ar-
tículo comunicado que los folletos se podían coger : ya lo sa-
bíamos, y si no se lo hubiéramos podido preguntar al autor.
Seamos con todo imparciales. El Gobierno añadió que noso-
tros no ignoramos que para publicar un pójol, sea cual fuere su ta-
maño, se necesita licencia.

; Y como si lo sabemos! Pluguiera al cielo que nos fuese dado ignorarlo. Es como si te pusieras en camino y te acaltasen ladrones, y te quejases, y te respondiese el ladrón: *¿Pues no sabe que hay ladrones?*—y repusieras tú:—*J Cómo no debia haberlos!*—y te tornasen á replicar:—*Pero como los hay....!*—que seria el cuento de nunca acabar y de tener razón el ladrón, es decir, el mas fuerte.

Solo en una cosa me divirtió el Gobierno: en decir que sentis como él que mas que así sucediese; eso prueba que estaba de buen humor, señal de que la cosa iba bien. Es la del verdugo, que te pide perdón antes de ahorcarte: si fuese siquiera despues probara arrepentimiento. Yo le diría: *¿y quién lo pone á V. S. un puñal al pecho para que sea verdugo, si el oficio no le agrada?*

Lo peor del caso fué que el folleto no tenia más cosa buena que el ser corto; mas como tuvo los honores de la persecucion, vino á leerlo todo el mundo; perjuicio para el Gobierno, que lo había recogido; mas perjuicio aun para el autor, que lo había escrito, y á quien la autoridad logró desacreditar, dando á su produccion la mejor especie de publicidad; y mayor que para nadie para el público, que tuvo que echárselo á pechos en aquellos días en que no se hablaba de otra cosa.

Punto en el folleto, que es cosa antigua. A pocos días ocurrió otra friolera, si en estos tiempos es lícito llamar friolera á la cantidad de dos mil reales. Giró el lance sobre la misma libertad de imprenta, sobre si un párrafo del Español tenía al pie un garabato ó si no lo tenía, sobre si se había invertido el orden, y si lo había leido el censor antes que el pú-

blico, ó el público antes que el censor. Pareció no haberlo leido en su vida el censor: se consultó el libro de los oráculos, por apodo reglamento, y éste respondió en términos bastante claros:

*Y para casos tales,
Que pague el editor dos mil reales.*

Figúrate qué golpe para el Gobierno, y mas llevando sobre mojado. ¡El que como arriba dejamos dicho siente tanto estas cosas! Estos son golpes, amigo, que acaban con un Gobierno sensible; así es que yo lo veo y no lo veo.

A mi me dá que hacer la libertad de imprenta: no soy el único á quien da que hacer, pero en fin me da. Habla la Reina, y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los Ministros, y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan tambien (esto no es pulla) los Pórceres, y convienen en que es la base; abren la boca los Procuradores, y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos, y hártnala de piropos. Y hablo yo y digo, como don Basilio en la ópera de mi tocayo *¿á quién engañamos pues aquí?* *¿quién diantras impide que la establezcan?* Alguno hay que habla de mala fé, y deben ser el pueblo, los Estamentos y los periódicos, porque en cuanto al Gobierno, *¿cómo dudar de él* cásptita, siendo tan patriota?

Me podrás decir que á pesar de cuanto llevo escrito hay libertad de imprenta, solo que está cara, como bocado delicado que es. Ciento, por dos mil reales te puedes dar un hartazgo, por cuatro mil dos hartazgos, y así progresivamente

hasta la cantidad de tres hartazgos, porque llegando á ese numero simbólico, como le llama Dupuis, mueres de un causón. Yo pienso usar de ese medio, y darmel algun dia hasta dos; los primeros doscientos duros que yo vea reunidos, los tengo ya destinados á un dia de asueto. Es lo malo que si me recogen antes de que me lean, habré pagado caro el placer de un monólogo escrito, pero siempre me queda el recurso de aprenderlo antes de coro, y de irlo diciendo á mis amigos, los cuales son tantos que vendrá á ser como imprimirlo. Por fortuna no está previsto en el reglamento el caso de que uno se sirva de imprenta á sí mismo. Solo me detendría el temor de causar una desazon al Gobierno, quien al tomar los ejemplares y los cuatrocientos, bien sé yo que se le había de caer la lágrima tan gorda.

De lo que puedes vivir seguro es de que esas multas no se aplican á pago de censores; seis meses hace que están los pobrecitos echando rúbricas dia y noche como en barbecho en cuanto á papel les cae debajo, sin ver la cara de un rey en una mala moneda: eso parte el corazón. Digo, si fuese gente interesada como muchos creen; vale Dios que no necesitan ellos que nadie les dé un maravedí por atajar el paso á la licencia. Hombre hay que con tan buen fin daría dinero encima de lo suyo, sin censor ó no censor habría aquí hombre que lo tuviera; aun harán mas probablemente, que será dejar parte del sueldo, que no cobran, para el donativo voluntario, á que obligan ahora á todo el mundo, con cuyos auxilios va la guerra que vuela. Es lo que muchos dicen: ya quisieran ver á lo menos lo que dan, para formar una idea de lo que deberían tomar sueldo, Dios le dé, pero rúbricas no falta

Censor conozco yo, á quien le presentaron en un mismo dia la cuenta de su lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y en la primera puso: *imprimase* y en el segundo: *no puede correr, por ser contra las prerrogativas del altar y del trono, y encerrar alusiones inmorales*. Y tenía razon, porque al matrimonio se sigue lo que tú sabes, cosa por cierto inmoral y hastafea en cuanto á ornato.

Chanzas aparte; no es el mio, que es hombre en verdad racional si los hay, y de él estoy tan contento que el dia que me lo quiten, como es de presumir, me arrancan un pedazo del alma y el cuerpo todo entero, que á fuerza de verdades alimento.

Dejemos á un lado esas boberías de la libertad de imprenta, que se parece al dinero en lo indispensable, y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando.

Ya sabrás en Paris los asesinatos del santuario de Hort: hicieron eco en Barcelona, y hubo allí la de Diós es Cristo. Muchos liberales se afligieron, y yo tambien me afligí, ;vaya! pero no precisamente en cuanto liberal, sino en cuanto hombre. Une estos que llaman atentados, y que realmente lo son, con los de los conventos, y remontándote mas arriba con los del 17 de Julio, de triste recordacion para los frailes de Madrid, y te diré una cosa.

Cuando yo veo á los principales pueblos de una nación alzarse tumultuosamente, y á pesar de las guarniciones y de la guardia nacional, y del poder del Gobierno, atropellar el orden y propasarse á esos lamentables en distintos puntos, en épocas diversas, y á despecho de los sentimentales sermones de los periódicos, dificilmente me atrevo á juzgarlos con

ligereza; mientras mayores son los excesos, mas increible el oíido de las leyes y mas fuerte la insurrección, mas me empeño en buscarles una causa; ni en el orden físico ni en el moral comprendo que lo poco pueda mas que lo mucho: no comprendo que pueda suceder nada que no sea natural, y para mi natural y justo son sinónimos. De donde infiero que una insurrección triunfante es cosa tan natural como la erupción de un volcán, por perjudicial que parezca. Una causa no es una defensa, pero es una disculpa, desde el momento en que se me conceda que una causa dada ha de tener forzosamente un efecto.

Ahora bien. ¿En donde vé el pueblo español su principal peligro, el mas inminente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultas de la indulgencia y de un desprecio inopportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veía en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de estado tolerado? ¿No procedía del poder de esos mismos enemigos, dominantes siglos enteros en España, la larga acumulación de un antiguo rencor jamás desaogado? ¿Qué mucho pues que la sociedad acometida en masa, en masa se defienda? ¿Qué mucho que no pueda ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la fachion más débil de él, que tiene mas cerca y á su disposicion? Solo puede ser generoso el que es ya vencedor: si al Gobierno le os dado juzgar y condenar legalmente, es por que está fuera de combate por que representa á la justicia imparcial. Pero so pretendo quo de dos atletas en la fuerza de la pelea, el uno

continúe su victoria hasta acabar con su enemigo, y que esto se contente con decirle: "¡espérate, no me mires, que voy á dar parte á la justicia, que es de mi partido, para que e'l ahorque!!!

El pueblo no es el Gobierno; es mas fuerte que él, cuando este no comprende y satisface sus necesidades; y prueba de ello es que lleva á cabo sus atentados, sin que aquél los pueda prever ni impedir. No es esto alabar los atentados, sino decir que son los inconvenientes de las revueltas, y que por malos que parezcan son naturales, como es malo, pero natural, que un río atajado por diques, inferiores á él, se salga irritado de madre e inunde la campiña que debiera fertilizar mansamente.

Nota aquí una cosa. Quien pudo hace un año dar salida conveniente á ese río no lo supo hacer, y cuando llega la avenida, se queja del río. Quejose de su torpeza, que no calculó antes de poner los diques la fuerza que el agua traería. El Gobierno no supo á tiempo contentar á los pueblos y dar salida legal á su justo enojo, y su sucesor que heredó la culpa, se queja ¿de que? ; de que los pueblos no son de cartón, como uno y otro creyeron!!!

Recorre la historia: en ella aprenderas que un asesino nunca puede ser justo; pero cuando no es uno, cuando no es una faccion, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente. Que no fueron ente nosotros cuatro malévolos, mal pudiera negarlo el Gobierno mismo, pues á haberlo sido, ¿como no hubiera estado en su mano sujetarlos? De donde infiero que los desordenes del puebl'o, ó son naturales y justos cuando el Gobierno no los

puede contener, ó son culpa del Gobierno cuando puede y no sabe, ó no quiere. Argumento sin contestacion.

Pero eso sí, vivimos en el tiempo de la legalidad. Los principales motores fueron presos y trasladados á Canarias. Por supuesto, me dirás, previa formacion de causa y la competente condenacion de los tribunales. Claro está. ¿Como querias tu que un Gobierno que se queja de los excesos del pueblo vaya él á cometerlos? ¿Un Gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seduccion y la irritacion de las pasiones, habia de atropellar las leyes, de que es guardián y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo á quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que si el Gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, debería haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio?* Vaya, Andrés, que eso ni suponerse puede, y si te cuentan que tal caso ha sucedido, puedes decir que el que lo cuente es un malévolο de esos que traen la anarquía en el bolsillo. Diria el Gobierno, y diria bien: "yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿que diferencia habria entre los atentados del pueblo y los mios? Por que en fin, mientras que la ley no le ha declarado reo, el condenado os asesinado: en ese caso no habria entre mi atentado y el del pueblo mas que una diferencia; á saber: que el pueblo osieñó malamente carlistas; y yo asesino malmente liberales."

Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo.

Puedes estar seguro de que hay causa, y si no se les ha

formado, es por que andamos de prisa; ó por mejor decir, lo que ha ido á Canarias no ha sido una cadena de culpables, si no una comision artística compuesta de liberales, que van á costa del Gobierno á acabar de descubrir aquellas islas, y escribir una memoria de las alturas del globo, y á dar testimonio al mundo sobre todo de la altura en que estamos, tomando el meridiano del pico de Tenerife.

Tambien te habrán contado posteriormente otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja, en virtud de un *cumplase* de un heroe. ¡Dios nos libre de caer en manos de heroes! Solo te diré que á lo menos los de Barcelona tuvieron que acometer una fortaleza y esponerse á ser rechazados. Bueno es remontarse á las causas de las cosas, al tronco, y no á las ramas. Es así que la primera causa de que existen facciosos fueron las madres que los parieron; ergo, quitando de en medio á las madres, lo que queda. Los teólogos dicen: *sublata causa tollitur effectus*. Es lástima que no haya vivido el abuelo, por que mientras mas arriba más seguro es el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sanson tenía la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre, quo viene á ser la hiel de ellos; en quitandose la vuelven como malvas: así lo ha probado la experiencia, por que de resultas el otro no ha fusilado mas que á treinta. ¿Quien sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía? Luego las mugeres son las que están impidiendo la felicidad de España, y hasta que no acabemos con ellas no hay que pensar tener tranquilidad. En cuanto á las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad á los de allá,

y la otra mitad á los de acá; pero nosotros, mas desprendidos, no quisimos perdonar ni la mitad que nos tocaba, y lo fu ilamos todo. ¡Bien aventurados en tiempos de heroes los inclu-seros, por que ellos no tienen padres ni madres que les fusilen!

Pasadas estas etiquetas de reciproca cortesía, dieron en correr voces de que el ejército estaba descontento, y que la guerra de Navarra no iba lo ligera que debía. Felizmente para todos, algunos amigos tuyos y mios, que así saben mover la pluma como esgrimir la espada, enderezaron la opinion en artículos luminosos, probando lo que ninguno podía tener olvidado, que las guerras civiles son largas, á pesar de todos los programas del mundo; que estos son por el contrario los que tienen corta vida; que así las civiles como las demás se sostienen con dinero y con soldados; que un gobierno en lucha con una faccion pierde mas cuando pierde una batalla, que adelanta cuando la gana, y que una derrota nuestra nos quita mas honra que gloria da á la faccion; que por lo tanto es fuerza no aventurarse sino á ciencia cierta; que la guerra no se hace en el ministerio sino en Vizcaya; que de real óden se llevan y se traen jueces, se envian buques á Canarias, y se conquistan votos, pero de real óden no se ganan batallas; que algunos descalabros nuestros han sido debidos á reales órdenes; que para hacer la guerra se necesita un plan: que para tener plan es preciso que el general solo sea responsable; y que Córdoba, en fin, sin que haya necesidad de llamarle héroe, tiene un plan el cual es forzoso dejarle llevar á cabo si quiera porque no ha habido hasta ahora otro mejor que el suyo.

Tales razones nos convencieron, fué bien acogida la re-presentación del ejército, y si bien ninguno de los que habla-

ban fué á dar su brazo en vez de su voto, al fin no se admitió la dimisión y sigue el general, y su plan, y la guerra de Navarra, en el mejor estado posible.

Mientras todo esto pasaba, echarónse encima las próxi-mas elecciones, hoy ya pasadas, y porque digo se echaron en-cima, no vayas á pensar alguna tontería. Dijeron muchos si habría amaños ó si no habría amaños; que se escribió largo y se intrigó mas. Lo primero solo prueba cultura en el pais, lo segundo arguyo talento. ¡Vaya usted á impedir que ha-blen las gentes! Para que fuesen las elecciones muy popu-lares bastante año era ya, la propia ley electoral, en virtud de la cual debían elegir los electores nombrados por los ayun-tamientos y los mayores contribuyentes. No hay cosa para elegir como los muchas talegas: una talega difícilmente se equivoca; dos talegas siempre aciertan, y muchas talegas jun-tas hacen maravillas. Ellas han podido decir á su Procurador por boca de los mayores contribuyentes la famosa fórmula aragonesa: "Nos, que cada una de nos valemos tanto como vos, y todas juntas mucho mas que vos, os hacemos Procurador."

Luego, los elegidos habían de tener 12000 reales de ren-ta: gran garantía de acierto: por poco que valga un real en estos tiempos, no hay real que no valga una idea, sin contar con las muchas que hasta ahora hemos visto que no valian un real, y con los var os ca os en que por menos de un real daria uno todas sus ideas: bueno es siempre que haya reales en el Estamento por si acaso no hubiese ideas. Tanto mejor si hay lo uno y lo otro.

No es menos importante lo de los treinta años; no es menos simbólico ni cabalístico el número de treinta que el de

tres tan citado, y de que es décupo : treinta días tiene el mes, treinta minutos cada media hora, por treinta díneros vendió Judas á un Dios, treinta años representa la vida de un juggedor, y treinta años, en fin, la capacidad de un Procurador. Muchos siéofos han creido que cuando el hombre nace, el Ser Supremo, que está atisvando, le sopla dentro el alma por medio del mismo procedimiento que usa un operario en una fábrica de cristales para dar forma á una vasija ; pero eso es el alma, mas no la capacidad y la facultad de procurar : esta tal otra quisicosa se la infunde el Criador el dia que cumple treinta años, por la mañanita temprano, así como la aptitud legal y la mayoría se la comunica á los veinte y cinco. O tú, Andrés, que no los has cumplido, está con cuidado el dia que los hayas de cumplir, y escríbeme para mi gobierno lo que sientas en ese dia : dime por donde entra la capacidad, y hágela donde se coloca en tu persona ; prevenido de esa suerte de los síntomas que la anuncian podré yo hacer á la mía, el dia que me baje, el recibimiento que se debe á tan ilustre huésped. ¿Cuando tendremos treinta años ? Aquel dia seremos ya unos honbrecitos.

Bien ha habido hombres que han discurrido antes de los treinta años, pero esos son fenómenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad ; y en cuanto á Peet y otros de su especie. Ministros ya mucho antes, ni siquiera es posible considerarlos como monstruos de naturaleza : es fuerza infetir error de cálculo y mala fe en la de bautismo.

El haber nacido en la Provincia, ó tener en ella arraigo, no es de menos importancia, si recordamos que las primeras impresiones se gravan para siempre en la cabeza del niño, y

deciden de lo que ha de ser despues cuando grande : ni es posible que un hombre conozca su provincia, y se interese por ella, si no ha nacido por allí cerca. Puede suceder que una provincia tenga mas confianza en la reputación, en el saber de un forastero : pero paselo en paciencia la buena de la provincia, que mas pasó Cristo por ella.

Dicen sin embargo que todos los electores no han tenido presentes todas esas verdades ; así que, unos Procuradores no han nacido, otros no tienen la renta, ; que se yó ! Esto tiene compostura habiendo comisión de poderes, y en todo caso se aplica la renta de unos á otros, como hacen los buenos cristianos con los méritos de nuestro Señor Jesu-Cristo, que valen mucho mas que las rentas ; y así poniendo de aquí y quitando de allí tengo para mí que se ha de remediar. Y aun yo diría mas. Don Juan Alvarez Mendizabal fue elegido por ejemplo por Barcelona, siendo natural de Cadiz, y no habiendo residido en Cataluña. Decían : pero no tiene nada suyo en Cataluña, sino los electores ; ¿pues eso no es tener ? ¿No valen tanto por lo menos los electores como una casa, ó una tapia, ó unas cuantas fanegas de pan llevar ? ; Sino que en poniéndose á hablar las gentes....!

Por lo demás es sabido que el Gobierno no ha influido absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran á pedir de boca. Para que formes una idea, han salido elegidos los sujetos siguientes :

Por Barcelona como llevó dicho, D. Juan Alvarez Mendizabal.

Por Cádiz..... D. Juan Alvarez Mendizabal.

Por Gerona....D. Juan Alvarez Mendizabal.
Por Granada....D. Juan Alvarez Mendizabal.
Por Madrid....D. Juan Alvarez Mendizabal.
Por Málaga....D. Juan Alvarez Mendizabal.
Por Pontevedra D. Juan Alvarez Mendizabal, & . &
Que es el cuento de pasó una cabra, y volvió y pasó otra,
y volvió á tornar y á pasar otra cabra, y así sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, dí que es broma, que quien se abre es D. Juan Alvarez Mendizabal.

No habrás olvidado que los Ministros de Estado y Hacienda, y el Presidente del consejo, son D. Juan Alvarez Mendizabal, y que los otros Ministros no son sino una manera de ser, distinta, solo en la apariencia, del D. Juan Alvarez Mendizabal. Ahora figúrate el dia que el Estamento Don Juan Alvarez Mendizabal pida cuentas al Ministerio Don Juan Alvarez Mendizabal... aquí llaman esto un *gobierno representativo*; sin que sea murmuración, confieso que yo llamo esto un *hombre representativo*.

Una vez conocida la buena índole de las elecciones y la idoneidad de esos diversos señores Procuradores, ocurrió la duda de si estas Cortes que iban á reunirse vendrían solo para hacer una ley electoral mejor que las que lo confiere su derecho; ó si podrían constituirse revisoras. Quienes se agarraron á la legalidad, diciendo que esto último sería ilegal: quienes intentaron probar que lo de menos era la legalidad, y que lo que importaba era la conveniencia. Por fin salimos del stolladero, y parece que no tratarán de constituirse por varias razones. Porque no han sido convocadas para eso. Porque siendo su objeto principal hacer una ley electoral, en virtud de

la cual puedan convocarse luego las revisoras, es claro que los demás asuntos que á ellas se sometan, por importantes que sean, habrán de ser subalternos al principal. La nación tiene un cimiento, y necesita una casa: en estas Cortes va a decidir cuales han de ser las circunstancias del arquitecto que se la puede hacer á su gusto. Por consiguiente todo lo que sea proceder á construir el que solo está comisionado para designar el constructor, es hacer la casa, y dejar para después el arquitecto: equivale á blanquear después de pintar: es dejar al que venga detrás el derecho de poner en duda la validez de la construcción.

En estas disputas andabamos, cuando otro *rum rum* mas terrible vino á poner nuevo espanto en nuestro corazón. Hé aquí que una noche corre la voz de que se va á poner la Constitución del año 12. ¡Bravo! dije yo: esto es lo que se llama andar camino. Aquí no se sabe multiplicar, pero restar á las mil maravillas. Vamos á quien puede mas. El año 14 vino el Rey y dijo: quien de catorce quita seis, queda en ocho. Vuelvan pues las cosas al ser y estado del año 8. El año 20 vienen los otros y dicen: quien de veinte quita seis, queda en catorce: vuelvan las cosas al ser y estado del año 14. El año 23 vuelve el de mas arriba y dice: quien de veinte y tres quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de Febrero del año 20. El año 1836 asoman los segundos, y estos quieren restar mas en grande: quien de treinta y seis quita veinte y cuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12. Estos han pujado, si se exceptúa el del Estatuto, que mas picado que nadie cogió y restó todo, y nos plantó en el siglo XV.

¡Diantra! ¡si volveremos todavía á la venida de Túbal! Sepámos primero como se entiende nuestro progreso. ¿Hacia dónde vamos? Hacia atrás, ó hacia adelante? Tengamos eluento del cochero, que mentado al revés, arreaba al cocho.

Yate lo he dicho: tejedores: tejer y destajar. Nadie vende su tela, y nadie hace tela nueva.

Decían ellos que el volver atrás no era mas que tomar carrera. ¡Dios los bendiga, y que larga la tomen!

Vamos claros. La Constitución del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12: en el dia da la maldita casualidad de que somos mas liberales que entonces: si te he de hablar ingenuamente á mi me parece poco.

Las circunstancias del año 12, la guerra quo sosteniamos apoyada en el fanatismo popular, y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones en el dia no necesarias, ridículas.

En ella hablan las Cortes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo: gran principio para una novena: buena es la devoción pero á su tiempo: eso es adoptar, heredar de la monarquía el derecho divino: la sociedad puede servir á Dios en toda clase de gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales ninguna, ni en un soberano ni en un congreso; la sociedad se hace ella misma por derecho propio sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo á predicar, no á redactar códigos. A Dios daremos cuenta de nuestras creencias, no á los hombres; reflexión igualmente aplicada al capítulo 2º, artículo 12: porque el Salvador quiso convencer, no obligar, porque no quiere mas homenaje que los voluntarios.

Item mas: en la Constitución del año 12 no está consignada la libertad de imprenta, si no para las ideas políticas, y eso es decirle á un hombre: *ande usted, pero con una sola pierna.*

En cambio nos impone como ley fundamental el amor á la patria y la obligación de ser justos y benéficos....en cambio.... Andrés mio, calémos, porque repito que la venero, y tengo por indigno de un liberal poner en ridículo el paladion de nuestra independencia nacional, y la cuna de nuestra libertad, por facil que eso sea. Pero la respeto, como Cristo respetó el testamento viejo, fundando el nuevo. Veneremos el viejo código, y venga no obstante otro nuevo mas adecuado á la época.

Parécense los hombres del año 12, amigo Andrés, al cura que no sabia leer mas que en su breviario; ó mejor al gastrónomo en Vista Alegre, que viendo su mesa puesta, pugna por sentarse á ella en cuanto le dejan un momento libre, en cuanto ve un resquicio por donde acercarse á la mesa. El caso es el mismo: todos les hacemos cumplimientos, pero no les dejamos sentarse. Unas veces se lo impidió el poseedor Don Pascual de la Rivera, otras los mozos de su fábrica.. Convengo en que es una desesperación; pero en'pen, no á nosotros, sino á ellos mismos, que tantas veces se dejaron interrumpir antes de llegar el bocado á la boca.

Aténgome á su artículo, que dice:

* La nación española es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia, ni persona.*

Eso digo yo: entre á gobernar, no éste ni aquél, sino todo el que se sienta con fuerzas; todo el que dé pruebas d' idoneidad. Basta de ensayos. A eso nos responden ellos.

¿ Y dónde están esos hombres ? — ¿ Dónde han de estar ? En la calle, esperando á que acaben de bailar los señores mayores, para entrar ellos en el baile.

¿ Como no salen esos hombres ? añaden. ¿ Cómo han de salir ? De Calomarde acá, ¿ qué protección, que ley electoral ha llamado á los hombres nuevos para darles entrada en la república ? Cuenta sin embargo con ella, y llámelo la ley presto : ¡ déjese entrar legalmente á los hombres del año 1836, ó se entrarán ellos de rondón !!!

En conclusion, hombres nuevos para cosas nuevas : en tiempos turbulentos, hombres fuertes sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes halla ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria, y en quien arda una noble ambición y arrojo constante contra el peligro.

¿ Qué saben los jóvenes ? exclaman. Lo que ustedes nos han enseñado, les responderemos, mas lo que en ustedes hemos escarmentado, mas lo que seguimos aprendiendo. ¡ Y qué eran ustedes el año 12 ! Nosotros fundaremos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones, en coronar la obra que empezaron. Nosotros no rehusamos su mérito ; no rehusen ellos nuestra idoneidad, que el árbol joven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le dá sombra.

Según el miedo que tienen de que la juventud entre en los puestos, no parece sino que es posible hacerlo peor que ellos.

Para el año de 1836 la única Constitución posible es la Constitución de 1836.

Una idea te diría, si no la hubieras de contar ; y solo á tí te la diría, porque ellos la tomarían á personalidad, si do-

ella hiciese un artículo, y sabe Dios que no lo digo por tal. Mucho venero á los hombres de otra época, Andrés mio ; mucho saben, sobre todo en no habiéndose de gobernar, para lo cual ya nos han manifestado repetidas veces hasta dónde rayan ; mucho saben, y tanto, que no solo no los lanzaría yo de la república, sino que los guardará muy guardados como guardaban los romanos los libros sibilinos, para consultarlos con el mayor respeto : de ellos armaría una biblioteca viva, donde vueltos de espaldas en muy pulidos estantes, leyese el estudioso encima *Fulano, de Economía Política*; *Mengano, de Reformas Constitucionales*; *Zutano, de la Guerra de la Independencia*; *Perengano, de Metáforas y del Espíritu del Siglo &c. &c.*; de suerte que no hubiese más que volverlos y ojeárselos en un apuro, cuidando mucho de quitarlos antes y después el polvo, y de tornarlos á volver hasta otra duda, como pergaminos preciosos.

Ahí verás tú si los respeto, y si los tengo en estima.

Hasta aquí de la Constitución y de los hombres del año 12. Pasó el susto, y la noticia, como habrás visto, no tuvo consecuencia. Sin duda el ruido que metió fué el último cumplimiento de despedida que nos hizo.

No ganamos para sustos. Posteriormente se cruzaron de palabras el pueblo de Valencia y su Capitán General. Este tomó una porción de providencias, entre otras las de Villadiego ; con cuyo ingenuo arbitrio no le pudieron haber los valencianos, que es decir que ha podido mas que ellos, que se ha burlado de ellos. Tiene mucho talento. Buen chico se han llevado. Así, así : á los alborotadores hay que jugarles esas pasadas ; con eso escarmientan. A buen seguro que si Basa hubiera

hecho otro tanto, no le hubieran deshecho á él, y el pueblo de Barcelona se hubiera llevado el mismo chasco que el de Valencia. ¿No queréis Capitan General? Pues tomad Capitan General. ¿No te figurastu al pueblo de Valencia buscando á su Capitan General por todas partes, como quien busca una sanguijuela extraviada, y él trotá que trotá para Madrid? A mí me hace morir de risa. Es lo que él dice. ¿Pues qué, querian ustedes que me matáran? ¿Qué habíamos de querer?

Con que ahora está aquí bueno, gordo y tranquilo; no ha sido poca fortuna el poderlo contar.

En Zaragoza fué por otro estílo: salieron unos Carlistas sentenciados á que se yo que bobería: se levantó el pueblo, sitió á los jueces, y dieron en quererlos juzgar. Al maestro cuchillada. Pero no les da el naípe para esos pasages á los jueces de Zaragoza, como á los Capitanes Generales de Valencia.

Entretanto el Ministro de Gracia y Justicia sigue siempre de mudanza, y hace bien por que el juez que no da fruto en una tierra, lo da en otra. El juez ha de ser como el zapato, hecho al pie; por eso el que no le viene bien al uno le viene bien al otro.

Para eso el de la Gobernacion. No se mete con nadie, ni habla mal de nadie. Es un excelente señor; á su oficina y no mas. Da lástima hacerle daño, y se fa completo si se le volviese C la H de su apellido; pero llámalo h.

En cuanto al de la Guerra nadie sabe una palabra de él. En mi última te pintaba en globo la confusión que en el

Estamento y fuera de él había causado la ley electoral, y te añadía:

"Yo por el pronto solo veo clara una cosa, y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes.... que para entonces es probable que empiecenos á entenderos...., y que seguramente no tendremos fision, por que estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, si no la cumple, por que estará caido &c."

De todas esas profecías solo en la primera acertó; porque en cuanto á entenderos da gusto. Unos dicen que Mendizabal es el primer hombre del mundo; otros que no es tal, sino el último; que el primero es Ithuriz y Galindo; te advierto que este son dos: otros que ni Ithuriz ni Mendizabal: no sé qué te diga; quien asegura que este pueda durar unos quince días, quien defiende que durará mas que un constipado mal curado; éste no ve mas que el prestigio que tiene todavía en las provincias, el cual no se destruye tan facilmente, sobre todo cuando no deja de tener algun fundamento; aquel que no entiende mas que al descrédito en que ha caído en sus coros y cafés, y crée que toda la nación puede juzgárselos con igual talento, y tan de cerca como él. Estos disputan que no hay hombres aquéllos que sí hay hombres; los de la izquierda que hay dinero: los de la derecha que no hay un cuarto: estoy por estos. Quién opina que la Guerra es inacabable; quién la dí por acabada, añadiendo que no falta mas que tirar una línea: uno dice que el mal de España no tiene remedio: otro que esa es la mejor señal, que empieza la revolución, y que en Francia sucedía lo mismo, á pesar que todo era diferente: varios juzgan que el rigor es de justicia, y que el árbol de la li-

bertad se riega con sangre : algunos creen que la humanidad repugna tales horrores ; no falta quien piensa que es guerra de empleos, y sobra quien no piensa ni eso ni nada. Pero todos somos liberales y vamos á una : eso sí. Por lo cual esto se acabará pronto de un modo ó de otro : en prueba de ello te puedo decir que se empiezan ya á acabar dos cosas : el dinero y la paciencia.

Pero son tantas las opiniones en fin y los hechos que se acumulan, y tantas las cosas que van á suceder, sin contar las que han sucedido desde la apertura de las Cortes, que me es indispensable reservarlas para otras cartas : me limito en esta á ponerme al corriente, saliendo del atraso de noticias en que te tenía. En lo sucesivo aprovecharé todas las ocasiones posibles de escribirte, y al siguiente correo para Francia recibirás la inmediata, salvo estravío, golpe de mano aizada, ó caso fortuito.

Si en el interio, y en medio de este conflicto de opiniones encontradas, me pides la mía, te contare un caso que juzgo oportuno.

Sitiaban los franceses al mando del Mariscal Moncey esa misma Valencia, que en distintas épocas han mandado el Cid y Carratalá. Reuniéronse en tan grave apuro el Ayuntamiento y las personas mas ricas del puebl' o, entre las cuales quedóse dormido de confusión y pesadumbre un confitero, que entendía mas de ramilletes que de disturbios políticos. Iba diciendo cada uno en la asamblea su opinión como mejor lo entendía. Llegada que le fue su vez á nuestro hombre,—y usted, le dijo sacudiéndole del brazo el que á su lado tenía, ¿qué pienca ?—Sí, ¿cuál es su opinión de usted ? pregunta-

ron todos á un tiempo ; á cuya pregunta contestó despertando y todo despavorido el confitero : ¡mi opinión, si, mi opinión, señores, es de que *Dios nos asista!!!* En cuyo voto imitaba el confitero la rara discreción del P. Froilan Diaz, confesor de Carlos II.

Eso mismo opino yo, Andrés mio, por ahora, y mientras no vea levantarse en masa á la nación para ahogar de una vez y para siempre el monstruo que en el norte nos devora, en vez de entretenerte en cuestiones secundarias y en rencillas personales, de las cuales debiera el país hacer justicia, como del orgullo mezquino y de la loca vanidad de sus duenos.— Tu amigo.—

CUASI.

PESADILLA POLÍTICA.

Hay hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que nacen, y ven ya al nacer, que calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda; que se constituyen maníveros de la gran máquina en que los demás no saben ser mas que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece ; mueren, y queda de ellos

como del sonido del *tam tam* una larga vibracion que hace mas notable el silencio que le sucede. Hombres fascinadores, como la serpiente, que hacen entrar cuando miran en la perfumerie de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al exterior sobre los demás objetos y les dá vida y color. Son los grandes mojones que el Creador coloca á trechos en la creación para recordarla su origen: por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tarmurbec Leon X, Luis XIV, Napoleon!!! ; Dioses en la tierra! Las épocas partieron de su energía y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres notables, que recorrieron como satélites su misma carrera. Despues de ellos nada. Apagado el gran meteoro vuelve á ocupar su lugar la luz natural, que en contraste suyo parece las tinieblas. Despues del coloso los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atrás una época que tendió nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Despues del hombre grande, todo hombre es chico. Muerta la notabilidad acceden las medianías: uno solo falta, y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ; Y aun!!! Espirando el reino del hombre, entran los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos. ; Si estaremos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí, algo mas fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

— "Véa conmigo, dame la mano. ¿Vés esa mancha enorme que se estiende sobre la tierra, y corre y se despara como la gota de aceite que ha caido en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre Paris. Mira los mortales de todos los países. Cada cual se apresura á llevar allá una piedra para contribuir al loco edificio. ¿No oyes ya la confusión de las lenguas? El inglés, el alemán, el español, el italiano, el.... Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasión se han tirado unos á otros á la cabeza los materiales de la grande obra: el suelo ha salido de madre como un río desu alveo; las casas se han desmoronado.... era el amago de la confusión, de la no inteligencia. ; Una cadena nos pesa! dijeron y en vez de añadir: ; Fuera cadena! clamaron; ; Otra que no pese! ¿Risum teneatis? El lobo los comía, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos á otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy están como estaban. ; La gran Babel!

Sube á lo mas alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido de siglo y de sus palabras, y oirás sobre todas ellas la gran palabra la pa'abra del siglo.

— Lo que veo es los hombres, muy pequeños en verdad, pero la distancia sin duda....

— ;Ba! De aquí no se vé mas que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusión óptica (esta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que *esas* figuras quo semejan hombres, y que ves bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de

Roquesfort, no son hombres tales, sino palabras. ¡No oyes el ruido que se exhala de ellos!

-- ¡Ah!

— Palabras del derecho, palabras del reyes, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes, palabras monstruos. Es el mundo. Donde veas un hombre, acostumbrate á no ver mas que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba, tampoco. Despacio. A veces en uno verás muchas palabras, tantas que aquel solo te parecerá cien mil hombres; en cambio de otras veces, y será lo mas comun, donde creas ver cien mil hombres, no habrá mas que una palabra.

Mira las palabras de dos caras, *palabras-bifrentes*, Janos son las *palabras de honor*, llamadas así por apodo: segun te necesiten las verás del bueno ó del mal frente. A su lado las *palabras-promesas*, *palabras-manifestos*, *palabras-mancas*, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creidas; pero tan ambilateras como las otras: *palabras-callos*, endurecidas, incorre gibles, que han de arrancarse de raiz si han de dejar de doler.

¿Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se mueven, se batén, se matan? La palabra *honor*. ¿Ves ese sin número, muchedumbre armada, toda erizada y hostil? Lo llamas *ejército*, y no es mas que *ambicion*; *palabra-monstruo*, *briales*, *palabra-puerco espín*, llena de púas; *palabra-porcebe*, toda patas y manos. Mira que de feroces; tess encendidas, sangre, saqueo, confusión: todo ese ruido son nueve letras—*Fanatismo*, *palabra-leo de atar*; sin embargo nadie la ata.

¡Ah! Aquí viene la palabra-alequín, la palabra-camaleon. ¡Qué de falso, que soltura! Todos corren tras ella; inutilmente. Mira como la quiero coger la palabra *pueblo*, gran palabra. La primera tiene ocho letras *libertad*. Siempre que *pueblo* va á cogerla, se mete entre las dos, la palabra *promesa*, la palabra *manifesto*: pero la palabra *pueblo* es de las que llámé *palabras contrahechas*; ciega, sordo-muda, se deja guiar é interpretar, sin hacer mas que dár de cuando en cuando paño de ciego: como no ve, dá ciento en la herradura y ninguno en el clavo: por lo regular se dá á si misma.

Pero todo ese ruido se apaga y se confunde. ¡Sítio, sitió! ¡Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atrmema todo. En ella se cifra nuestro siglo de medianas tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras quo reinan en figura de hombres y cosas por allá bajo, esta es en el dia la que reina sobre todas. *Cuasi*. Esa es toda del siglo XIX. Obsérvala; á cada una de sus facciones le falta algo: no es mas quo un perfil: ni está de pie, ni sentada; en un pie, *palabra grulla*. Ni vá ni viene: *palabra quevedo*. Vestida de blanco y negro, dia y noche. Mas breve: palabra, *cuasi*, *cuasi-palabra*.

Empecemos por aquí. Mira al suelo perpendicularmente. A tus pies está la Francia. Un pueblo *cuasi libre* la ocupa. En otro siglo hubiera hecho una revolución entera, como la hizo: en este y en su año no ha podido hacer mas que una *cuasi revolución*; en el trono un *cuasi rey*, que representa una *cuasi legitimidad*. Una Cámara *cuasi nacional*, que sufrió en el país de nuevo una *cuasi censura*, *cuasi abolida*, por la *cuasi revolución*; un proceso *cuasi monstruo*, juzgado por un *cuasi tribunal*:

unos acusados *cuasi* escapados de su prisión: una gran nación *cuasi* descontenta, y otra conmoción política *cuasi* próxima.

¿Qué ves en Bélgica? Un Estado *cuasi* naciente y *cuasi* dependiente de sus vecinos, otro *cuasi* rey y un *cuasi* dote de su esposa, que *cuasi* ha cobrado.

Mira la Italia. Tantos estados *cuasi*, como ciudades; *cuasi* presa del Austria. La antigua Venecia *cuasi* olvidada. Un supremo Pontífice, en el dia *cuasi* pobre, y sin mas influencia que la espiritual, después de haber realizado siglos enteros la quimera de la Monarquía universal.

Vuelvete al Norte. Pueblos *cuasi* bárbaros, regidos por un Emperador *cuasi* déspota en un país *cuasi* despoblado y desierto. En Alemania los pueblos *cuasi* mas civilizados, con un gobierno *cuasi* absoluto, *cuasi* temperando por sus dietas, instituciones *cuasi* representativas. En Holanda, una nación *cuasi* toda mercantil y navegante, un rey *cuasi* rabioso y cuyo poder *cuasi* se desmorena.

En Constantinopla mismo, un imperio *cuasi* agonizante, una civilización *cuasi* naciente y un sultán *cuasi* ilustrado con costumbres *cuasi* europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio *cuasi* del mundo; un orgullo nacional *cuasi* insufrible: y otro *cuasi* rey que no decide *cuasi* nada, y una mayoría *cuasi* Wight. Un gobierno *cuasi* oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una *cuasi* nación, con una lengua *cuasi* castellana, y recuerdos de una grandeza *cuasi* borrada. Un enlace real *cuasi* próximo, después de una definición régia *cuasi* re-

ciente un *cuasi* ejército y una *cuasi* protección á España, de *cuasi* seis mil hombres, *cuasi* todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la península (es decir de la *cuasi* isla) unas *cuasi* instituciones, reconocidas por *cuasi* toda la nación: una *cuasi* Vendée en las provincias con un jefe *cuasi* imbécil: y una *cuasi* libertad de imprenta, y conmociones aquí y allí *cuasi* parciales; un odio *cuasi* general á unos *cuasi* hombres, que *cuasi* solo existen ya en España. *Cuasi* siempre regida por un gobierno de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algún dia. Por desgracia muchos hombres *cuasi* malos. Una *cuasi* ilustración repartida por todas partes. Una *cuasi*-intervención, resultado de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. Un modo de guerrear en las provincias *cuasi* incomprendible. El *cuasi* en fin en las cosas mas pequeñas. Canales no acabados: teatro empezado: palacio sin concluir, museo incompleto, hospital fragmento, todo á medio hacer: : ; hasta en los edificios el *cuasi*.

Por ultimo tiende la vida por dó quiera: una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios; Reyes y Pueblos, y el *cuasi* triunfante de ella, y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi*-Reyes y *cuasi*-Pueblos. Epoca de transición y de transacción; representaciones *cuasi* nacionales, déspotas *cuasi* populares; por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disfrazado.

—Oh!! dejadme respirar por Dios; estoy *cuasi* mareado

Plutarco ha dicho que los pueblos scrían felices *cum reges philosofarentur, aut cum philosophi regnarent*. Respetando la opinión de Plutarco, yo me atrevería á decir que los pue-

bios no serán nunca felices, ni mas ni menos que los individuos que los componen. Pero pudieran al menos ser *hombres* y ser *pueblos*, si no fueran en el dia *cuasi nada*. Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que descuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Mas hombres y mas cosas, menos esperanzas y menos palabras.

Concluido este *cuasi sermon* cesé de oír: y á poco cesé de ser: dejado de la mano del ser fantastico que me sostenía sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusión de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pie y en coche recorren las calles de la gran capital. Volví á ver los hombres de nuevo, grandes como son: y abrí los ojos buscando mi *Cicerone*.

No vi nada sino el gran *Cuasi* por todas partes.

EL TROVADOR.

DRAMA CABALLERESCO EN CINCO JORNADAS EN PROSA Y VERSO,

SU AUTOR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

Con placer cogemos la pluma para analizar esta producción dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Síganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasión dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuan presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos agenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del Trovador se ha presentado en la arena, nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos: solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas *¿quien es el nuevo, quien es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores:— *Soy hijo del genio y pertenezco á la aristocracia del talento.* ; Origin por cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar á fin todas las demás !!

El poeta ha imaginado un asunto fantastico é ideal, y he escogido por vivienda á su invencion al siglo XV; haló colocado en Aragon, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido, y atriadamente desenvuelto. La accion encierra mucho interes, y este crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo, no es la pasion dominante del drama el amor; otra pasion, si menos tierna no menos terrible y podrosa, oscurece aquella. La venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasion de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulacion de tanto medios de mover; en el Trovador constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á una vista rivalizando una con otra. Así es que hay dos esposiciones: una enterandonos del lance, concerniente á la Gitana, que constituye ella por si sola una accion dramatica; y otra poniendonos al corriente del amor de Manrique, contrarrestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces; uno que termina con la muerte de Leonor, la parte en que domina el amor; otro que dà fin con la muerte de Manrique, á la venganza de la Gitana.

Estas dos acciones dramaticas, no menos interesantes, no menos terribles, una que otra se hallan, á pesar de la duplicitad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera dificil separarlas sin reciproco perjuicio; y en el teatro solo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aqui resultan necesariamente tres caracteres igualmente principales, y en resumen ningun verdadero protagonista, por mas que refundiendose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda este abrogarse el titulo de la obra esclusivamente. Pero si nos preguntan cual de los tres caracteres, elegimos como mas importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor, cuanto la pasion mas frenetica puede inspirar á una muger; el o'vido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece dificil que otro caracter pueda ser el principal: sin embargo, la Gitana, movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del Conde de Luna para el mas espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. D. Manrique, mismo, en fin, movido por su pasion, por el amor filial y por el interes de su causa politica, no puede ser mas colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atencion del público.

¿ Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la critica puede hacer cargo al Trovador nacen de la poca experientia dramatica del autor: esto no es hacerle una reconvencion, porque pedirle en la primera obra lo que solo el tiempo y el uso pueden dar, seria una injusticia. Ha imaginado un plan vasto, un plan mas bien de novela que de drama, y ha inventado una magnifica novela; pero al reducir á los limites estrechos del teatro una concepcion demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aqui el que muchas entradas y salidas esten poco jus-

tificadas ; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada ; la del mismo en el convento en la segunda ; su introducción en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciese una explicación. Tampoco es natural que el conde don Nuno, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer, que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y mas cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesión lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creído necesarias hasta el dia son ridículas en el teatro, donde ningún efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público ; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razón de los sucesos el tiempo que debería atender á las bellezas del desempeño ; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La exposición es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama : es mas bien un prólogo ; citaremos por último en apoyo de la opinión que hemos emitido acerca de la inexperience dramática los diálogos mismos ; por mas bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado mas campo, y los en verso tienen un sabor en general mas lírico que dramático : el diálogo es poco cor-

tado e interrumpido, como convendría á la rapidez, al delirio de la pasión, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán solo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra el Trovador ? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisieramos ver el *don prodigio* en el siglo XV. Los caractéres sostenidos, y en general maestramiento acabadas las jornadas ; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inexperience que hemos reprochado al autor ; citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada ; la cual reúne al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una conciencia, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho mas efecto aun es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparición del Trovador á la vuelta de las religiosas : su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso ; y no es menos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retar dar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado mas arriba ; y en todos estos pasajes reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternuras y de dulcísima y fácil versificación, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que ha-

bla Moratin? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta ademas pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer; y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta de la cuarta, si bien tiene mas de lírico que de dramático.

Diremos en conclusión que el autor al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es mas difícil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene tambien su armonía peculiar; las escenas en prosa tenian el inconveniente de luchar con el sonetos de las versificadas, de que no deja de prendarse algun tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar algun tino en la determinación de las que habia de escribir en prosa y las que habia de versificar, pues que se entiende que no habia de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningun poeta, siempre que sean como en el *Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Solo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaría.

En cuanto á la repartición, hila trastocando toda en nuestro entender una antigua preocupacion de bastidores; se creó que el primer galan debia de hacer siempre el primer enamorado, preocupacion que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo

las indispensables relaciones de dama y galan sin las cuales no se hubiera representado tiempos atrás comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del *Trovador*, al Señor Latorre, á quien de ninguna manera convenia, como casi ningun papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caractéres duros y enérgicos: por tanto le hubiera convenido mas bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucedo con el señor Romea, que debiera haber hecho el *Trovador*.

Por la misma razon el papel de la gitana ha estado mal dado. Esta era la creacion mas original, mas nueva del drama, el carácter mas difícil tambien, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodriguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodriguez puede parecer nunca sen ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay mas que decirlo: una actriz como la señora Rodriguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitamos, en fin, de nuevo al autor, y solo nos resta hacer mención de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantose el telon y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobacion.

En un país donde la literatura apenas tiene mas premio que la gloria, sea ese siquiera lo mas lato posible; acostum-

bremos á honrar públicamente al talento, que esa es la primera protección que puede dispensarle un pueblo, y esa la única tambien que no pueden los gobiernos arrebatarle.

DE LA SÁTIRA Y DE LOS SATÍRICOS.

Tiempo hacia que descabamos una ocasión de decir algo á cerca de la mala interpretacion que se da generalmente al carácter y á la condicion de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que solo un principio de envidia, y la impotencia de crear, un gérmen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organización, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesamos ingenuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvancer semejante prevención: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del don de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; pero de que don de la naturaleza no ha abusado el hombre, y quien será el que se atreva á sacar deducciones generales de otras excepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos calidades eminentemente generosas: en cuanto á los dotes quo de la naturaleza debe de haber recibido el que cultiva con buen éxito tan difícil género, ha de poseer suma perspicacia y penetración para ver en su verdadera luz, las cosas y los hombres que lo rodean; y para no dejarse llevar nuncas de las apariencias, que lo cubren todo con su barúz engañoso; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamás en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes mas recónditos del corazón humano. Esto puede dárselo la naturaleza, pero es forzoso ademas que las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posición aislada é independiente; porque de otra suerte, y desde el momento en quo se interese mas en unas cosas quo en otras, difícilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que censura las acciones y opiniones de los demás es el que naturalmente debe encontrar mas dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no menos importante de decir, lo uno porque no hay verdad, que mal ó inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira; lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad quo no nos halaga; y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras ademas las verdades quo la naturaleza nos presenta claras por si solas, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir quo en un siglo pudieran ser no solo permitidas sino licitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razón porque el satírico debe comprender perfectamente el espíritu.

del siglo á que pertenece; y esta es la gran diferencia que entre los satíricos de las literaturas antigua y moderna choza al estudiioso. El primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Aristófanes, que en sus *Nubes*; sátira, dialogada ó informe mas bien que comedia se propuso ridiculizar nada menos que á uno de los primeros filosofos de la antiguedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella producción nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rápidamente la vista sobre el mundo de decir de los escritores del siglo cultísimo (con relación sin duda á los anteriores) de Augusto; y digáscenos francamente si el oscuro Persio, si el acre Juvenal usan de giros mas cínicos que los mismos personajes imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de mas hipócritas modales, amigo de giros mas mogigatos. Y no hablaremos de la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial; contráigamones al severo Ciceron, al dulcísimo y ameno Virgilio, al cortesano Horacio. Mas de un pasaje de la *Catiliaaria* ó de la oración contra *Verres*, la égloga entera de *Alexis* y *Coridon*, la oda burlesca á Priapo, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano, hubieran provocado gestos de asfío y de indignación, no precisamente en nuestra moderna sociedad; pero aun en el siglo de Luis XIV, mas aproximado á ellos que nosotros. Y descendiendo á este, el mismo Boileau tan mirado tropezaba con mas de un improbador: es rara la comedia de Regnard y de Moliere en que no resaltan trozos, escenas enteras que ru-

borzan en el dia cuando se repite al *partirre* frances del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro, y que nuestras costumbres sean preferibles á aquellas, por mas que nos fuese fácil hallar razones en apoyo de esta opinión: pero como quiera que no nos sea posible entrar simultaneamente en dos cuestiones diversas, nos contentaremos con decir lo que únicamente hace á nuestro propósito: que las costumbres varían, que el pudor va á mas en las sociedades con la edad, así como en los individuos: y que solamente es oculto aun, ó perdido ya en la infancia y en la vejez. Aristófanes y la antigua Grecia carecen de él, porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entonces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana: y si en el siglo de Luis XV vuelve á ser completamente echado en olvido, si multitud de escritos de la revolución francesa le ahogan miseriblemente, si los Pigault Lebrun destrozan su modesto velo por algun tiempo, á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera, es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneración, pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, ó por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente: marchan constantemente á un fin, á la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por mas lentamente que se verifique: sus muertos aparentes no son sino crisis: son solo en nuestro entender sacudimientos momentáneos: en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura, y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfección en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocrecía, y si esta es como se ha dicho un *homeneaje que el vicio rinde á la virtud*, no nos podrán negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la creé buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indispensable que los satíricos bien recibidos en una época, serían silbados en otra. Y esto no solo aumenta las dificultades en nuestros días para los escritores satíricos, sino que á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, trascucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdicción de la crítica. Esta es la razón porque ya en el día no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de Aristófanes y de Juvenal. Quédese en buen hora para adorar las tibias del estante del estudioso; pero en el siglo de buena educación, de miramientos sociales, de mutuas consideraciones que alcanzamos, necesita mas que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: concedámosle causticidad, si se quiere, cuando le sea mas fácil enseñarnos una verdad útil, poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad, si solo sus acciones públicas, si solo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interés general, quitemosle á la sátira toda alusión privada, arrebátomosla la ponzona que la degrada y la vuelve

venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser mas perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distinguimos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el día vencer aquellas dificultades, añadimos para acabar de desvanecer la general prevención algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran estos sus laureles. No reflexionan que el que carga con la responsabilidad de la pública censura ha menester de algún valor: no meditan que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algún disgusto, ora público ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin granjearse enemigos: porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos sentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquellos están por sí solos vencidos, se deducirá facilmente que el satírico no solo ha de arrostrar enemigos, sino enemigos poderosos. Las comunidades, los cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razon, que todo se le debe: de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensación. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerzo que en favor de los

escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruman? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condición maligna, y como de esas veces intención personal ó defecto de organización. Esto solo bastaría á disgustar el alma mas generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuese las más veces la mejor recompensa de una intención pura.

Y si con respeto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeón suyo, arrostrando tantos peligros, hallásemos impugnaciones, no necesitaremos por cierto ir muy lejos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el carácter privado de los escritores satíricos mas conocidos, y digásenos si la *noble indignacion* de Juvenal contra el vicio está desmentida en su vida: si no se reconoce en la de Boileau: si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso Moliere ó la del adusto Adisson: si la filantropía y la beneficencia con quo ilustró su vida el filósofo de Ferney pueden ponerse en duda: y viiniendo á nosotros donde este argumento fuera mas fácil de contradecir, sino fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los Góngoras, de Cervantes, de Quevedo, (por mas que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas) en la del virtuoso Joyellano, en la de Forner, en la de Moratín, en la de cuantos han cultivado con mas ó menos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condición que debia hacer para ellos de la sátira una pasión dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinión general tan injusta es otra dificultad que arrastra el satírico, y que, si la calumnia se adhiere con predilección á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con menos encarnizamiento, para valernos de la expresión de un poeta.

La otra consideración que nos queda que hacer es en verdad mas personal á los escritores satíricos, pero una vez meditada no es por eso menos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza á la alegría, y que su corazón es un foco inextinguible de esa misma jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que estos no saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo comun como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razon se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámale la atención en el sol mas sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fraldad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporción de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la acción aparentemente

generosa el móvil mezquino que la produce; y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan amenudo el contento de los demás, es en él la fría impasibilidad del espejo que reproduce las figuras no solo sin gozar, sino á veces empañándose.

Moliere era el hombre mas triste de su siglo, y entre nosotros difficilmente pudiéramos citar á Moratín como un modelo de alegría. Apeñamos, sino, á cuantos le hayan conocido.

Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente que solo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demás.

Pero nuestros lectores perdonarán facilmente este atrevimiento, si antes de concluir este artículo les confesamos que solo ha podido dar lugar á él una inculpacion que nos ha sido hecha recientemente: hay quien supone que solo una *pasión dominante* de criticar guia nuestra pluma. No como escritores de mérito, que envidiamos á cuantos le tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos, ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condicion. Ignoramos si lo habremos logrado, pero nunca creeremos inútil hacer nuevas profesiones de fe, por mas que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisieramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfección posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y

estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una pasion dominante de criticarlo todo con razon ó sin ella: somos sumamente celosos de la opinion buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter; y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligacion que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restriccion, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y satiras: ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aquí lo hicimos, toda cuestión personal, toda alusión impropria del decoro del escritor público y del respeto debido á los demás hombres, toda invasion en la vida privada, todo cuanto no tenga relacion con el interes general. Júzgennos ahora nuestros lectores, y zumben en buen hora en derredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad mas malignos que nosotros.

TEATROS.

Visto el estado de decadencia en que se hallan de algún tiempo á esta parte los teatros de esta capital, no nos parece fuera del caso echar una rápida ojeada sobre las causas de su lastimoso abandono, y aun poner en conocimiento de nuestros lectores algunas de las consideraciones que nos sugieren los datos que á cerca de su porvenir poseemos.

Pocos paises de los que se hallan á la altura del nuestro en la escala de la civilizacion pueden citarse donde se encuentre el teatro mas atrasado que en España. Falto siempre de proteccion, considerado la mayor parte del tiempo como un mal inevitable por el mismo gobierno que lo toleraba, no es mucho que no se hayan dado en este ramo pasos agigantados. No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido, hacer creer que el teatro corrija las costumbres, ni desierre vicios: llevamos mas adelante todavia nuestra opinion: nos inclinamos á pensar que del teatro salio el hombre poco mas ó menos tal como entra. El hombre es animal de poco escarmiento; y si lo fuera, seguramente que el colorido de sublimidad y pasion que en el teatro suele revestir los vicios y los crímenes no seria el mejor medio de hacerle escarmentar. Los zelos que en el Otelo del mundo no son sino reprobables, estan por lo menos disculpados en el teatro; con el exceso de la pasion. El teatro pues, rara vez corrige, asi como tambien rara vez pervierte. Ni es tan bueno como sus amigos le han pintado, ni tan perjudicial como sus enemigos le han supuesto. Por lo menos, es desde luego una diversion publica, y en esta sola calidad encierra ya una no mediana recomendacion: es ademas de todas las diversiones publicas la mas culta, y sino corrige las costumbres, puede al menos suavizarlas, puede ser una escuela de buenos modales, y debe serlo constantemente de buen lenguage y de estilo. A estas circunstancias, que recomiadan positivamente el teatro, ha podido agregarse en muchas épocas la idea generalmente admitida de que todo espectáculo público es favorable al legislador y gobernante, porque distraiendo al pueblo de los intereses políticos, le aparta de la

rebelion. Pero esta razon, que tiene un gran peso en favor del teatro en los gobiernos monárquicos, y que todos los tiranos han comprendido perfectamente; esta razon, que fue ocasion de los juegos griegos, de las luchas romanas, del esplendor del siglo de Luis XIV, y hasta de la elevacion del teatro francés durante el imperio, se vuelve contra él en épocas de libertad. Cuando los hombres reconociendo sus derechos y ocupándose en adelantarlos, pueden discutirlos en alta voz en paseos, casas y cafés, la realidad no tarda en ocupar el lugar de la fiction: la escena verdadera del mundo real, en que cada uno es llamado á ser actor, y á hacer tarde ó temprano un papel, debe interesarnos mucho mas que la representacion en cabeza sigena de las virtudes y los vicios, cuadros entonces muy secundarios en la galeria de la vida. Por el contrario, cuando el legislador se reserva y reasume en sí todos los derechos, cuando el obliga á cada uno á confiarle de grado ó por fuerza, la parte que debe tener en los asuntos públicos, el ánimo, encogido y atemorizado, busca en la fiction un desahogo de la triste realidad. El despotismo, por lo tanto, ha solido ser favorable al teatro: y dueño de la hacienda pública, ha destinado en todas partes fondos supletorios á la prosperidad de una diversion de que tanto se prometia. Pero en España, ni aun eso ha sabido hacer; en España, donde sin duda consideraba la funcion de los toros como mas popular, no le ha sido deudor el teatro de proteccion alguna: por el contrario en él persiguieron las luces, en él trató de ahogar una manera de expresion de la opinion pública; y si lo consintió, podemos atribuirlo á que toda la represion del gobierno mas despótico no basta á contrarrestar la fuerza de la opinion; el espíritu de

cada época se hace respetar hasta de sus enemigos; pero ya que no podía derribarlo, hizole todo el daño que podía hacerle: lo consintió, sí, pero con una mera indemnización, lo consentió cargándole con la obligación de resarcir con sus productos los males que le achacaban. Maquiavélica idea por cierto, pues si el teatro era perjudicial en sentir del legislador, no podía haber resultado bueno que lo abonase. El teatro es malo, decía el gobierno; pero haga daño en buen hora, siempre que no sufrague con que desahogarme de las obligaciones que como administrador de la sociedad tengo contraídas con los establecimientos de beneficencia; es decir, consiento al ladrón, con tal que me rinda por tributo parte de sus robos. Esta ha sido la lógica, y lo que es peor la moral del gobierno nuestro con respecto al teatro, y su torpeza tal, que una vez admitido tan escandaloso principio, no supo siquiera volverlo completamente en provecho suyo facilitando su prosperidad. Falto de ingenios por la persecución, agobiado por las cargas civiles el teatro ha vivido entre nosotros manteniendo obligaciones del estado; y es lo peor, que habiendo entrado en una era de progreso y de luces, no se trasluce aun la aurora del dia, en que deba mejorarse su suerte.

Sin que querímos entrometernos en los antecedentes políticos, ni en la administración de ningún mandarín, dirémos solo que el señor de Burgos, durante su corto ministerio, pareció volver los ojos al teatro, por lo menos con cierta comisión. Hasta él, entregado el teatro unas veces en manos de los actores mismos, administrado otras por la villa, adjudicado algunas a empresas particulares, nunca había podido desahogarse de la confusión en que nuestra informe legislación, lo

tuvo siempre sumido. Para que alguien tomase por él el más pequeño interés, fue preciso que se viese elevado al mando un ministro que presumía al mismo tiempo de poeta dramático. Pero este vislumbre de esperanza que brilló á nuestros ojos un momento, no tardó en disiparse. El Sr. Burgos, llamó á sí una comisión juzgada de personas inteligentes y les encargó la redacción de un reglamento de teatro que pusiese término á la penosa situación del teatro que desindase su pertenencia y los derechos de las diversas industrias que concurren á su prosperidad. Esta comisión hubo sin duda de informar; y aunque según las noticias que á nuestros oídos llegaron de su informe, tenemos motivos para creer que no se consultó siempre el derecho, sin embargo, nos strevemos á asegurar que ese mismo reglamento imperfecto llevado á ejecución hubiera mejorado la suerte del Teatro. Pero para eso hubiera sido preciso que hubiese durado el mismo poeta. Desgraciadamente se acabó el ministro antes que el reglamento, y el sucesor hubo de decir, sin duda para su sayo: *A mí, que no sé hacer comedias, ¿qué se me da del Teatro?* y antes de nacer murió el reglamento. De entonces acá si algún ministro del Fomento, ó de lo Interior ó de la Gobernación ha vuelto á ocuparse en el teatro, lo ha hecho tan secretamente, que nada hemos traslucido nunca de su protección.

Cuando se estableció el Conservatorio de música, cierto escúpulo de conciencia, cierto pudor saludable hizo comprender que sería vergonzoso fundar en la capital del reino una escuela donde se formasen cantores para el teatro, y donde no se pensase siquiera en el pobre verso. Movidos los que lo dirigieron de este pudor, se dignaron conceder hospitalidad á

la declamacion española en un nicho de su establecimiento; se crearon dos cátedras de declamacion; se asignaron a cada una hasta seis mil reales, ó cosa semejante, por vía de honorarios; se nombraron dos catedráticos, individuos de las compañías de Madrid; se les dió don en los oficios de nombramiento, y muchachos en los bancos de la escuela, y se les dijo: *ENSEÑAÑ ahí cuánto sepais, si algo sabéis; ya teneis cosa, uniforme, don, y seis mil reales; ya está el teatro protegido; ya verán ustedes los actores que salen.* Y ya lo hemos visto por cierto.

En la contrata sin embargo, que existe todavía, se dió alguna protección mas al teatro; pero seamos justos; esa protección, que consistió en algunas condiciones mas ventajosas hechas por la villa á la empresa entrante, en la cesión del local y en una asignación anual de los fondos públicos, no fue efecto de buena voluntad, sino arrancada por la imposibilidad que hizo presente con energía y tesón la empresa que iba á tomarlos; y, digámoslo francamente, hasta estas ventajas hechas en tiempo de transición, en que no se hallaban aun deslindados los derechos de la villa á disponer de los fondos públicos, ni los del gobierno mismo á hacer concesiones sobre fondos de que solo es administrador, y no dueño, si pudieron constituir un contrato legítimo, no bastaron á quitarle la tacha de ilegal.

No es nuestro ánimo en este artículo entrar en el examen del uso que, de sus contratas y de sus ventajas ó desventajas ha hecho la empresa; queremos solo dar noticia del estado de las cosas en el día, después de haber hecho una ligera reseña de la conducta del gobierno respecto al teatro. Este ha podido protegerlo hasta el día, y sobre si tiene el cargo de no haberlo hecho.

Sabemos, pues, que la empresa ha solicitado la rescisión de su contrato: tenemos datos para creer que la autoridad civil se halla dispuesta á ese paso; y verdaderamente, si así no fuese, trabajaríamos nosotros por convencerla, puesto que no puede convenirle ni á la empresa, ni al gobierno, ni al público, una contrata, en contradicción en la mayor parte de sus cláusulas con el nuevo orden de cosas; y quisieramos que ya que se nos presenta por sí sola la ocasión, antes de proceder á nuevos compromisos ni adjudicaciones, se pesase maduramente la cuestión, si es que el gobierno cree que es de importancia, porque si no, lo mas barato es cerrar el teatro; y antres deseamos esto nosotros, apasionados de él, que verle sucumbar de nuevo á providencias provisionales.

Acabe de una vez el legislador de pensar si debe ó no de haber teatro: y en el caso de decidir la cuestión favorablemente, deslíndese á quién pertenece, sepamos la parte que un gobierno puede tomar en una diversion pública; la influencia que la autoridad pueda licitamente reservarse en ella; la clase de protección que debe dispensarle, lo que de ella puede esperar en remuneración de sus auxilios, y el derecho que tiene á cargarle impuestos y distraer sus productos. Sepamos de paso si hay una propiedad en la literatura dramática, hasta dónde puede la ley protegerla como á toda propiedad, y hasta qué punto puede entrometerse en las condiciones que cada cual quiere imponer á la suerte de sus producciones.

Encargados como estamos en este periódico de hablar de teatros, por hoy nos contentamos con lo dicho. Logremos ó no llamar la atención del gobierno sobre determinaciones que en nuestro entender deben meditarse antes de adoptarse, no

renunciamos á escribir algun otro artículo, manifestando nuestro sentir en la materia, por mas que no nos considerémos con gran fuerza moral para inclinar la balanza en favor de nuestras opiniones; solo si declararémos antes de concluir este, que queremos mas bien contribuir con nuestras pocas luces al mejor arreglo posible, que usar despues del triste derecho de criticar determinaciones ya tomadas. Así lo harémos; y si algun dia nos vemos en la dura precision de maldecir, caiga la culpa sobre quien puede á tiempo remediarlo y dar vida al teatro es-

CARTA DE FIC.

A DON PEDRO PASCUAL DE OLIVER, GOBERNADOR CIVIL E INTERINO
DE LA PROVINCIA DE ZAMORA.

Muy señor mio: En la Revista del 20 del que corriente leído un comunicado de usted fecha en Zamora, en que trata de la real orden relativa á correos, tan amargamente criticada por mí en mi reciente carta, titulada *Buenas noches*.

¿Con qué es usted, señor don Pedro Pascual Oliver, el responsable de los defectos de aquel corto escrito? Con que usted era oficial de la secretaría de la Gobernación del Reino, y encargado en ella del negocio de correos? Doy á usted, señor don Pedro, dóime á mí, y doy á la secretaría de la Gobernación del Reino, la mas completa enhorabuena.

Dice usted que no pude menos de conocer que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare á corregir el estilo del crecido número de reales órdenes que firma cada dia.

Así es la verdad, señor don Pedro. Ya se me alcanza que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare, ni á corregir ni á nada, y mas con ese crecido número de reales órdenes, y de reformas, y de disposiciones luminosas que nos está dando todos los días, y que han de ser la base de la futura felicidad de la patria. Y por eso decía yo en mi folleto: ¿No sería bueno que se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?

Y cierto que esto, señor don Pedro, nunca lo pude decir por usted, de quien es notorio que sabe por lo menos escribir ; de cuya existencia confieso que no tuve jamás, hasta la publicación de su carta, la menor sospecha, y de quien por lo tanto difícil me hubiera sido hablar en ninguna de mis cartas.

¡Así supiera usted leer, señor don Pedro, como sabe usted escribir ! que en ese caso hubiera leído como debía mi folleto, porque quiero mejor pensar que no sabe leer, que no que tiene mala fé. Vea usted si me inclino á todo lo que es favorecer á usted, ó mas bien á hacerle justicia.

Dice usted hablando de mí : *Figoro hace anónimos los sustantivos RIESGO y PELIGRO*. Entendámonos, si podemos, señor don Pedro Pascual de Oliver. Esa palabra *anónimos* que veo estampada en la Revista, ¿es usted también el solo responsable de ella, ó es cosa de la imprenta de don Emilio Fernández de Angulo, á cargo de don M. Mucias ? Soy tan su amigo de usted, que voy de barato que es yerro de imprenta, y que usted quiso decir *sinónimos*. De acuerdo sobre esto, le responderé francamente que yo no necesitaba, como usted, recurrir al diccionario de la lengua para no hacer *sinónimos* los vocablos *riesgo* y *peligro*, y esto es tan cierto, que precisamente porque no lo son, et iqué en esta parte la real orden de que *es usted autor o escritor, ó como quieran llamarle á usted los señores redactores de la Revista-Mensajero*, segun usted dice en su carta ; á propósito de lo cual, puedo asegurar á usted que los señores redactores de la Revista-Mensajero no querrán llamarle á usted ni *autor*, ni *escritor*; porque el autor es el que inventa, y seguramente, sea dicho en honor de usted, usted no ha inventado la real orden, ni ninguna otra cosa, la pólvora inclu-

sive ; por tanto no es tal autor de la dicha orden ; y eso, lo repetí, le hace á usted mucho honor ; el *escritor* es el que escribe ideas suyas, y como usted no escribió en la tal real orden ninguna idea suya, diján los señores redactores de la Revista que usted no hizo mas que *redactarla*, y si tal dicen, como presumo, por mi vida que aciertan.

Y aquí no vendría mal advertir á usted de paso que en punto á responsabilidad es solo responsable de toda cosa escrita quien la firma ; y por eso habrá usted oido decir tal vez : *no bebas agua que no veas, ni firmes carta que no leas*, lo cual digo ahora, no para usted, señor de Oliver, que no ha firmado nada, sino para el señor secretario del Despacho, que lo firma todo. Esto prueba que la supuesta responsabilidad con que tan caballerescamente sale á defender á su jefe, hace honor al carácter de usted, si no á su estilo ; pero de ninguna manera á dicho señor secretario del Despacho. Mas claro ; de la redacción de la real orden, usted era responsable al ministro, y este lo es al público. ¡Buena excusa estaría la de un señor secretario del Despacho que se nos viniese contando los disparates que hubiese firmado, dado caso que un ministro los pudiese firmar, y se escusase después con sus subalternos !

Pero volvamos, si usted gusta, á nuestro *riesgo y peligro*. Decía, señor don Pedro, mi amigo, que ya se me alcanzaba á mí, antes de leer su apreciable carta, que no son *sinónimas* esas voces ; la diferencia, que tengo ha tiempo establecida para mi uso particular en un trabajo inédito, que sobre sinónimos de la lengua castellana en ratos perdidos me ha ocupado, consiste en esto : *que el peligro es inminente ; en el riesgo hay mas contingencia*. Y aclarando las definiciones, no muy buenas, del dic-

...nario (permítame él y usted esta proposición) con un ejemplo, diremos perfectamente : "Un general corre riesgo de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el peligro." El riesgo es dudoso; el peligro es cierto; este es mas próximo; aquel mas lejano. El jugador arriesga su dinero, cuando juega, sin que por eso haya proximidad de perderlo. Se puede decir, y estaré muy bien dicho, que el soldado arriesga ó pone á riesgo su vida. Sin embargo, segun la definición de la avenidaia (que me perdone y á quien Dios perdone) no estaría esa frase bien dicha si el riesgo fuera la proximidad de algún daño leve, pues que ni el perder la vida es daño leve, ni hay proximidad de perderla en arriesgarla, sino solo posibilidad; por donde puedo usted inferir quo no siempre es juez suficiente el diccionario de nuestra lengua, por mas que usted y que todos le debamos respetar, cuando acierta; es decir, que el diccionario de la lengua tiene la misma autoridad que todo el que tiene razón, cuando él la tiene. Y de la diferencia de riesgo y peligro, para que no le quede duda de que tengo hecho algun estudio sobre estas cosas, pondré á usted ejemplos que dan p so á lo que llevo dicho.

Dice Solis en el capítulo 18, libro 5.º de la Conquista de Méjico, hablando de Hernan Cortés : "Mantúrose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo: y dejándose caer en tierra lo puso en evidente peligro de perderse &c."

Y Mariana al capítulo 13 del libro 17 de la Historia de España :

"Don Pedro.... se resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla.... teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo."

Ya ve usted que aquí don Pedro iba á ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla, la cual podía ganar, y en cuyo hecho no había proximidad de un leve daño, como dice la academia.

Y Cervantes en Persiles y Sigismunda : "Este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto &c."

Queda, pues, probado que con tan buenas razones no puede nunca tener por sinónimas esas voces; y por lo mismo, y aun adoptando la base de la real orden, usted, señor don Pedro, debía haber conocido que si había cesado el riesgo en la carretera de Aragón, no podía haber peligro. De suerte, quo si alguno de nosotros dos no ha dado á esas voces su verdadero valor, seguramente, señor don Pedro, no he sido yo.

Esto con respecto al uso de las voces riesgo y peligro. Porque con respecto al resto de la redacción de la real orden, usted asegura en su carta á la Revista que podía haberse extendido con mayor claridad y mejor gusto; estoy perfectamente de acuerdo con usted. Añade usted que no está enamorado de su obra; efectivamente, no hay motivo. No quiero contradecir á usted; soy enteramente de su opinión, y es lástima que nos pongamos en trance y riesgo de reñir dos personas entre quienes existe tan rara simpatía y tal acuerdo de pareceres.

Con respecto á la voz temporal, no quise criticar su uso; sino que, como usted dice muy bien, cediendo á la pasión que me domina, traté de juzgar del vocablo para disparar al redactor de la real orden una saetilla más, no sospechando que fuese usted; pues á haberlo sabido, mucho me hubiera guardado de hacer tal cosa, y de criticarlo á usted á toda costa, como si

lo, cediendo á aquella maldita pasion que me domina, y que ha de ser, por fin, mi perdicion.

Convengo tambien con usted en que es mas facil *buscar* y aun *hallar defectos*, donde hay tantos sobre todo, que poner reales ordenes, y mas si estas son, como usted dice, *sobre asuntos dudosos*, porque si no son *sobre asuntos dudosos*, ya es otra cosa. Y la prueba de la proposicion de usted està en lo raro que es ver reales órdenes que tengan sentido comun: argumento grande en apoyo de su dificultad, á cuyo propósito citare á usted lo que escribia cierto cri ico francés hablando de un antagonista suyo: *El señor es un necio decia; yo soy quien lo digo, y él es quien lo prueba.*

Es pues visto, señor don Pascual, usando de una alocucion de usted, que convenimos en todo, y que mas nacimos para amigo uno de otro, que para andarnos tiroteando en papeles publicos y folletos. Y esto es tanto mas cierto cuanto que no ha mucho vi cierta alocucion de usted al pueblo Zamorano, y animada como está de sentimientos patrióticos de que yo parti ipo en gran manera, parece mal que personas de iguales opiniones den que decir á los mismos de su partido con desavenencias gramaticales: ni el que usted haya podido redactar mal una real orden prueba nada contra su aptitud para cargos publicos; pues ni yo consideré aquello nunca sino como un descuido, ni yo lo llame delito ni traicion, ni cosa que se le parezca, soy ademas tan enemigo de cuestiones personales, que critiqué la real orden en cuanto á real orden, es decir, en cuanto á acto público del gobierno, de donde infiero que usted anduvo ligero en descubrirse, pues ninguna importancia tiene á los ojos del público el redactor de una real orden, sino únicamente el gobierno que la adopta, firma y publica.

Añadiré so'o antes de concluir esta carta que mucho tiempo pense en no darle contestacion, pero cuando supe que desempeñaba usted, señor don Pascual, un cargo público, uno de los primeros destinos del orden civil, parecióme ya que la categoría de usted merecía siquiera por cortesía una respuesta, no se dijera que yo habia podido despreciar á una persona tan condecorada.

Por lo demas, y dejando á un lado disputas filológicas de poco momento, tengo el honor, señor don Pedro Pascual de Oliver, de repetirme su muy afecto Q. S. M. B.—

GARCIA DE CASTILLA,

O EL TRIUNFO DEL AMOR FILIAL.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

El poeta ha hecho girar su drama sobre un asunto nacional, en lo cual ha sabido proporcionarse una gran ventaja; pero asunto tan diminuto de por si, y tan poco esplayado por él, que casi viene á caer en el círculo de los dramas de imaginacion.

La escena es en Toledo. Al levantarse el telon el espectador empieza por ver á un rey sentado en su trono, su esposa

á la izquierda, varios cortesanos y guerreros y un menságero del moro, que viene á proponerle la paz ó la guerra, y á quien contesta unánimemente todo el mundo con la guerra. Despachado el moro con tan mal recado, retirarse los cortesanos, y entonces podemos asegurar que comienza el drama; porque la primera escena del mensage, ni tiene relación ninguna con el resto, ni vuelve á aparecer mas moro, ni mas guerra; es exactamente lo que en lenguaje vulgar se suele llamar una *embujada*. El rey don Alfonso parece estar perdido de amores por una tal Elvira, dama muy principal de la corte, pero huérfana de padre y madre, lo cual la deja espuesta á los antojos de la testa coronada. Elvira con todo no puede corresponder á S. M. por dos razones, la primera porque el rey es casado, naturalmente con la reina, la segunda porque corresponde á García de Castilla, hijo del mismo rey, ya grandecito y mozo, que no le va en zaga á su padre en valor y *donosura caballeresca*. Bien conoce la doncella, doblemente solicitada, que confiar á cada uno de sus perseguidores la pasión del otro, fuera encender peligrosa discordia en el Estado, y por tanto ni el padre ni el hijo saben de los intentos del hijo y del padre. Pero la reina es ladina, y aunque no esté de su esposo enamorada, como se supone, sábele mal dósis tan cargada de celos; siendo, como es, de no muy blanda condición, descubre al hijo la pasión del padre, insípirale sospechas de la virtud de Elvira, le asegura que el rey ha de hacerlo matar al dia siguiente, zeloso de él, y lo excita de esta suerte á la rebelión y al parricidio. El rey en tanto, que nada columbra de los ocultos manejos de su mitad, no pierde la huella de su amada, insta, ruega, amenaza, y desesperado de la virtuosa resistencia llega á ofre-

cer trono y diadema á la muchacha Elvira. No se sabe precisamente si trata solo de anular su anterior matrimonio, ó si piensa en manchar con sangre el táamo conyugal. Pero todo es inútil, porque Elvira, puesta ya entre la espada y la pared, confiesa al enamorado monarca que su amor se ha fijado en una generación mas ade'ante. Entre tanto García anda loco, dardo y tomando en lo de los celos; y la madre, echando mano del elemento popular, alza las masas proletarias, como se diría en el dia, contra el poder ejecutivo. Una casualidad que ofrece á la vista de García al rey y á Elvira metiéndose juntos entre bastidores, acaba de evaporar el poco seso que le quedaba, y atropellando remordimientos, y todos los escrupulos de honor y de amor filial que tiene en anteriores escenas esplayados, da en la diabólica idea de matar á su padre; cosa fea de por sí, y mas si se le añaden las circunstancias de darle la zelosa madre llave al efecto, y de haberlo de matar dormido, que como dice otro poeta trágico es *matarle muerto*. Aprovecha para el intento la ocasión del reposo del ilustre progenitor, que por lo visto no hace vida común con su mujer, y que acaba de entrarse solo en su alcoba; pero en aquel tiempo el cielo protegía á los reyes, lo cual se manifiesta en dos claras señales: 1.º, una especie de tempestad, compuesta de varios relámpagos que entran por la ventana de la izquierda, pero sin ruidos ni truenos, en lo cual me parece haber andado atinado el ingenio, supuesto que no son cosa mayor las cajas de truenos de estos teatros: 2.º, no haber pegado los ojos S. M., á quien deben de traer despierto sin duda sus ma's pensamientos. La consecuencia es clara: el rey que ha tenido la precaución de acostarse vestido, como quien tie-

no que madrugar, no se deja matar, dando muestra en eso de prudente, y descubre al asesino. La escena siguiente entre S. M. y el heredero de la corona es acaso la mejor del drama : se termina con el allanamiento del palacio por la turba popular, que proclama á García, con notable perjuicio del poseedor. Pero García, que ha sabido que cuando él fraguaba su mal combinado parricidio, ya el culpable había renunciado á sus adulterinos deseos, y trataba de casarlo con su amada ; García, que ha vuelto en sí de su alucinamiento, desfiende las prerrogativas del trono. La madre entonces, convencida de que todo ha sido tiempo perdido, echa mano de un puñal que trae siempre consigo, para su uso particular, y acaba por matarse, que es, en nuestro sentir, por donde debiera haber principiado.

Sea tragedia el García de Castril'a, sea drama, pertenece indudablemente á la historia ; permítanos el autor pues que lo digamos que la principal condición de los asuntos históricos es la de llevar en sí el sello de la época á que pertenecen ; y cuando los personajes son de a'gun bulto, el poeta se compromete á darnos su retrato, su sue simile moral, digámoslo así. El rey que nos pinta, bien puede ser un Alfonso ; pero el autor convendrá con nosotros en que puede ser cualquiera de los muchos Alfonso's que en Castilla han reinado : puede tambien no ser un Alfonso, sino un rey cualquiera : todo su carácter histórico se reduce á reinar ; y esta señá es ciertamente tan vagá, que solo puede bastar para un carácter ideal de comedia. Igual observación puede aplicarse á los demás personajes e incidentes del drama.

No resultando pues histórico el drama después de acaba-

do, no resulta de él tampoco admonición ninguna para el porvenir, hija de la experiencia, fin evidente de los dramas históricos, de la tragedia y de la historia misma.

Sobre tres pasiones ha fundado su armazón el poeta, *El amor los celos y el amor filial*. Cualquiera de ellas bastará para llenar cumplidamente una composicion dramática ; ¿por qué, pues, habiendo tres, no resulta el interes, el alma que debe animar este cuerpo ? Por eso mismo, toda pasion vehemente enciuye en el teatro otra pasion : todo sentimiento exagerado tiende á avasillar, á dominar, á reinar solo. Enredado el ingenio en la multitud de recursos de que echa mano, no usa bien de ninguno, así como un soldado cargado de toda clase de armas haría menos daño al enemigo que otro provisto de un solo buen fusil. El amor en don Alfonso es singular ; ni una escena de arrebato, ni un momento de ternura, ni un verso de fuego. Bien hace la niña Elvira en no dar oídos á galán tan necio. Sin embargo, la cosa es de mas consecuencia de lo que parece ; porque, ¿cómo quiere el poeta que creamos que un hombre, en qu'en no nos pintó el arrebato de la pasion, echa del tálamo á su anterior muger, con la misma indiferencia que pasa una abeja de una flor á otra flor ? Supuesto que el teatro se ha de alimentar de crímenes, es preciso que estos sean forzados, obligados, ampliamente motivados. El poeta no puede suponer que el crimen existe y se produce naturalmente en el mundo, como un junco en un pantano ; es preciso que lo dé como efecto de una causa extraordinaria.

Si los celos en la reina estan mas justificados, en cambio adolecen de otro defecto, y es de no estar sentidos ; pudiérale bastar al historiador decir : *la reina anduvo zelosa*. El poeta

no debe decirlo, sino hacerlo ver. Si estos ze'os por otra parte no son de amor, sino de orgullo, fuerza era haber empezado por pintar el carácter de la reina capaz de intentar las mayores atrocidades por amor propio,

No sabemos tampoco si está en la naturaleza que una muger por amor propio ponga en lucha á su hijo con su esposo, y esponga la vida del objeto más caro á una madre... ; y esto sin ocurrirle siquiera la idea del inminente peligro en que lo pone!!! El tipo de este carácter no existe en la naturalezai es un monstruo. Y no se nos diga que la moderna escuela ha adoptado y producido en el teatro semejantes monstruos. No, Clásicos y románticos han convenido igualmente en que el ser mas odioso que puede presentarse en la escena ha menester alguna virtud para interesar, alguna afección tierna que sirva de contraste á sus errores. El Neron de Racine aparece dominado del amor; la Lucrecia Borgia de Victor Hugo ba la disculpa ante el espectador por el amor á su hijo; la despreciable Marion de Lorme se purifica en las tablas por medio de una pasión verdadera; el bafon Triboulet desaparece delante del padre tierno; no hay corazon en la naturaleza, por pervertido que sea, que no abrigue algun sentimiento humano.

En cuanto al amor filial, cuyo triunfo se ha propuesto pintar el poeta, no está mejor desempeñado que las dos ya examinadas pasiones: puesto que no es el amor filial, no el temor-dimient quién triunfa; quién triunfa es la circunstancia de estar despierto el rey, sin la cual perecería sin duda; digamos pues que es el *triunfo de la casualidad, el triunfo de la vigilia*.

Doloroso es tambien que el poeta que parece querer sacudir, segun su anuncio, antiguas preocupaciones literarias, haya

admitido como adorno dramático la tempestad. Convenimos en que no repugna á la razon creer que al mismo tiempo que un hijo asesina á su padre, empiece á relampaguear, y mas si es verano; pero no es razon suficiente el que una cosa pueda suceder para que el poeta la coloque al lado de otra que realmente sucede. No está probado todavía que los crímenes sean conductores de la electricidad, y bueno sería dejar semejantes máquinas dramáticas para los pueblos que creían la participación inmediata del cielo en los delitos de la tierra. El poeta sobre todo debe desecharlas, cuando como en el García nin. gun resultado le han de producir. Si tal doctrina pudiera admitirse, á un autor le parecería bien una tempestad, á otro un terremoto, á otro una avenida á otro en fin un incendio ó el hundimiento de la casa, cosas todas tan naturales como la tormenta, pero que no tienen mas relación con García de Castilla, asesinando á su padre, las unas que las otras.

NO LO CREO.

; Sr. Figaro! Sírvase V. ; Sr. Figaro! entró diciendo á voces en mi cuarto este mañana un hombre cuadrado que habrán Vds. visto por esas calles, y díjolo por que se parece á todos los tontos, bien así como se parecen todos los tontos entre sí. El hombre no me era conocido; sudaba y respiraba con dificultad; no parecía sino que acababa de traducir una escena de melodrama.

—Sosíéguese V. caballero, le dije, siéntese, respire y escúchamos que urgentísimo asunto le trae tan azorado en busca mío.

—Sr. Figaro: yo soy un aficionado á leer, á quien gustan mucho las aprensiones de V....

—¡Muchas gracias!

—Si señor; me llamo Juan Medrana; el teatro era mi pasatiempo favorito hasta que V. ha empezado á abrirmo los ojos con sus artículos, que así creo que se ha de llamar lo que V. hace.

—Si señor, precisamente.

—Y le he cobrado á V. tal afición que no quisiera que le mataran á V.

—¡Hombre! ¿matarme? ¿Sabe V. que eso me dá que pensar? ; Habrá picardillos!

—Si señor, matarle, y plegue al cielo que no pase de ahí. En una palabra, llevado de mi celo y de mi afición á los artículos de V., vengo á prevenirle que lleve su maleta y ponga piezas en polvorosa, lo más pronto y lo más callandito que V. pueda.

¿Pero que hay? se va á echar alguna traducción original? ¿Quiere V. que me escape por no oírla?

—Peor.

—¿Sabe algún actor nuevo?

—Peor. ¡Cien veces peor!

—Acabe V. por Dios, señor Medrana. Me tiene V. asustado.

—Hace un mes, semana más ó menor, que le andan buscando á V. para....

—¡Oiga! ; ya se vé! no me habrán encontrado. ; Como no ando por ninguna parte! ¿Y por qué?

—¿Y V. lo pregunta? ¿V. que escribe artículos de teatros? ; V. sabe lo que anda entre bastidores?

—¡Vea V.! yo creía hacer mucho favor á los teatros...

—¿Favor, eh? Contentos tiene V. á algunos actores, ; buenas cosas dicen de V.!

—¡Ola! ; dicen cosas buenas? Vea V. ; *Quantum mutatus ab illo!* ; Y qué dicen?

—Le diré á V.: por supuesto que los buenos no dicen nada, ; pero los otros! en primer lugar dicen que es V. pacial, y que solo alaba á los que lo hacen bien....

—¡Habrá picardías!

—Que no guarda V. consideración ninguna á los que lo hacen mal. ; Eso clama á los cielos! Añaden que es V. hombre de muy malas entrañas. *Como todo el que es amigo de la justicia y de la razón.* Que tiene V. mas cariño á los progresos del arte que á los malos cómicos, y que eso es una mala partida. Hay quien dice que si hubieran tenido la precaución de

enviarle á V. en calidad de regalo cuatro frío'eras de gusto, no les sucedería lo quo les sucede.

— ¡Ah señor Medrana! esos, esos han conocido el carácter de Figaro.

— Que en ningún país culto se permite hablar de los cómicos, ni juzgar si lo hacen bien ó mal; eso solo se vé en los clímas habitados por los I oquenses, como por ejemplo Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y el resto de la Europa. Que tienen los periodistas un extraordinario interés y malevolencia en criticar sus defectos.

— En eso tienen razon, porque el interés de todo hombre está en granjearse enemigos.

— Que los adelantos grandes hechos en el arte por los Talmas y los Kean, se han debido á la impunidad, y que solo riñando á los malos actores llegan éstos al ápice de la perfeción; y por último, si algunos se conforman con la censura periodística ha de ser con la condición de que no ha de contener nunca personalidades la crítica.

— Ciento; solo que hay señores actores que llaman personalidades á todo lo que no es decirles que representan á las mil maravillas.

— En fin, Sr. Figaro, quo en España todo actor es una cosa sagrada, y quo nunca se ha visto el escandaloso abuso quo hoy por causa de los periódicos reina.

— Dices bien, señor Medrana: en prueba de ello aquí tengo uno de los primeros periódicos quo en España se han publicado: Vea V. lo quo decía en Enero de 1783 el Memorial literario acerca de actores, y si hablaba de ellos con mas respeto quo Figaro.

«Los teatros de esta corte cada vez irán á peor, interin-
»cida entre los ignorantes cómicos la potestad de ser jueces
»del gusto teatral, que es bien malo: esto es, que esté á su ar-
»bitrio elegir y representar las comedias que quieran sean
»buenas ó sean malas, &c. &c.»

— Ya vé V., pues quo desde el año 1783 acostumbraban los periódicos á hablar libremente de los cómicos.

Recorra V. ahora para si esos periódicos que le han su-
cedido en diversas épocas: ver V. ese Diario Literario del
año 24, lea V. Concúyamos señor Medrana quo en este
país no querremos acostumbrarnos á sufrir la crítica mercenaria.

— Y añade V., señor Figaro, que en mi entender nos ha
de alcanzar la muerte antes de que nos acabemos de acostumbrar, como al caballo del doctor le aconteció. Si va á decir verdad yo me inclino algo á favor de los actores quo tanto se
quejan: no hay nada mas justo quo el que se critique á un
poeta quo dá una mala comedia, á un pintor quo pinta un mal
cuadro, á un escultor quo contraluce una estatua, á un arqui-
tecto quo construye mal un edificio; pero por la misma razon
ya se deja entender quo no hay nada mas injusto quo criticar
á un actor quo representa mal; porque ; qué distancia hay
de la esencia y naturaleza de un actor á la de los demás hom-
bres! ¿En que se parece un actor malo á los hombres? En
nada, Sr. Figaro; un actor malo es una especie de semidio
que tiene figura de hombre por una extraña degeneración de
la especie. ¿Hay cosa mas respetable que un mal actor? Luego entra lo que elos dicen. Figúrese V. quo un actor ma-
lo es un hombre quo vive de representar mal, y si V. le critica
le priva V. de su subsistencia. ¡Por caridad cristiana «quiero»!

— Ya se ve que está esa razon muy bien entendida. Por que aunque en la sociedad sucede comunmente, que el que no sabe su oficio no puede vivir de él, aunque sucede que el mal médico no tiene enfermos, el mal abogado no encuentra pleitos, y el mal sastre perece por falta de parroquianos, todo esto es una clarísima injusticia que hace el mundo pícaro á los ignorantes. El actor, aunque sea malo, debe tener ajustes sobrebrados y buenos sueldos, y la caridad que no usa la sociedad con los demás, debe usarla con él. Por esa razon cometió Moratín tan gran picardía, cuando sacudó su látigo contra los Andorras de nuestra escena, porque les *quitó el pan*. Por esa razon es un evidente disparate el consejo que el Café dá por boca de D. Pedro á los Comellas de su época, por el cual les aconseja que el que no sepa escribir aprenda otro oficio. Por esa razon es una crujedad pretender que el mal cómico abandone las tablas, porque lo que le hace falta á un país culto es que vivan ho'gadamente los que no saben representar. Esta es, Sr. Medrana, la base de la prosperidad de un país.

— ¿Pues qué diría V., Sr. Figaro, si le asegurase yo á V. que ya han dado en elito de la dificultad, y que acaso no se pase mucho tiempo sin que deje V. de hablar de los actores?

— *No lo creo*, Sr. Medrana, *no lo creo*.

— ¿No lo cree V.? ¿Y si le digo yo á V. que van á hacer una representación, por la cual piden y reclaman en justicia que no se hable ya mas de ellos? Esto es el golpe, este es el golpe mortal.

— *No lo creo*. ¿Cómo quiere V. que yo crea que dan la mano á semejante plan apreciables actores que personalmente conozco, y que son precisamente los principales, quienes pien-

san de muy distinta manera? ¿Cómo quiere V. que pidan semejante cosa aquellos que saben que han de decir de ellos los periódicos mas bien que mal? ¿Qué fuerza habrá de tener una representación en que no figurasen los buenos actores? ¿No conoce V. cuan en ridículo se pondrian los que tal representación hiciesen? ¿No vé V. que sería lo mismo que decir: "Somos tan malos que tememos la crítica?" ¿Y qué les serviría tal representación mientras haya público que haga de ellos la merecida justicia? ¿Y representarán tambien contra las silvas de los espectadores? ¿Lograrán, por ventura, una orden para ser buenos actores? Hago mas favor á los cómicos; creo que hay muchos entre ellos tan sensatos que oponen la enmienda á la justa crítica de los periódicos; esa es, Sr. Medrana, la mejor representación. Haylos, en fin, que conocen que no existe otro camino que la crítica para la perfección: Haylos que saben muy bien que todo el que dà al público su habilidad en espectáculo, dà tambien á cuantos le ven derecho de criticarla. En fin, Sr. Medrana, *no lo creo*.

— Pues si Sr., la hacen: yo no tengo bastante memoria para repetirla á V. entera, y bien podría sucederme lo que á Sancho cuando recitó en la venta delante del cura y el barbero la dulce misiva de su señor D. Quijote á Dulcinea; pero esté V. seguro de que se apoyarán en fundadas razones. Si señor. "En vista del abuso que reina en los periódicos de criticarlos con indecorosas personalidades; en atención á que los teatros no pueden prosperar mientras no se alabe todo lo malo que en ellos se presente: atendiendo á que el público no tiene afición al teatro nacional, á causa del mal estado en que se halla, nacido el tal estado de los periódicos, que es como

"si digieranmos que andamos á oscuras en el mundo á causa
"del sol; y siendo los malos actores la causa principal del bien
"estar de una nacion: pedirán que nadie sea osado en público
"ni en secreto, solo ó en compañía de otro á hablar, escri-
"bir, ni menos pensar en perjuicio de los citados malos cómí-
"cos (aunque sean realmente tales malos cómicos), sin distinc-
"cion de fueros ni personas: pedirán que sea castigado con la
"más rigorosa pena, como reo de lesos-cómico, quien á otro
"indugere á hablar, escribir, hacer señas con pies ó manos, bas-
"tones ó silbatos, pensar, imaginar, discurrir, sospechar ó bar-
"runtar siquiera que un cómico no ha representado, represen-
"ta ó representará con la más escrupulosa perfección, de no-
"che ó de dia, en ensayo ó pública representación, en el tea-
"tro ó fuera de é., &c., &c., &c., y demás contenido en la ley
"del ejercicio. Pedirán que todo buen español, amante de la
"felicidad de su patria, sea amonestado y requerido de con-
"currir con tres pesetas, propias y bien ganadas, amen de los
"consabidos dos cuartos del pico, las cuales hará ingresar en
"las arcas de la casa, para tratar el gusto de alabar, aplaudir
"y encomiar, con todo genero de demostracion de sincero y
"bien sentido contento (como son aplausos, palmadas, bravos
"y bravísimos, y demás señales de costumbre), toda represen-
"tación por mala que sea (que sí será); debiendo en todo ca-
"so fingir, disimular y aparentar en su rostro y todo su cuerpo
"el sobreentendido entusiasmo, si no lo sintiese realmente (co-
"mo no lo sentirá) desde el momento en que entre por las pu-
"ertas del teatro; y debiendo durarle la dicha embriaguez del
"citado entusiasmo, estásis y arrobo hasta después de la con-
"clusión de la comedia, y en su propia casa, y al otro dia, si

"ser pudiese, y hasta después de su muerte, si hubiere lugar.
"Requiriéndoselo igualmente, para que se dé la enhorabuena
"por la enagenación de sus anuncianas tres pesetas y ocho
"moravides cada noche, que le habrán procurado tan grande
"acumulación de contento y entusiasmo, mas que sea fingido
"por respeto al tenor de los dichos malos cómicos, y mas que
"no finja hasta reventar en obsequio de los progresos del arte
"declamatorio, y de dicha preciosa subsistencia de los ya di-
"chos malos cómicos, &c., &c."

— Basta, Sr. Medrana, hasta por Dios, que repito que *no lo creo.*

— Y si las empresas directoras de los teatros apoyasen
"algun dia una representación tan justa": :

— *No lo creo:* porque las empresas y las comisiones de
"directores de teatros y los ayuntamientos, conocen mejor que
V. y que yo sus verdaderos intereses, y encierran en su seno
personas de talento: estas saben que á nadie tiene mas cuenta
que á las empresas teatrales el que se hable mucho de los ac-
tores, y el que la censura de los periódicos los obligue á hacer
esfuerzos que sin su temor no harían. Las empresas debieran
pagar y sostener periódicos con el objeto solo de hablar al
público de teatros, dando importancia á este ramo, y haciéndo-
le concurrir á él en consecuencia; periódicos, en una pa-
labra, que corrajaran á los malos actores, que no son los que
hinchan sus arcas de dinero, ni los que producen sus grandes
entradas. El creer la suposición de V. sería hacer poco favor
á las luces distinguidas de nuestro ilustrado ayuntamiento que
se desvela por la prosperidad del teatro, como en muchas y
diversas ocasiones lo ha probado. *No lo creo.*

-- ¡Ah! Sr. Figaro, Sr. Figaro; ya veo que mi visita ha sido inútil. ¿Y si á pesar de cuanto V. dice lo lograsen?

—*No lo creo, Sr. Medrana,* añadió despidiendo á mi solícito amigo, no lo creo, sin que esto sea por otra parte mostrar-me poco agradecido al celo y amistad que V. acaba de manifestarme. Si llegase un dia en que los actores se creyesen con derecho á exigir un silencio mas humillante y ridículo para ellos que para nadie, los poetas y autores de toda clase de libros no podrían menos de creerse con igual derecho, porque unos y otros viven de darse al público: se acabarían entonces los medios de rebatir la ignorancia ó la mala fe de un libro y la polémica literaria, única fuente del saber humano. *No lo creo, Sr. Medrana, no lo creo.* Vaya V., pues, seguro de que ni los actores piensan en hacerme el menor daño personal, ni yo le temo. Si á pesar de mi incredulidad sucediese sin embargo cuanto V. amistosamente me anuncia, colocaría lo malo que acontecerme pudiese entre los contratiempos de la vida, á que vivo sumamente dispuesto y resignado; y si personas de más luces que yo no creyesen justas mis idéas y fuese preciso obedecer y callar en materia de actores, crea V. que no sería el mayor mal para Figaro, y que cuesta menos desvelos callar que hacer artículos de periódicos.

—~~—~~—

TERESA.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

DE M. ALEJANDRO DUMAS.

Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el mas conocedor del teatro, y de sus efectos, incluso el mismo Victor Hugo.

Nos permitirá un periódico de esta corto que no dejemos pasar una proposición poco meditada que en él hemos visto: nos permitirá que la creamos hija de la precipitación con que se trabajan los escritos destinados á los periódicos.

El drama moderno, ha dicho el autor de un juicio crítico de *Teresa*, el de Dumas, Hugo, Ducango y aun de Casimiro Delavigne, es el corazón humano &c. &a. Forzoso es confesar que es disonante la reunión de los nombres de Dumas, Hugo, Ducango y Casimiro Delavigne en una misma líneas. El que esos renglones escribió manifiesta en el resto de su artículo demasiado talento y suficientes conocimientos, para que se pueda creer que ignora la distancia que separa á aquellos escritores. No insistiremos por lo tanto en una acusación de esta especie; solo anunciaríremos algunas ideas generales que nos parecen indispensables en este artículo. Victor Hugo,

mas osado, mas colosal que Dumas, impone á sus dramas el sello del genio innovador, y de una imaginacion ardiente, á veces estraviada, por la grandiosidad de su concepcion.

Dumas tiene menos imaginacion, en nuestro entender, pero mas corazon ; y cuando Victor Hugo asombra, él conmueve : menos brillante por tanto, y estilo menos poetico y florido ; pero en cambio menos redundancia, menos episodios, menos extravagancia : las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas, y habilmente manejadas, forman siempre la armazon de sus dramas ; mas conocedor del corazon humano que poeta, tiene situaciones mas dramáticas, porque son generalmente mas justificadas, mas motivadas, mas naturales, menos abogadas por el pampano lojo del estilo. En una palabra, hay mas verdad y mas pasion en Dumas, mas drama. Mas novedad y mas imaginacion, en Victor Hugo, mas poesia. Victor Hugo explota casi siempre una situacion verosimil ó posible : Dumas una pasion verdadera.

Casimiro Delavigne no puede ponerse en paragon con los dos anteriores, porque estos al fin pueden presentarse como cabezas de un partido, y sosten de la innovacion ; enlazados por afecto y principios con la revolucion de las ideas y nuevo gusto del siglo, sus escritos tienden á un fin moral, por mas que echen mano de recursos, no siempre morales ; pero á un fin moral, osado, nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir ; destructor de preocupaciones y trabas politicas, religiosas y sociales. Pero Casimiro Delavigne no es mas que un sectario, un discípulo de las antiguas creencias literarias, y lo mas que se le concedera es ha-

ber cedido algunas veces al torrente de la innovacion : una prueba de esta verdad es su drama de los Hijos de Edusro, y aun mas su ultima produccion don Juan de Austria. Queriendo escribir en la primera una tragedia clásica, ha echado mano de resortes dramáticos, acaso demasiado atrevidos para los aristotélicos puros ; y en la segunda no ha hecho sino una comedia heroica, en gran manera parecida á las de nuestro teatro antiguo, como el Rico Hombre, y el Garcia del Castañar, mas sin haber podido igualarlas en mérito. Pero Casimiro Delavigne nunca podrá citarse como fundador. Molierista puro en la Escuela de los Viejos y en sus Cómicos, y Volteriano en sus tragedias de Parin y las Vísperas Sicilianas, es comedido en sus resortes dramáticos, parco y hasta parsimonioso ; poco original, poco nuevo ; templada su imaginacion por la influencia de las reglas y su amor al orden, no es brillante ni arrebatado ; en cambio es puro, correcto y moral, como sus antecesores, cuanto el teatro permito 'serlo. Es un rio manso y sereno, puro y cristalino, que corriendo por un antiguo cauce beneficia el terreno á fuerza de regarle ; Victor Hugo y demas pudieran compararse mejor con el torrente que suele destruir al paso que riega, ó con la inundacion periódica del Nilo que secunda el Egipto, anegándole y trastornando su superficie ; y como de esas veces no son sino la catarata del Niagara, que solo sirve de mostrar en toda su pompa el poder de la naturaleza, y de asombrar y atronar al curioso viajero.

En cuanto á Ducange, por mucho mérito que se le quiera suponer, concediéndole el de conocer el teatro y el corazon humano, colocarle al lado de Victor Hugo es poner al lado de

Calderon á don Ramon de la Cruz. Victor Ducange es un dramaturgo de Boulevard; pero no es un escritor de primer orden, ni por la esencia de sus obras, ni por su estilo. Victor Ducange es á Victor Hugo lo que un pintor de alcobas y de coches á Salvator Rosa y á Rivera. Su pluma no es pincel, es brocha. Su color es almazarrón. No es el poeta del siglo, es el abastecedor de las provisiones dramáticas del populacho.

En una palabra, Victor Hugo, Dumas, Casimiro Delavigne y Ducange solo se parecen en ser franceses: Cualquiera nos confesaría que es la mas pequeña semejanza que puedo existir entre cuatro hombres, y que no son esos titulos suficientes á la comparacion.

Pasando ahora á la Teresa el autor se ha propuesto de envolver una verdad moral: ha querido probar, como Delavigne en su *Escuela de los Viejos*, las funestas consecuencias de la desigualdad de la edad en los consortes.

Un baron francés, en la edad ya de la madurez y de la ausencia de las pasiones, casa con una joven italiana en quien no es menor la influencia del clima que la de los pocos años: enamorada ademas de un joven llamado *Arturo*, cuya pobreza fué un obstáculo á la boda de entrabmos, pero que por las vicisitudes de la vida trata de casarse con una hija del baron en razon que este presenta en su casa á su esposa. *Teresa* y *Arturo* conocen su posición crítica, y para evitar los riesgos de ella atropellan y concluyen la boda de *Arturo* con la joven *Amelia*; pero ni esta precaucion, ni los proyectos del viaje y de separacion bastan á apagar el volcan que arde en los pechos de *Arturo* y de *Teresa*. Cuando la pasion habla, enmudecen los deberes. La situación dramática del baron, que

descubre por fin el amor criminal de su mujer y su yerno, es excelente y brillantemente desenvuelta.

El carácter de la joven *Amelia*, cuya imprudencia descubre inocentemente al baron su desgracia, es todo candor y sencillez, y solo asi puede ser verosímil su indiscrecion. La situación mas dramática y de mas efecto del drama es la del baron cuando consiente en renunciar al duelo con su yerno, y darle una pública satisfaccion escrita, ahogando su rencor y sacrificandolo al porvenir de su hija, cuya felicidad pende de *Arturo*. El carácter del baron es por lo tanto el único que ofrece dificultad, porque en él hay una verdadera lucha. El de *Teresa* y los demás del dráma no necesitaban mas que ser consecuentes consigo mismo, lo que en el teatro equivale á insistir en la pasion. *Pablo*, gondolero de Nápoles, que enamorado de *Teresa* entró en su servicio, y que la sigue á todas partes en calidad de criado particular, pero sin esperanzas, sin premio, y condenado á ser testigo del amor que su ídolo tiene á *Arturo*, *Pablo*, satélite obligado de *Teresa*, amante á sabendas de esta, *Pablo*, que se mata despues de haber proporcionado á su ama un veneno, que ella necesita, y que parece ser la personificación de la luz que concluye cuando el sol desaparece, *Pablo*, consecuencia mas que persona, es un carácter un poco fantástico, y que el autor no ha admitido probablemente sino como recurso dramático.

Añadirémos antes de concluir que *Teresa* no es ni con mucho la mejor obra de Dumas; que las costumbres francesas son distintas de las nuestras; que en *Teresa* la accion, aunque distraida por los caracteres episódicos de un amigo del baron, y de una amiga de *Amelia*, poco enlazados con el ar-

gumento, y por el amor de *Pablo*, marcha lentamente; y que hallándose desleida la pasión en largos diálogos, que exige de parte de los actores mucha maestría, no es extraño que no haya hecho en Madrid todo el efecto que hubiera sido de esperar.



CATALINA HOWARD.

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

Catalina Howard es una creación singular. Su objeto es pintar una pasión, pasión terrible cuando se arraiga, sobre todo en una mujer, y doblemente terrible si los principios religiosos y morales han sido descuidados en ella por la educación. Alejandro Dumas ha creido buenos todos los medios para llegar á su fin, y se ha valido en esta composición de algunos tan originales, tan nuevos y tan verdaderos, que ha impreso á su obra el sello del genio.

La vida de Enrique VIII de Inglaterra, hombre extraordinario por la influencia que sus ardientes e indómitas pasiones estaban destinadas á ejercer en aquella nación preponderante,

ha sido una mina inagotable para el teatro. Hombre más sensual y orgulloso que enamorado y justo, convirtió su temido rosal en potro de sus mugeres, é hizo cuestiones políticas y religiosas, cuestiones nacionales, sus pasajeros y funestos amores buscando inútilmente en el vicario de Cristo una sanción imposible á sus desórdenes, no vacío en segregarse á sí y á su pueblo de la iglesia católica, y declararse gole de la comunión anglicana.

No es nuestro ánimo entrar en un examen histórico, sino literario, y cesaremos de hablar de Enrique VIII: ocupémonos sólo del cuadro dicotómicamente coloreado de Dumas.

Catalina Howard es una joven de extraordinaria belleza, de baja extracción, ligera y superficial, mal educada, y cuya imaginación mal dirigida se alimenta de sueños dorados y de ilusiones de grandeza y poder superiores á su esfera. La ambición es su pasión dominante, las demás no deben ser en ella sino instrumentos, medios de triunfo. Un amante misterioso es el alimento de semejantes mujeres novedosas, y en ese concepto se hallaba secretamente casada con Ethelwood, duque de Dierham, par del reino, y favorito de Enrique, pero sin saber la alta categoría de su esposo.

El rey la ha visto, y trata de dar en ella una sucesora á su última esposa. Ethelwood, encargado de llevar á palacio su propia muger, no halla mas arbitrio, conocido el carácter del rey, que fingir la muerte de Catalina, asfixiándola por medio de una bebida narcótica, y vivir después con ella encerrado en su castillo. Inutil presunción. Catalina vuelta á la vida, esposa de un duque, y sabedora de la pasión de rey, se avivó mal con su posición. La oferta de la mano de la

hermana de Enrique, hecha al duque, y rehusada por él, causa la desgracia de Ethelwood, que fecundo en arbitrios, y queriendo evitar la có'era del rey, lo sacrifica todo al amor, é imagina para sí una muerte fingida, semejante á la que ha dado anteriormente á su querida. Pero Catalina, puesta en la alternativa de sacar del sepulcro á su esposo para vivir oscuramente con él, mudando nombre y país, ó de dejarlo para siempre en su tumba y subir al trono, arroja la llave del sepulcro y dá la mano á Enrique.

Ethelwood, sin embargo, se salva, merced á la princesa Margarita, de él enamorada, y oculto en el mismo palacio se convierte en el remordimiento personificado de Catalina, á quien se presenta como un espectro para acabar su mal lograda dicha. Su venganza se estiende hasta dar celos al rey, haciendo aparecer culpable á Catalina; y esta, acusada por el regio esposo ante la cámara alta, es condenada al suplicio. Catalina consigue apartar de Londres al ejeuctor, sin el cual debería demorarse la ejecución á no presentarse en hombre enmascarado pronto á servir de verdugo. Este es Ethelwood mismo, que decapita á su esposa, y que no habiendo vivido sino para vengarse, declara en seguida su complicidad en la deshonra del rey, arrancándose la máscara.

Si se busca moral en esto drama, repetiremos que Ethelwood evocado del sepulcro, para morir al coronar su obra y espirar con Catalina, es la personificación moral del remordimiento que acaba con el culpable y solo muere con él: invisible para los demás, oculto á los ojos del mundo y solo palpable para el criminal. Moral por cierto algo mas poderosa que una máxima final, ó una árida sentencia. En las

comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En Cata'lina Howard vé la moral en acción, tendencia irresistible del siglo, en que no hay mas verdades que los hechos, en que la moral se presenta al hombre no como dogma, sino como interés.

Considerando bajo este punto de vista esta creación, desaparecen las acusaciones hechas por algunos á Dumas acerca de la estremada venganza de Ethelwood; estos críticos no consideran que el objeto del poeta no es pintar á una muger ambiciosa, á un rey déspota, á un marido ofendido. El objeto del poeta es pintar la ambición en la muger; Catalina es su protagonista. Enrique VIII, Ethelwood, la princesa, son solo medios muy secundarios para él, que le llevan á su fin.

Para pintar toda la fuerza de la ambición era preciso colocarla en contraste con los mayores sacrificios; eso ha hecho el autor poniendo en Ethelwood cuanto pudiera haber retraido á Catalina de su crimen; pero tal es la pasión dominante, que solo permite pequeños intervalos de ternura. Catalina es muger, y á la vuelta del dolor natural en su rostro, pero momentáneo, de ver perecer por ella á su esposo, y de la sensación generosa inevitable que siente al verle ponerse en sus manos, no puede menos de volver á su idea fija, á la ambición, al verle sin sentido, y le arranca la sortija que el rey le pusiera á ella en la mano en la tumba; raigo que pinta todo un carácter, que descubre en el poeta el gran conocedor del corazón humano.

Es tan cierta esta observación, que nosotros no dudamos en apelar á las mugeres culpables. Digámonos si al organizar á sus amantes ó sus esposos no han tenido momentos de ter-

nura hacia su victimas, si un sentimiento interno de justicia y de generosidad no las ha obligado, á su pesar, á indemnizar con una caricia mas tierna, con protestas sinceras de buena fe, al mismo esposo á quien engañaban, acaso momentos despues de acabarle de faltar. Tal es el corazon humano, en que lucha siempre el bien con el mal, aun al mismo tiempo de ser vencido aquél por esto. El favor que nos hace á veces un enemigo, y que se llama comunmente perfidia, suele no ser otra cosa que un resto de generosidad y de bondad muribunda que lucha por vencer, suele no ser otra cosa que un homenaje que á nuestro pesar rinde en nuestro propio corazon el mal al bien, el vicio á la virtud.

El que sabe estas verdades como Dumas es gran poeta; nadie en el teatro francés moderno las sabe como él, y nadie es por tanto mas dramático que él, incluso Victor Hugo, de quien ya otras ocasiones hemos dicho ser mas lírico que dramático, mas brillante que profundo.

Otro rasgo no menos superior es el de no advertirse nunca en Catalina un solo momento de arrepentimiento : esa es la verdad ; cuando una pasion domina al corazon, por mas que le lleve al precipicio, el culpable no se arrepiente nunca ; cree que ha tenido desgracia, cree que ha empleado malos medios, siente no haber triunfado, y las lágrimas se las arranca el castigo, no el arrepentimiento : bójese de la horca al que la pasion del robo domina, y póngaselo en situacion de volver á robar : pondrá otros medios, será mas cauto ; toda la diferencia consistirá en ser mejor ladrón. Puedese prescindir de las acciones, y variar en la elección de ellas ; de las pasiones nunca, porque son nuestra organizacion, porque la pasion es

el hombre mismo. Porque la pasion es semejante al agua que comprimida por un lado, no vuelve escarmecida al manantial de que partió, sino que trata de seguir su curso buscando otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que sale. Fundados en estas verdades dijimos no hace mucho tiempo que el teatro rara vez corrige al hombre, porque el hombre es animal de poco escarmiento.

En cuanto á los medios y las formas dramáticas, á los crímenes, á los horrores que han sucedido en el teatro moderno, á la fria combinación de las comedias del siglo XVIII, oponerse á ellos es oponerse á la diferencia de las épocas y de las circunstancias, con las cuales varía el gusto. *Al teatro vamos á divertirnos*, dicen algunos candorosamente. No : al teatro vamos á ver reproducidas las sensaciones que mas nos afectan en la vida ; y en la vida actual ni el poeta, ni el actor, ni el espectador tienen gana de reirse ; los cuadros que llenan nuestra época nos afectan seriamente, y los acontecimientos en que somos parte tan interesada no pueden predisponernos para otra clase de teatro : de aqui que no se dirán comedias de Moliere y Moratín, intérpretes de épocas mas tranquilas y sensaciones mas dulces, y si fuera posible que se hicieran, no nos divertirían ; y en eso nuestra época se parece al borracho, á quien de resultas del vino atormenta la sed, y que no puede apagarla sino con vino, porque el agua le parece insípida cuando el deseo engañador lo conduce á gustarlo.

Fuerza es confesar sin embargo que en España la transición es un poco fuerte y rápida. La Francia puede contar medio siglo de revolución, cuando nuestras revueltas no tienen siquiera la mitad de esa fecha, y aun nuestros sacudimientos

pueden apenas compararse con los de la vecina nacion. Ella sin embargo ha tardado medio siglo en hacer su revolucion literaria, y la ha hecho gradualmente; las licencias poeticas han tenido que ganar el terreno á palmos empezando por los teatros de Boulevard y por el melodrama de la Porte St. Martin hasta conquistar el teatro frances: y entre nosotros en un año solo hemos pasado en politica de Fernando VII a las proximas constituyentes, y en literatura de Moratin á Alejandro Dumas²; y es de tener en consideracion que el clasicismo aristotélico y horaciano habian tenido tiempo de cansar al público frances desde el siglo de Luis XIV hasta Napoleon, y que nosotros no hemos apurado el género clásico, puesto que desde Comellá hasta nosotros³ ni han transcurrido mas que veinte y tantos años, ni en esos hemos disfrutado mas que tres comedias y media de Moratin, otras tantas de Gorostiza, alguna de algun otro, y varias traducciones, no todas buenas, de Racine, de Moliere, y de autores franceses de segundo orden. En una palabra, que estamos tomando el café despues de la sopa.

Hé aquí una de las causas de la oposicion que así en politica como en literatura hallamos en nuestro pueblo á las innovaciones. Que en vez de andar y de caminar por grados, procedemos por brincos dejando lagunas y repitiendo solo la ultima palabra del vecino. Queremos el fin sin el medio, y esta es la razon de la poca solidez de las innovaciones. La traducion es mala y ha sido mal puesta en escena, por lo que hace al ornato.

En cuanto á la representacion hñse conocido quo había empeño particular en que Catalina Howard saliese bien repro-

sentada: argumento terrible para nosotros. Si la señora beneficiada, si Latorre, si Romea, si todos en general nos han probado que cuando quieren saben representar, ¿no tendremos un derecho para reconvenirles agriamente cuando representan mal?

La señora Rodriguez nos ha convencido que nadie puede reemplazarla en su buena diccion y en la verdad sorprendente con que ha hecho varias escenas; su resurrección sobre todo nos ha parecido excelente y el sueño delante del rey. Latorre ha estado admirable en la escena de la tumba, y Romea no ha dejado nada quo desechar en la del Parlamento.

—

EL PILLUELO DE PARIS,

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS.

En todo este mes no nos habia ofrecido la dirección del teatro del Príncipe mas que una novedad, titulada una *causa criminal*, la cual reputamos en nuestro corto entender tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio que de ella pudiera hacerse. Una intriga mas embrollada que el mismo país, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolucion sin hombres, formaban su tejido. Por tanto la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, adonde sin duda ha vuelto silvada y cayisbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no escede la corta vida del cartel que las anuncia.

Pero *Le Gamin de Paris* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el país para que ha sido escrita, y su traducción, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado mas de lo que suelen esas composiciones que no están en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los franceses llaman *Le Gamin de Paris* es un tipo original que en ningun otro pueblo del mundo tiene su semejante ; producto de la confusión y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del

pueblo que vive, mas que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardías ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podía decir de los chicos de la candela, sino que vagamudea, travesea, alborota y crece solo por su propia fuerza sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda entera que le cobija y dá lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. *El Gamin de Paris* no es por consiguiente el Pilluelo, como el traductor ha creido, y mas que lo diga Taboada, porque la voz pilluelo, siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado, que el *Gamin de Paris* puede no tener.

Si el traductor conociese el *Libro de los ciento y uno*, esa colección de buenos y malos cuadros de costumbres parisien-
ses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

La intriga de esta es fácil de esponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio, y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de Paris*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posición del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa medios de hallar satisfacción ; se avista con el general, y ayudado de una penetración que en nuestras costumbres españolas parece inverosímil á su edad, llega á poner las cosas en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosura, á pesar del orgullo y de las

preocupaciones de clase que parecían separar para siempre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la nobleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien llaman del siglo, porque sugetó al siglo, pero lucha que revivió mas viva con la revolución del año 30.

La revolución francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario ; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones. 1º. Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarse con todo el ornato y mueblaje de tal, es decir, con palaciegos. 2º. Porque si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son ; están en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos ríos, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales ; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera : monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna, por la cual un hombre dá ideas, cuando otro no dá sino sandeces, por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros : ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, después como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y ésta fue precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas cuyos pergaminos había ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honestez de la familia pobre, artosana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada que representa el abuso y la tiranía.

Gran cuestión podríamos mover aquí sobre este contraste, base de tan larga lucha : nosotros la decidiríamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podían saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Díríamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas ; á la altura de civilización á que el siglo se encuentra, añadiríamos que todo abuso fundado en la supremacía del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas mas perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos ; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza ; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza ; el talento un camino ancho á todos para el poder. Y después, descendiendo al

objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el mas envidiable, así como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre; si el aristocrata es ambicioso, intrigante y seductor de mujeres, el pobre suele ser ladron, bajo y embusteros; todo está, pues, compensado, y ya sería tiempo, si viviesemos en un siglo de ilustración, como tan petulantemente se pretende, que comenzasen los hombres á ser justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, según la situación en que se encuentra.

Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustración, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonjas al uso de los pueblos, decía en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado.*

Bien es verdad que Cervantes en el dia con toda su profundidad filosófica acabaría probablemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desafecto*, en atención á que, si mal no nos acordamos, decía también en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á gatas*, frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales aficiones.

FIGARO

AL ESTUDIANTE.

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni menos ser postrero en cortesanía, me apresuro á contestarle; sea empero la última si usted es de mi parecer ó la última siquiera en que hablamos uno de otro. Porque si es usted tan galán como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mia que me ruborizó. Yo por el contrario no pudicera, alabandole decirle lisonjas; mis encomios no serían mas que justicia, y pareceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimiento, y de fineza en alabanzas, vendriámos á enternecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Ademas no somos diputados, y no tenemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algun dia, entonces podríamos á mansalva decir usted de mí, *mi digno amigo*, y yo de usted, *mi tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuesemos enemigos y tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolución primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á sé mis. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo

tenia mas alto concepto formado de su buen juicio. Aqui no se trata de saber sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, par diez que me asombra la determinación. ¿Pues tiene usted mas que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, quo siempre será la primera quele ocurrá, y marcharse luego á la guerra, que es donde en el dia se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gomez, lo abonan á usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ó abogado, ó lo que á usted mas le agrade, y mata usted asi dos pajeros de una pedrada? ¿Ni que carrera quiero usted mas lucida, ni quo mas se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan buenos auspicios empeizada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Que otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arellenarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apécese usted santo varon, de esa luna donde lo vé todo efectivamente al revés, y vea las cosas y los libros en este país, claras aquellas como yo se las refiero, y claros estos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando con raro candor quo usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aquí, amigo, nadie se convence, y eso quo media España anda todo el dia ocupada en convencer á la otra media. Sin ir mas lejos, ahí tiene usted al gobierno, que son seis nada menos, empeñado en convencernos á todos de quo ellos son los únicos que saben mandar, y á los periodistas, que somos mas de seiscientos, empeñados en

convencerle de quo cualquiera de nosotros lo haría mejor; y ni ellos convencen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y asi es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo sería preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan á menudo á silletazos. Vea usted, pues lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hay una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia quo harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado, y le cuenta á su provincia quo no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nacion quo quiere tiranizarla, ¿le parece á usted, señor Estudiante, que llegará jamás por ese sistema á tener ni mujer que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaría que despachar? ¿A sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía quo para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra después? Pues digame, ¿por donde han logrado los que en el dia tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá como le vá.

Si usted no sabe mas, señor Estudiante, bueno será quo siga estudiando, pues sea dicho en puridad de verdad, veo quo no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oír.

usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demás á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi digno cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mio, que probablemente querrá á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeño prometía ser un zote, y le dá por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que lo crió.

Y con esto queda de usted su afectísimo.—Figaro.

LOS AMANTES DE TERUEL.

DRAMA EN CINCO ACTOS EN PROSA Y VERSO,

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oír decir de sí: es un *tal fedano*, es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oír al dia siguiente de sí mismo, al pasar por una calle ó por el Prado, *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo ; es nacer ; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro ; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos ; es sobreponerse al vulgo y decirle : *me has creido tu inferior, sal de tu engaño ; poseo tus secretos y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiracion ; de hoy mas no estaré en tu mano desprecarme, medianía, edumniame, aborréceme, siquieres, pero alaba.* Y conseguir esto en 24 horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizás no tenía ayer donde reclinar la cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del talento. Esta aristocracia es por lo menos tan

buenas como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuña, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota; sinceramente lo debemos alabanza, y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maliciosa nos acusan: solo se presenta el autor de *Los Amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posición que le abone; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces y satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *Los Amantes de Teruel*. Si la indignación afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel mas feliz y mas ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los Amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tiene la curiosidad de verlo, ¿que interés puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradición á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país; á mas de una persona hemos oido decir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebaten esta opinión, puesto que nosotros no partimos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oídas, sino en eternizar, en formular las verdades mas sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente

idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageración ó los excesos del amor: pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que le trata: si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalban, que trata la misma tradición hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenburch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y esta es un destello de pasión y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un dispuesto, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro antes y después de *El convidado de Piedra*? Sin embargo, porque han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y solo *El convidado de Piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un celoso, sino un ser común de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Por qué Otelo solo, porque solo el celoso de Shakespear ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Molière cuando el *Bourgeois Gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, mas que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los gozos acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porción de nuestra existencia? Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para

que Balzac se haya coronado de gloria con *La Peau de Chagrin*?

El huevo de Colón es la parábola más significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad sola decide, y la sucesión de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Solo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los Amantes de Teruel están escritos en general con pasión, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecía el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginación y la tradición abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la *Amante de Teruel* podía dar su mano a quien no fuese dueño de su corazón? Era preciso sin embargo, y no había más medio para eso que poner a Isabel en posición tal, que sin monocabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasión, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues solo voluntariamente puele casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfección misma de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasión criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discreción que cuando el espectador la sabe

como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del deito, hace mas sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfección sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creida de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar iéssos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en si misma y en su familia, cede, no empero á la seducción ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posición de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creíble para el espectador, que ya ha hecho la concesión del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la excelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasión violenta y desinteresada que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al dráma no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fría y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con más razón

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y caérgicos:

*¡Maldito el hombre que virtudes siembra
para coger cosecha de desgracias!*

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creacion llena de valor y de entereza. Pobre se enriquece; el amor de una muger se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento mas critico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro que le roban el tiempo, que es para él mas que la vida; la venganza misma de esa muger le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oido el eco de la campana que se anuncia; el crimen es su único recurso, y le comerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá: un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrilegio*, responde, *es injusto*.

En presencia de Dios formado ha si do.

-Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasion, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourut* de Corneille, porque para la pasion no hay obstáculos, no hay mundo, no hay hombres, no hay mas Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el Ajax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personajes, y esta verdad resultaría mas palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el dia se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por si, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga espiacion lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y el amo-

es el sentimiento mas egoista. Si Isabel y Marsilla, solo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasion ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora, porque tambien aman: su pasion disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaría mas palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Si, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han expresado su pasion: solo esta puede disculpar los excesos; un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la mora sienten no es mas que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrás creido acaso que es menos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecía la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasion: nos parece mas facil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido que toma por fuerza la mano de una muger.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representacion; sin embargo, harímos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables,

que la señora Baus ha descubierto un *celo grande*, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependia enteramente de la ejecucion: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que despues de haberse oido de cerca la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible ademas que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsill, asesinan por lo menos el autor y el drama.

La versificacion y el estilo nos han parecido excelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representacion y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oido culpar de largas y lánguidas varias escenas, confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto; ¿se nos permitirá poner á esta critica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer mas largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimension, sino la falta de interes; y tanto vale que no le haya, como que la torpeza de los actores se le quite ó le oscureca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuar-

to de hora pasado en compagnia de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un dia entero transcurrido al lado de su amada, ó en buena sociedad.

No quisieramos que el autor hubiese creido necesario re cargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubieramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio* mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazon del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya, hubiera si lo de mas efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace mas efecto, sino lo que se cala ó se deja entender.

Algun otro lanar pudieramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio las bellezas occultan los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como énulos de su nérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oídos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este articulo: si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia: que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles: que las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios: que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambición y la envidia, que mas de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo: y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no comrenderá ninguna. Las teorias, las doctrinas, los sistemas se explican: los sentimientos se sienten.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO TERCERO.

	<i>Pag.</i>
Literatura—Rápida ojeada &c.....	5
Sátira contra los vicios de la Corte.....	16
El fin de la fiesta.....	24
Conventos Españoles.....	34
Figaro de vuelta.....	40
Buenas Noches.....	49
D. Ramon Maria Narvaez.....	65
Dios nos asista	68
Cunei—pesadilla política.....	91
El Trovador.....	99
De la Sátira y de los satíricos.....	106
Teatros.....	105
Carta de Figaro á D. Pedro Pascual de Oliver	123
Garcia de Castilla.....	129
No lo creo.....	136
Teresa.....	145
Catalina Howard.....	150
El Pilluelo de París.....	158
Figaro al Estudiante.....	163
Los Amantes de Teruel.....	167

